

Yo, yegua

francisco casas

Yo, yegua

Francisco Casas

Francisco Casas

Yo, yegua

[texto impreso] / Francisco Casas

1ª edición. Seix Barral, 2004

2ª edición. Pequeño Dios Editores, 2017

196 páginas. 15 x 22 cm.

ISBN: 978-956-8558-51-2

© Pequeño Dios Editores

Nueva de Lyon 19, departamento 21

Providencia, Santiago de Chile

info@pequeñodios.cl

www.pequeñodios.cl

Fotografía portada: Ulises Nilo

Diseño portada e interior: María Fernanda Pizarro

Corrección de textos: Mario Verdugo y Catherina Campillay

Impreso en Chile / Ograma Impresores

Edición: 1.000 ejemplares.

Santiago de Chile, octubre de 2017.

Yo, yegua

Francisco Casas

Pequeño Dios Editores

a

*Guillermo García y
Pedro Montes*

ÍNDICE

La plenitud de la apariencia. <i>Diamela Eltit</i>	11
PRIMERA PARTE	17
Yo, yegua	19
Relinchos en el parque	23
Dolores, el romanticismo tardío	37
Las dos Fridas	47
Vivien Leigh en llamas	55
Una gata siamesa ronda constantemente	63
Las intoxicadas sacerdotisas del templo de Delfos	71
<i>La manoseada</i> espera su verdugo junto a <i>Altazor</i> de Huidobro	79
¡Y va a caer!... ¡y va a caer!...	85
Una partida de ajedrez	97
Yeguas del Apocalipsis	115
SEGUNDA PARTE	133
Trueno sobre la montaña	135
¿Qué fiesta es esa?	143
¡Durante el apagón robaron un cuadro de la colección!	149
Mientras Catalina Miranda canta	163
La conquista de América	175
TERCERA PARTE	181
Tanta agua tan cerca de casa	183

LA PLENITUD DE LA APARIENCIA

Diamela Eltit

Quizás una de las revisiones culturales más intensas que se advierte en los albores del siglo XXI se inscribe en los cuerpos, ya en abierta rebeldía frente a la insuficiencia irrefragable que porta la noción de género. Una multitud de cuerpos indomesticados o ajenos a una escritura oficializada han llegado hasta el escenario social para señalar, ejemplarmente, los signos ambiguos e inestables en los que se cursa la subjetividad y el deseo del cuerpo del sujeto. Las estéticas ya parecen incapaces de ser formalizadas según las tradicionales y hasta obsoletas categorías clasificatorias que los sistemas impusieron, con el fin de racionalizar el tramado social.

Mientras la crítica estadounidense Judith Butler apuesta a la proliferación de identidades para desestabilizar el trazado institucional, habría que pensar en cómo proliferan los cuerpos latinoamericanos. Cabría preguntarse cómo podrían sustentarse las marcas de una disidencia —contra o anticolonizadora— en el interior de los mapas metropolitanos que, desde sus agencias internacionales, ordenan pautas estándares para así normalizar y, especialmente, controlar esta proliferación.

Francisco Casas es un artista múltiple. Desde el cuerpo, la imagen y la letra ha construido un campo de sentido que le permitió la formulación de un lugar cultural. Ya está lo suficientemente inscrita su histórica asociación con Pedro Lemebel para formar el colectivo Las Yeguas del Apocalipsis, a mediados de los años 80. Allí se puso en marcha un programa artístico múltiple que buscó insertar el deseo político en el interior de un universo de estéticas deseantes y descentradas. Sin embargo, de manera simplificadora, Las Yeguas del Apocalipsis han sido reducidas a la mera irrupción de un colectivo homosexual.

Me pregunto acerca de la homogeneidad que porta lo homosexual; más aún, llego a preguntarme dónde radica la fidelidad en que se lee esta condición, para señalar que este colectivo excedió una noción anquilosada para ingresar en una diversa plataforma política que puso en evidencia la insuficiencia de la homo-sexualidad como categoría esencial e inamovible. Más bien implementó sobre el escenario social el cuerpo como espacio lúdico y lúcido, como aparato productivo que desplazó lo orgánico y relevó los campos simbólicos.

Más adelante, en 1991, cuando se cursaba el inicio de la transición política chilena hacia la democracia, Francisco Casas publicó el provocativo libro poético *Sodoma mía*.

Sodoma es uno de los espacios más radicales del castigo bíblico, el lugar escogido para la destrucción divina, ejemplarizadora ante el exceso. Un territorio en el cual sólo sobreviven el incestuoso Lot que iba a procrear en sus hijas, luego que la esposa (en otra versión bíblica de la desobediente Eva) y su ojo curioso o quizás analítico, la redujera a estatua de sal. Entonces Sodoma se establece como un nombre-desafío, el mismo nombre que fuera explorado por el Marqués de Sade y luego repensado por Pier Paolo Pasolini para producir su filme *Saló*, que iba a constituirse en una de las escenificaciones más duras del fascismo.

Pero, claro, esta Sodoma de Francisco Casas alude a un máximo desplazamiento, busca repoblar el espacio destruido, restituir los cuerpos y las energías que fueran arrebatadas por el mandato de un Dios terrible y omnipotente, tal como ocurrió en el suelo local chileno después que hubo de consumarse el exceso político depredador y mesiánico de la dictadura: “soy la muñeca más hermosa al sur del mundo/ conquistadora/ colona plástica”.

Yo, yegua abre también un nuevo sitio. La novela se ampara en el espacio siempre crucial (y ambiguo) de los nombres. Juega con los sustantivos para hacerse, precisamente, sustantivo: “sus antiguas personalidades anónimas fueron jirones que con el tiempo afloraban tan sólo como pesadillas infundidas por los chilenos cuando te descubren el nombre propio”.

En la novela, Dolores del Río y María Félix, las divas ruinosas, intercambian plumas, collares, brillos y atraviesan con sus cuerpos sudacas los espacios locales de la ciudad de Santiago, la vigilancia hostil que se advierte, acudiendo a la estrategia de deslizar sus formas bacanales para así transitar con agudeza las superficies.

Estos nombres cinematográficos, abiertamente artificiales, que podían abrir una conexión con Manuel Puig y su fascinación por el sitio sentimental del melodrama, operan en la novela como un dispositivo diverso al que articuló el escritor argentino. Más bien los nombres estelares aluden a la “chapa”, a un claudestinidad enloquecido, a una vuelta de tuerca política inesperada, cruzada por una corrosiva cargada social.

Dolores-Lola semeja, en un punto curioso, a la forma social del flâneur que tan acuciosamente puntualizó Walter Benjamin. Sólo que este *flâneur* local promueve en su paso a través de la ciudad un ocio artístico, estético y político. La ciudad por la que transita Dolores-Lola no corresponde ya a la ciudad industrial, masificada y seriada, ni siquiera a la actual ciudad tecnológica; se trata de otro reducto: la ciudad dictatorial. Y, en este horizonte, la casa, la librería, la pieza, la fiesta y la performance se hacen también ciudad, espacio público, vitrina tumultuosa.

La novela busca romper las fronteras de la privado y lo público, convierte los nombres verídicos de una determinada comunidad artística que pobló los años 80, en materiales ficticios sobre los que textualiza sus imágenes más alucinadas y brillantes. De la misma manera que Reinaldo Arenas construyó relatos sobrepoblados de delirio, *Yo, yegua* fragmenta, tuerce y retuerce paródicamente la realidad biográfica para así permitir vislumbrar la envergadura de una reprimida realidad social. Renuncia a la dramatización de la diferencia de los estilos, reniega de la culpa. Los cuerpos son lo que son, fragmentos, frases, gestos, acciones, viajes por la ciudad.

Dolores-Lola borda, adoptando íntegramente la máscara y la pose del bordado. Borda nombres, rehace una memoria extraviante, crea, hilo en mano, una superficie que se sustenta sobre un soporte macabro: muerte, toque de queda, vigilancia.

De esta manera se ingresa a un sector de los 80 chilenos por un resquicio inesperado: la ironía, la parodia desenfadada, los sobrenombres, en medio de un escenario público fantasmal, por su falta de ciudad. Entonces, son los nombres inestables los que garantizan la existencia de un espacio, de una geografía demasiado estrecha, marcada sólo por la recurrencia de dos sitios que recuerdan la arquitectura del Santiago —digamos— real: el parque y el río.

Yo, yegua cita el espacio utópico, produce en su texto un lugar de los 80, en Chile, signado por una práctica y una poética de la utopía. Allí se comparte con intensidad, nadie es enteramente compacto, los personajes circulan entre ruinas, desechos o marcas desestabilizadas. Aún más, la frontera entre sexo y género es difusa o insignificante, las pedagogías y los saberes académicos fracasan estrepitosamente frente a cuerpos poseídos por el éxtasis de sus pulsiones y, en este sentido, resulta magistral la escena en que se textualiza la clase de literatura en la Universidad Arcis.

La antiépica de la novela mantiene una relación con la configuración del espacio utópico como resistencia y autoconstrucción liberadora. Se erige en modelo posible —el roce incesante de las superficies— ante lo imposible de una realidad literal demasiado lesionada. Y esta antiépica es su épica, su empecinado intento de formular una comunidad posible, desviada, fragmentaria, corporal, estructurada en la pose, el delirio, la simulación y la máscara.

PRIMERA PARTE

YO, YEGUA

Para crear un mundo estético el autor suele partir de datos más bien modestos, el rasgo familiar de una persona conocida, la ventana semientornada de un dormitorio revuelto, una palabra con resonancias infantiles, la expresión que delata la falsedad de un padre, de un sacerdote, de una mujer, y es el ojo del artista el que elige, compone y descompone para construir la otra verdad, la del engaño.

José Donoso¹

«La calle tiende los pliegues de su extravío en las siluetas transoleadas de la montonera de jóvenes parados en una de sus esquinas. Manos en los bolsillos, juegan eternamente con su pajarería caliente y ociosa, desocupada, cesante en el arrabal marginado. En otras y otras esquinas, las vecinas bombean un grifo de agua, el mismo que eyacula su escaso jugo dentro de agujereados baldes de latón, salpicando la tierra reseca y resentida, sedienta, que recibe el goterío oxidado, para jugar a ser barro, tisú descompuesto en el mosquerío que sigue bajo el sol a las mujeres. Patronas de sus rancheríos que dan agua y bañan los cuerpos masculinos y piñiñentos que por la noche boca abajo y silenciosos me ocupan. Sudorosas, las mal vestidas chismean sobre las otras que se prostituían por un kilo de pollo en el tiempo de la Unidad Popular. De la negra que quedó embarazada en la cola del pan. Dicen que gritó. Otras trapean la lengua en las bocas desdentadas y malolientes para decir que no. No, que no, cuando la carnearon los cartoneros con la pezuña matarife de la indecencia. Pero la perra se empezó a menear, gozosa, con el escapulario de la Virgen del Carmen entre las tetas, hasta que se embarazó. Como no, si las muy golfas se paraban a las cuatro

¹ De *Taratuta. Naturaleza muerta con cachimba*.

de la mañana frente a la panadería, esperando el milagroso resplandor del panadero resoplido en la nuca.

»Yo vengo del final de la calle. Calle sin salida. El mismo lugar donde en invierno se estanca el aguacero transformando el resentido lugar en un pantano televisivo. Barro y agua producen en las noches de julio un extraño set. Un río miserable navegado en botes de goma por camarógrafos iridiscentes que, año tras año, transmiten al país la tragedia, el griterío, la angustia de la fiebre en los camastros mojados.

»Avanzo entre el mujerío. Las vecinas interrumpen el chismorreo por un momento para saludarme, cómplices de nuestros secretos de noche de toque de queda en que, como el mar a Moisés, abren para mí las camas de sus hijos para que éstos se desquiten conmigo y no descuarten a cachas a sus desarrolladas hijas, que quedan así de opulentas, según dicen, después de comer pollo con hormonas. O ellas mismas muchas veces penetradas por sus vástagos, en la confusión de la montonera de cuerpos que la pobreza incestuosa acumula como a perros en chozas cubiertas por cartones negros. ¿No ve —me dicen— que hay toque de queda...? No le vaya a pasar algo. A usted sobre todo, Lolita, que es tan fina y educada. ¡No como estos cabros de mierda, que se lo pasan todo el día parados ahí donde nomás los ve! Gánese para acá que el Juan le va a dar un ladito. Tan amigo que es de usted el Juanito, pero anda en malos pasos. Mi nuera, la Sole, está embarazada de nuevo, y éstos no se calman. El Mario va a cumplir quince y ya le pusieron el potro. Pero pase pa' dentro nomás...

»Me detengo antes de la esquina de los muchachos, respiro, sigo caminando con desdén, me siento elegante y bien vestida como los de allá del otro lado de la ciudad, donde nace el río. In situ, donde ya me dirijo para no regresar, tras de mí, la chifladera...»²

² Fragmento de *Yo, yegua*. Diario de vida de Dolores del Río, publicado por editorial Trilce, México D.F., 1999

Dolores introduce parte del manuscrito dentro de una botella de champán vacía y, a la fuerza, venciendo la fatiga, logra tajarla nuevamente con el corcho, para luego dejarla sobre la chimenea, junto al retrato de ellos dos. Hace esto casi al mismo tiempo en que la casa empieza otra vez a remecerse. Presintiendo la catástrofe, tiene tiempo suficiente para maquillarse y vestirse apropiadamente. De entre las prendas de su época dorada saca el tocado de plumas venecianas que le regaló Pedro y se lo acomoda en la cabeza trasquilada por la quimioterapia. El bonete, a pesar de los años, aún conserva su glamour.

—¡Yo soy Dolores del Río, Yegua del Apocalipsis! —se dice en voz alta, recuperando la altanería de antaño, arrastrando a duras penas el sillón hacia el ventanal, frente al cual se sienta como si fuera una reina. Entonces se dispone a esperar el fin.

RELINCHOS EN EL PARQUE

No es la persona del otro lo que necesito, es el espacio: la posibilidad de una dialéctica del deseo, de una imprevisión del goce: que las cartas no estén echadas, sino que haya juego todavía.

Roland Barthes

Dolores y María los apodaron los Traucos. Madrileños de origen, habían creado a pulso una revista de historietas llamada así, el *Trauko*, en honor al mítico duende austral que robaba mujeres del pueblo para seducirlas con su tremenda maza genital deforme, la cual producía, de solo verla, temblores calenturientos y malformaciones que se traspasaban de generación en generación.

La revista es en sí misma una especie de mal de ojo, maldición terrible para los chavales que la leen. Lo retorcido de sus textos y sus dibujos provoca un efecto similar al transmitido por el engendro en sus andanzas. El *Trauko* circula clandestinamente hace un año, de mano en mano, como puñal indecente clavado en el imaginario de la provinciana cabrería regional. En los cómics aparecen relatos oníricos contenidos en la sexualidad *underground* de la violenta marcha nocturna que protagonizan las tribus urbanas por la ciudad sitiada.

Los Traucos quieren entrevistar a María y a Dolores, las yeguas, para que estas oscuras estrellas dignas de Fassbinder aparezcan en el próximo número. ¡Hostias! A ver si podemos fotografiar alguna performance, piensa Toño. Así llaman a cierta especie de acciones de arte que solo ellas entienden, las mismas que, como un par de alcahuetas, traman borrachas y pintarrajeadas como *camileras*³ delirantes entre los matorrales del Parque Forestal.

³ *Camileras* se denominan los travestis que ejercen la prostitución en la calle San Camilo.



A Media Asta, 1988. Fotografia Pedro Marinello.

Dolores del Río y María Félix se pasan las tardes recostadas en uno de los escaños de la afrancesada ribera sur del Mapocho. Al verlas a la distancia, semejan Cleopatras perversas junto a un Nilo obsesivo, por cuyo torrente blasfeman flamencos rosas el sueño de Anubis. En la borrachera ven navegar cauce abajo la inigualable galera del César. Las remilgadas otean las piernas del joven emperador decoradas con un montículo eréctil que las estremece. Las golosas, obnubiladas por el singular médano, no advierten lo rizado de su pelo caoba al viento. Marco Antonio⁴, parado en cubierta con su indecorosa toga blanca de

⁴ Marco Antonio, el Vinicio, se esconde tras los matorrales que separan la calle de los jardines de su colegio, mira hacia la avenida que serpentea junto al río Mapocho, ¡nadie!, piensa. La mayoría de sus compañeros de curso hace ya una hora que abandonó el Saint George. Él deberá aguardar, cerciorarse de que las yeguas no estén esperándolo. Tras las ligustrinas, sus ojos negros semejan escarabajos atrapados entre las nervaduras de las hojas. Respira hondo, así tal vez no lo delaten las palpitaciones de su corazón antes de salir del escondite. Ya había vivido una situación parecida. Fue un tiempo atrás, cuando un gitanillo de su edad lo esperaba en la esquina para quitarle los veinte francos que le entregaban para su colación.

Carlos fue el primero que empezó a notar los cambios de su hijastro de diez años —a quien amaba como si fuera propio—: en un mes el peso del niño disminuyó notoriamente, se veía ojoso, desganado, por las noches sufría de insomnio. Una mañana en que Marco Antonio, visiblemente asustado, pidió más dinero de lo acostumbrado, Carlos decidió seguirlo. Al paso de su hijo salió el gitanillo endulzando el aire con su color aceituna, exigiendo la tarifa por cruzar el territorio. Sorprendido, Marco aparentó serenidad y lo presentó como un amigo. Carlos no dijo nada, se limitó a saludar al otro niño. Esa mañana acompañó a su pequeño hijastro hasta las puertas del colegio. El gitanillo no volvió a aparecer. Marco lo extrañó; más de alguna vez lo salió a buscar por los alrededores de la Rue Jean Racine para entregarle los francos de su colación, y recorrió la Place des Vosges, lugar donde sabía que pedía dinero a los transeúntes, pero nada, fue como si se lo hubiera tragado la tierra.

Esta vez lo acosan las yeguas, las amigas de Josefa. A él le declararon su amor por ser hijo del revolucionario Miguel Fernández. La información entregada por Josefa a Dolores bastó para ser desde su llegada al país parte de sus juegos.

Marco Antonio por esa época tenía quince años, acababa de retornar al país cuando la vio por primera vez. Sabía de ella por medio de los periódicos que llegaban con noticias de Chile, algunos con meses de retraso. En el exterior corrían los rumores de su extraordinaria belleza transexual, palabra que Marco Antonio se demoró meses en traducir, ya que el idioma que mejor dominaba para comunicarse era el francés. Venciendo su timidez recurrió a Guillaume, compañero de curso dos años mayor que él. Éste, sonriendo malicioso, lo dijo por fin: *¡C'est péde!* También había oído de ella en alguno de los almuerzos con políticos exiliados que se

vencedor, seguramente las observa desde la proa. ¿Cómo no? Seguramente las toma prisioneras. El majadero las lleva a rastras hasta Roma y, cual trofeos barrocos, las hace entrar desnudas a la ciudad, encadenadas a diminutos tigres blancos que no las devoran por puro locas que son, por patipeladas. Ellas son reinas, sacerdotisas en las sagradas festividades del Jaque Mate.

Toño dirige la revista. Tiene unos treinta años o más, y es alto y delgado. Presenta ese atractivo dorado y vulgar que deben de haber tenido los colonizadores españoles cuando llegaron a conquistar a estos indios que somos, mal vestidos y malhumorados, según ellos. Toño renta una casa en el oeste de la ciudad, en el barrio San Miguel, cerca de los blocks donde vive María y donde algunos años atrás fue masacrado el padre de Marco por un comando militar.

La casa es amplia. Las habitaciones dan a un gran patio rodeado de viejos y olorosos naranjos sin hojas. Los árboles se notan consumidos por la peste, llenos de costras blancuzcas sobre el césped desteñido, raído en parte por los perros que escarban buscando antiguos huesos de seres deformados por la fatídica libido del enano chilote. La luz rojiza irradiada por los ventanales de la casa, más el crujir de las ramas estropeadas por el viento, producen una rara atmósfera de burdel de pueblo: casa de putas fantasmas con sus voluptuosas presencias recorriendo por la noche los oscuros y fríos dormitorios que trastornan la residencia.

efectuaban los domingos en su casa, ahí escuchó de boca de su padrastro sobre los escándalos que Dolores protagonizaba junto a María.

La osadía de las Yeguas del Apocalipsis, como se hacían llamar, muchas veces puso en peligro incluso la veracidad del retorno a la democracia. Como la vez en que llegaron al Teatro Cariola interrumpiendo la proclamación presidencial de Patricio Aylwin, trepándose al escenario vestidas de vedettes o algo así. En esa oportunidad, María y Dolores desplegaron un lienzo en que manifestaban la adhesión de las Nenúfares a la candidatura (Homosexuales por el Cambio). Al parecer, María o Dolores, o las dos al mismo tiempo, besaron a la fuerza y en la boca al futuro Ministro de Educación Ricardo Lagos. Los rumores de las intervenciones de las yeguas siguieron circulando en los mítines políticos o en las reuniones del partido, muchas de las cuales se realizaban en su casa, en la calle Roberto del Río.

Al fondo del jardín hay un cuarto sin ventanas rodeado de hortensias fucsias. Todas las noches, Omara esquivo sus sombras para entrar a la pieza donde desaliña su merecida anatomía. Por las mañanas trabaja en Puente Alto, en una pastoral obrera junto a su madre: una mujer pequeña como hierba fina del lenguaje mistraliano, descendiente directa de una familia de caciques mapuches. Omara heredó sus rasgos. Estoica y silenciosa, doña Elvira prepara junto a otras mujeres la olla común de los cesantes. Al mediodía la mesa está dispuesta con frijoles y sopa de fideos. Los domingos hay charquicán. Las mujeres y los niños comen en grupos aparte, disputándose los pedazos de pan que pudieron conseguir en la colecta que siempre organizan la tarde anterior. Los hombres a esa hora trabajan en obras públicas como parte del Plan Nacional de Empleo Mínimo (PEM).

Vicente, el Vicho, habita otro de los cuartos de la casa de San Miguel. Tiene esa sexualidad animal emanada por la transpiración, esa especie de exudación que solo despiden ciertos monstruos mitológicos. Su piel, extremadamente blanca, huele a trementina descompuesta. Es feo. Como un bicho ha vivido toda su metamorfosis entre las grietas de la ciudad destruida por el bombardeo. Su pellejo curtido se ha tornado transparente por la oscuridad. Caricaturista del diario derechista *El Mercurio*, se ríe del país con un gemido náufrago mientras trabaja refugiado en su cuarto de dibujo, atormentado por los fantasmas de las putas. En sueños, las mujeronas le cuentan las historias que en la vigilia de la cocaína dibuja. Es de noche cuando este Nosferatu local suelta su mano esquizofrénica y de su mesa de dibujo surgen seres repelentes, oscuros como tatuajes carcelarios. Cuando Dolores lo vio por primera vez le resultó atractiva su espalda jorobada, sus largos brazos terminales, sus manos nudosas y grandes. Llenas de tinta negra, las vio rascarse los huevos hinchados por la testosterona. Dolores del Río las imaginó estampadas en su propia espalda, dejándole marcas. Se pensó también Grial de ese Cristo horrible, un ánfora bendita de cloroformo que dormiría la historia en su piel.

Omara, el Vicho y Toño babean sobre la nueva edición de la revista. Piensan reiteradamente en las yeguas para el próximo número; dibujan las historietas, escriben los diálogos, se obsesionan. Toño, como parte de la paga, prepara tortillas de papas, sirve whisky, lía porros y corta meticulosamente, en partes iguales, las líneas de falopa. Toño está casado, tiene una pequeña hija y sigue estrictamente la tradición de su familia materna. Hace dormir a la pequeña dentro de una canasta de ratán, ubicada sobre el paño verde de la mesa de pool dispuesta en el salón de juegos. La infanta nunca llora, ni aun en las partidas más disputadas. Su madre, una castiza medio gitana, la lleva cada cierto tiempo a España. Va por pesetas que destina a hacer circular el *Trauko* por las calles de Santiago. Durante esos largos viajes es cuando Toño, disfrazado de Bernarda Alba, busca el cuerpo de Omara. Invadidos por la noche, a tientas, esquivan los huesos desenterrados por los perros, y cogidos por los hombros, para no trastabillar, cruzan el jardín.

La noche del parque es fría. María y Dolores sienten que se les viene el invierno encima. Discuten acaloradamente sobre quién se equivocó, sobre el vestido de encajes que dejaste hecho un mugrero cuando el punky de las Encinas te tiró la botella de tinto en la jeta. Y tú, que perdiste el último lápiz imitación Cocó Chanel que me había costado tanto robarle a la Cecilia. ¡Ah, querida, pero acuérdate del guante de tisú de mi bisabuela!...

—Que yo sepa, Pocha —le dice la Félix, arqueando la ceja izquierda más de lo acostumbrado—, tu abuela jamás usó guantes. Hace ya algunos días que hicimos la última performance y nadie nos invita... —resopla con voz de relámpago la Joan Crawford⁵, cínica y nostálgica, mirando en su mano derecha el barniz de uñas carcomido.

La Crawford piensa en voz alta, sumergida en un trance posero copiado tal vez de Greta Garbo representando a su vez a Anna Karenina:

⁵ Joan Crawford o la Doña son algunos de los nombres con los cuales se hace llamar, a veces, María Félix, para despistar a quienes las vigilan.

«Que no muera el amor bajo los puentes». Y así, con aires de estatura gélida, recuerda el instante en que las indecentes atravesaron desnudas el paso subterráneo que cruza la avenida principal de Santiago. Este va desde la Universidad Católica hacia una de las calzadas laterales del cerro Santa Lucía. Ahí los mayates bajan por las noches de las laderas jónicas del cerro, atraídos por los humores a meado, semen del túnel y ano de coleópteros, donde estos mayates descuecen los negros tinteros de la local y pintan con caca la frase «Te quiero».

La densidad del túnel se abre a la luz de las lámparas de mano, con las que unos mozalbetes concertados alumbran los cuerpos de las reinetas que dan pequeños relinchos y pasitos de neón. Los focos descubren a su paso escenas de pajarracos copulando, tucanes esbeltos haciendo trinar la glorieta resplandeciente de esa Fontana di Trevi hundida. Puntos de adargas antiguas y lanzas en astillero desmembrando la opacidad cínica del puente a la Alameda que menudo pie las lleva.

Bette Davis⁶ piensa que son pocas las invitaciones a merodear por los brazos de los desarrapados del parque en que viven: esos nenes lúmpenes que aceitan sus negras cabelleras con betún de calzar entre los mismos matorrales en que las apocalípticas tías escriben sus poemas. Son ellos los que las ponen panza abajo, como forma de escape, camuflaje amoroso tal vez, en la huida diaria de este Chile otoñal de 1978: largo, largo como féretro.

Con los perseguidos por la tropa las jamelgas acabaron hace algunas horas de tomar el último pencazo de vino. Aún tienen los labios amoratados por el mosto barato; a falta de Helena Rubinstein, dijo la otra, ¡tinto nomás!

Las botellas descansan vacías junto al escaño donde siguen recostadas, obnubiladas por la visión amarillenta del Vinicio que cruza imperial el río. Marco Antonio pasa en un segundo sin verlas. La

⁶ Este es otro de los nombres de batalla de las Yeguas del Apocalipsis, usado en este caso por Dolores del Río, quien también, y de acuerdo con las fichas policíacas, se hace llamar Lola.

onomatopéyica embarcación se mueve bajo el puente cuando algunos policías tiran extrañas bolsas de plástico negro que se hunden de inmediato. Otras, más pequeñas, son arrastradas por la corriente. Varias gaviotas surcan el cielo.

Las botellas arrojadas al río son dos y fueron compradas con las ventas de unos porno-cuentos escritos por la Doña. Los *Cuentos incontables* han sido publicados por Pía Barros. Pía, de familia latifundista, pilar de la aristocracia moral chilena, fue desheredada al ser sorprendida leyendo relatos eróticos, de su autoría, a las hijas analfabetas de las sirvientas del rancho, propiedad de su padre. Cada fin de mes, al caer la tarde, este singular hombre organizaba safaris de pájaras. Luego de cazarlas en breves persecuciones a campo traviesa, con fusta las azotaba en las nalgas hasta hacerlas sangrar. Una vez escarmentadas por sus nefandos placeres, en compañía de sus amigos (entre ellos el inquisidor cura párroco del pueblo) las lanzaba al río Biobío. Las mojadas ocas se zambullían una y otra vez hasta aparecer exhaustas en la superficie. Aferrándose a gruesos troncos de raulí, flotaban toda la noche hasta la ribera de los pueblos vecinos, donde una de ellas, la Manuela, conoció a José Donoso. Éste, algunos años después, contaría su historia⁷.

Pía se ve fornicar en su pechera materna. Esta Venus campestre, lavandera de Rugendas⁸, tiene la cabellera larga y vikinga. Las últimas mechas se le recortan perfectas y punzantes en la cintura abejorra. Es famosa por su lencería fina entre las chuscas tapadas de Plaza Italia, donde vive. Provee a las Tietas de medias de encaje y pantaletas Tiffany para sus más glamorosas performances. Su marido, un poeta libidinoso, le compra las delicadas prendas durante sus prolongados viajes a Japón. Es en estos viajes que él se entrevista secretamente con la señora Murakami⁹, quien lleva las actas escritas en mandarín de ciertos casos de atropellos.

⁷ En *El lugar sin límites*.

⁸ *El huaso y la lavandera*, obra del pintor alemán Mauricio Rugendas. El cuadro pertenece a la colección permanente del Museo de Bellas Artes de Santiago de Chile.

⁹ Mario Bellatin, *El jardín de la señora Murakami*.

El departamento donde viven está custodiado por una institutriz enana de nacimiento, que cuida a la pequeña Abril, su única hija. Junto con su desalmada patrona, la diminuta y malvada creatura organiza las ollas comunes para escritores. Al igual que en todo el país, ellas preparan en su cocina clandestina, oculta tras un ropero de grandes lunas oxidadas y trizadas en partes iguales, las lentejas, el pan recién horneado y el café, cuyo aroma disimulan pulverizando Keto Moto, perfume tradicional que el poeta ingresa al país clandestinamente. La desconfiada enana de piel verde y ojos negros deja entrar a las cigüeñotas por la puerta de servicio y les sirve el potaje mientras les permite probarse la lencería.

Todos los días, ambas transforman la estancia del departamento en un conventillo mujeril. A lo largo de la sala van distribuyendo desvencijados pupitres frente a un despintado pizarrón de madera, donde la Doña, vigilada de cerca por la enana (para que no se robe nada), cacarea sus perversos relatos a las alumnas, caterva estudiantil emperifollada por el Kóleston cuarentón de Wella.

Los cuentos que venden las yeguas están impresos con cuidado en papel kraft, papel que por lo general ocupan en las carnicerías del barrio alto para envolver la carne. Van doblados en forma de tríptico dentro de un sobre del mismo material. Son cuatro relatos breves, bajo el mentado título de *Cuentos incontables*. Un sobre con los pornocuentos fue enviado hace pocos días desde el buzón de correos que está junto al escaño donde las pajaresas duermen la mona. La dirección postal remitió el sobre al Vaticano por correo certificado, de regalo al Papa. Las bizarras aclararon en una pequeña nota, respetuosamente redactada, que esperaban que el Sumo Pontífice pudiera leer al menos uno en su tediosa cháchara dominical, tal vez en la parte del responso. Así se quedaron varios días, alborotadas, sobreexcitadas con la idea de que el Papa de la sonrisa —como lo llaman porque nadie sabe de qué se ríe— lea el cuento de la niña que es violada salvajemente por Santa

Claus. De paso, en otra nota, invitaban a su serena santidad a venir a Chile, la tierra de los poetas, el país lejano, que tiene en su escudo patrio un cóndor reventando a cachas a un amariconado huemul.

Un estrepitoso grito de horror rompe la monotonía del parque, como si en ese mismo instante se hubiese venido abajo la casa Usher. Es la Félix, con la ceja dramáticamente arqueada hacia el cielo, al darse cuenta horrorizada de que se acabó el vino. En un gesto epiléptico, desesperado, la Del Río baja del escaño con un triple salto mortal y empieza a escarbar en la mochila azul de la Doña, que hasta entonces le servía de almohada. De su interior saca, convulsiva y sobreactuada —como en una mala interpretación de la Gloria Swanson en su peor película del cine mudo—, boas de pluma, zapatos taco aguja, bordados en lentejuelas, abrigos hilachentos de astracán, gafas con espejuelos rotos en marcos incrustados de nácar, la canasta de frutas que usaba en la cabeza Carmen Miranda, un pequeño amuleto vudú hecho con pelos de la Berenguer. La loca resopla, gime, se araña, da gritos al cielo, hasta que encuentra un escotadísimo vestido rojo de los años veinte y el turbante de lentejuelas que usó Daisy en *El gran Gatsby*. En un instante, la intrépida ha desgarrado sus atuendos para quedar desnuda en el frío del parque. De un brinco pasa el muro de la costanera y cae parada en el agua mugrienta del río. Ahí se lava los sobacos para luego engalanarse con los trapos, mientras la otra, sufriente, se viste contenida, discreta, con un traje lana Oveja Tomé de dos piezas. De un cofrecito almizclero saca unos pendientes brillantísimos y los enchufa en sus grandes orejas mugrientas, procediendo a pintarse con lentitud el hocico hediondo a resaca en una funesta representación Kabuki. Las dos se toman del brazo y avanzan a lo largo del parque rumbo a la Feria del Libro. Seguro ahí los compran, dice la Félix con su voz ronca.

Ésta será la primera vez que la Feria del Libro abra sus alambrados, carraspea, o sus puertas, vuelve a carraspear, o como usted quiera llamarle, en el Parque Forestal recién remodelado, al aire libre, señores,

modula el jefe de propaganda ante un asustado columnista de cultura de *El Mercurio*. Contaremos con la destacada participación de escritores de talla mundial como son... carraspea...

Amparadas por la Mosca Pop, febril dueña de un stand de libros feministas estratégicamente ubicado en el centro de la feria, se instalan las sospechosas ninfas. La Félix abre su mochila azul y extrae una pequeña mesa hecha con restos de cajones de tomates, la que cubre con un tapete de terciopelo rojo traído de la India por cierta gorda anticuaria. Lo hace lenta y ritual, como si de una *mise* se tratase. Luego va llenando la mesa con los sobrecitos de *Cuentos incontables*. Se queda mirando un segundo su obra con la característica ceja alzada, satisfecha, y agarra una varita de incienso de sándalo para prenderla, murmurando intraducibles mantras que la enana le enseñara. Dolores, aprovechando sus dotes para la declamación, el canto y la histeria, empieza a leer los cuentos, en voz alta primero, a gritos después. Ardida por la desidia del público, prosigue dando violentos pasos flamencos para continuar en una desaforada danza arabesca. La Del Río logra recordar —a través de un lésbico eco musitado en su oído— el tono opaco de la voz de Nati Mistral, cuyos poemas cuando está borracha y con público afable recita hasta el amanecer. Así, enfundada en un nuevo personaje, declama de memoria otro de los cuentos de María: «Bésame otra vez, forastero». Rápidamente se junta una turba a su alrededor. Cuando están casi todos los sobres vendidos, llega la policía, reforzada por una multitud de agentes civiles, más varias concubinas de militares.

Todas ellas vestidas de rosa —las, a sí mismas, llamadas Señoras de Rosado—, abochornadas por el relato de Santa Claus, hacen como que compran libros. Entre todos sacan a las yeguas a patadas hasta los límites de la feria. ¡Maricas degenerados!, les grita una de las supuestas damas. El resto de las concubinas se persigna frente al stand de ofertas del Opus Dei, donde de seguro el capitán en jefe comprará las

memorias de monseñor Escrivá. Las mujeres vestidas de rosado, que portan AK-47 bajo sus trajes sastre, celebran con suspiros malolientes la suerte de la esposa del capitán en jefe, que en ese momento hace su siniestra entrada para inaugurar la feria: que no escuche nada, menos vea nada.

La policía montada las sigue luma en mano, a caballo, por entre las araucarias y cipreses del parque. Las ahuyentan al galope, a lo largo de la costanera, sin lograr atraparlas. En un intento desesperado por cazar al menos a una de las garzas, un verduzco jinete coge al trancazo de las patas del caballo la larga cabellera azabache de la Félix, que en la fuga flamea al viento. Peluca en mano, el oficial ve espantado como la calva señora, aterrada por la usurpación a su divina privacidad, corre más rápido aún, sacándose la ropa para quedar vestida con un espectacular traje de baño drapeado de los años cincuenta. Finalmente, cuando ya les da alcance en el preciso lugar donde los policías siguen echando bolsas al río, las bañistas se tiran en espectacular clavado a lo Esther Williams y continúan nadando contra la corriente, sin detenerse, dando relinchos, riendo por las puñetas que se harían en sus nombres postizos esos divinos escolares que compraron los *incontables*.

DOLORES, EL ROMANTICISMO TARDÍO

La cita es a las doce. Entra lentamente a la decimonónica casona como si ya la conociera. Cruza altiva bajo la gigantesca lámpara *art déco* colgada a más de diez metros de altura en el imponente techo lleno de hornacinas oropelescas. Estas fueron pintadas a mano por un anónimo artista italiano que, en 1899, murió de tuberculosis en el hospital San José del Cajón del Maipo.

Dolores divisa una banca de madera justo al final del salón, bajo el espejismo de la escalera rococó que impone su presencia magnífica en la casa monacal. Decidida camina hasta ella y se sienta con desdén. Deja reposar a su lado, y sobre el piso de parquet, la canasta de bordar. A esta hora casi todos los estudiantes se reúnen a tomar café en pequeños grupos. Platican en voz baja, discuten. Cada cierto tiempo van cambiando de perímetro para formar grupos circulares y concéntricos, los que oscilan entre tres, cuatro, nunca más de seis, según observa Dolores con ese aire distraído y fresco que la caracteriza. La mayoría viste en forma artesanal: sandalias, pañoletas al cuello, pulseras de cuero y colgajos imposibles. La indumentaria se repite en estos cuerpos fornidos de adolescentes sin perfumar. En uno de los barandales de la espectacular gradería que sube su mármol de Carrara hasta el tercer piso del vetusto palacio, algunas alumnas de danza ensayan coreografías inspiradas en el trabajo de Pina Bausch. Las bailarinas se deslizan a lo largo del recinto estirando sus cogotes de orquídea y abriendo los pies en forma de L.

Al principio nadie se percata de la presencia de Dolores en el hall, menos de su viejo sombrero de ala ancha, coronado en el cintillo con minúsculos geranios rojos, el mismo que usara en el momento de ser retratada por Eduardo Cifuentes, pintor amigo de la pájara y descendiente directo de Abdón Cifuentes.

Don Abdón, de acuerdo a quienes lo conocieron, fue un hombre tímido, silencioso, de moral intachable pese al matrimonio sin consumar con su media hermana. Alguien, después de conocer su desafortunada vida, lo homenajeó con una estatua de hierro hecha con los restos de la fundición de una vieja locomotora que corría entre las sureñas ciudades de Chillán y Talca. La estatua permanece incólume, blanqueada por el excremento de las palomas. De tanto en tanto es asaltada por universitarios que en aquel rostro enmohecido ven la causante de la disconformidad. El busto está ubicado frente a la Pontificia Universidad Católica de Chile, la misma que en un instante de depresión hereditaria don Abdón fundara. Eduardo, lector de Federico Nietzsche y sumido en la desesperación del país, fue abandonado estrepitosamente por su mujer, quien huyó con un impresor de libros. Algún tiempo después de retratar a Dolores, el pintor decidió suicidarse.

Dolores se impacienta, no está segura de la hora, sigue mirando cómo los jóvenes cambian su órbita de conversa. Quizá ya se percataron de su presencia y están divulgando mensajes secretos acerca de su persona, conformando una red de comunicaciones de oído a oído. Uno de los estudiantes, el que está de espaldas a ella (el que más transita), apura su café con nerviosismo, tal vez sintiéndose observado por Dolores. De súbito el joven se gira, la mira fijamente un instante y luego vuelve su cabeza hacia el grupo, sin darle ninguna importancia. No obstante, dice algo y se despide de los otros a palmetazos en la espalda. Es moreno, alto, lleva al cuello una pañoleta palestina puesta hace poco tiempo de moda entre los militantes de esa etnia por Yasser Arafat. Envuelve su cabeza con la prenda y sale rumbo a la calle.

Dolores ha preguntado la hora. Aunque la banca no tiene respaldo, persevera con la columna vertebral erguida. Ha levantado del piso su canasta de bordar, depositándola femeninamente sobre sus piernas juntas. Con cuidado saca del interior un pequeño bastidor redondo que apresa en sus orillas de madera un delicado mantel de lino. Con la agu-

jeta ha continuado dando punto cruz al escudo patrio: el dibujo representa un gran cóndor con las alas extendidas sodomizando al huemul.

El hombre de la pañoleta palestina se pierde tras la gruesa puerta de pino oregón del instituto. Por unos instantes su cuerpo casi choca de frente con Keka Román, quien entra apresurada, abriéndose paso entre las dramáticas coreografías que ahora ensayan las bayaderas. Keka se ve algo sonámbula, con la apariencia orate de los que no han dormido. Extravagante a esa hora, da la sensación de venir del catre de alguno de los cuartos de hotel que rodean al instituto. Pareciera que se acabara de revolcar como perra en celo con un último y definitivo amante.

Keka tiene veinticinco años, y su larga y despeinada melena roja contrasta con los retazos de seda y géneros negros con los que viste. Al observarla con detenimiento, impresiona el *patchwork* prácticamente cocido a puntada gruesa en su voluptuoso cuerpo. La colorina se detiene bajo la lámpara que pende inmóvil oliendo el falso perfume Dior de Dolores. Han sido amigas por mucho tiempo, más de alguna vez vivieron juntas. Ahora se encuentran, se saludan abrazándose en medio del hall como si ambas se presentaran de nuevo —después de largos años— bajo la luz de un reflector de cine, obedeciendo a las órdenes de un neurótico director.

Caminan entrelazadas por la cintura hasta el taburete bajo la escalera, donde Dolores esperaba. Se acomodan junto a la canasta abierta que muestra en su interior finos hilos, cuyos tonos prevalecientes son el rojo, el azul y el blanco. Antes de tomar asiento, Dolores levanta su bastidor y retoma con gesto nervioso la faena. En el salón suena un agudo timbre; por un momento los estudiantes acallan los murmullos, desarman sus misteriosos círculos y rápidamente empiezan a retirarse en diferentes direcciones. Las bailarinas dan sus últimas volteretas.

—Es fácil —dice Keka—, solo tienes que hablar con los profesores de los ramos que te interesen y decirles que quieres ser alumno, bueno, alumna libre... —ríe—. Como más te guste. Creo que yo no voy a

seguir en la carrera de literatura, falta dinero. Para que no tengas problemas te sugiero que hables con Luis Torres o con Carlos Ossandón, los dos son buena onda. ¡Ah!... y disculpa la demora, volví a discutir con Eduardo... parece que estoy embarazada... Bueno, ya empezó mi clase, me tengo que ir.

Keka se incorpora y se despide cariñosa. A la distancia, Dolores alcanza a decir un “lo siento”, mientras su amiga se aleja cimbrándose. El movimiento de las caderas de Keka se asemeja a una goleta llena de marinos ebrios. La ve saludar a otros que como ella entran por una de las puertas que rodean el salón.

Dolores guarda el bordado en la canasta. Se incorpora dispuesta a subir las escaleras hacia el lugar donde cree está la oficina de Carlos Ossandón. A su lado, y llena de libros en las manos, pasa fugaz la figura distraída de Diamela Eltit, como sacada de un cuadro de Chagall, dejando en el aire un suave olor a tinta china.

Los pies cenicientos de Dolores suben magistrales. Peldaño tras peldaño, derecha, hasta llegar al segundo piso. Una vez ahí, triunfal, se asoma al operático balcón veneciano de cuyos frentes cuelgan dionisos racimos de uvas de bronce pulido. Se detiene pétrea como para saludar a un público que desde abajo la aclama. Suspendida en la altura observa al mayordomo de la casa; éste ha empezado a barrer esmeradamente, con una escoba de plástico rojo, las colillas y vasos plásticos de café que dejaron los chicos en su retirada. En ese momento ve regresar al hombre de la pañoleta palestina, quien trae consigo un morral lleno de panfletos para distribuir entre las pocas personas que quedan en el hall. Entrega uno al barrendero, que lo lee, asiente con la cabeza y sigue aseando.

No sabemos en qué instante Dolores del Río fue admitida en la ARCIS como alumna libre de la carrera de literatura; solo se sabe que en ese año de 1986 se instaló en el barrio Brasil, cerca del instituto.

Dolores se cobijó en el pequeño cuarto de un estudiante de teatro procedente del sur, que ingresó del mismo modo a la carrera. Iván, a quien Dolores apodó Mía Osa Golosa, en parte por sus redondas formas y en parte por su libido callejera desatada y experta en conquistar hombres, fue el encargado de cambiar para siempre su apariencia personal. En cuanto se inauguraron las primeras tiendas de ropa americana le seleccionó las más sofisticadas prendas, inspiradas en las fotografías de una desconocida actriz mexicana de quien Dolores tomó el nombre.

Mía es quien renta la habitación a Polo Escárate, quien a su vez renta el total del departamento a una arruinada ex vedette del Bim Bam Bum¹⁰. Polo comparte el área con la condición de ser él quien se encargue de abrir y cerrar la puerta de entrada del departamento, emplazado en el cuarto piso de un inmueble que habitan principalmente estudiantes de provincia. La tarea que Polo se impone concentra su completa vigilancia, y obedece a una fuerte paranoia, pues piensa que los virus que entran desde la calle pueden enfermarlo de muerte. Sus escasas salidas son siempre de noche, horario en que, según dice, el virus de la tuberculosis y hasta el de la simple gripe duermen como resultado de la baja polución que desde el atardecer hasta la madrugada presenta la contaminada ciudad de Santiago.

Dolores acaba de salir de su taller de poesía y enrumba por la calle Huérfanos. Poco más allá entra a un almacén de abarrotes, de esos tan comunes en este barrio donde todo va desapareciendo. Las antiguas y señoriales casas han sido reemplazadas de a poco por enormes obras gruesas de edificios multifamiliares aún en cimentación. La dependencia ha terminado de acomodar los canastos de mimbre llenos de verduras y frutas. Duraznos aterciopelados perfuman el aire destellando un áureo colorido que pareciera alargar la temporada con su des-

¹⁰ Teatro de revistas, ubicado en calle Moneda, que cerró sus puertas después del golpe de Estado de 1973 al decretarse el toque de queda. Posteriormente fue demolido.

pilfarro. Dolores tiene varias horas libres entre clase y clase. La mujer, vestida con un destartado pero pulcro delantal celeste a cuadritos, la mira entrar sin inmutarse. Está parada tras el mostrador, sobre el cual se encuentra una anticuada caja registradora de fabricación alemana. Atiende seca, con desconfianza en el ceño. A Dolores no le importa, pues desde su adolescencia está acostumbrada a convivir con el reojo de la mirada vecina. Compra pan, mantequilla y algunas frutas. Las amas de casa a esa hora han terminado de barrer las veredas que despiden olor a orines de gato, a humedad mohosa de asfalto recién baldeado de agua y detergente, olores que caracterizan las mañanas del barrio Brasil.

Por la vereda de enfrente pasan cuatro policías armados, protegidos con chalecos antibalas de reciente importación. Dos de ellos la miran un instante; se alejan sin detenerse, buscando algo con actitud de perros sabuesos.

Les debió parecer sospechosa mi falda negra hasta los tobillos, piensa Dolores. La falda que lleva puesta la eligió Mía en la tienda Ahora o Nunca, inspirada en la película *La malquerida*. El diseño de la prenda imita el hábito de las pocas Carmelitas Descalzas —no más de diez— que de vez en cuando salen de los claustros del sector. Estas viejas monjas que antaño pertenecieron a familias adineradas de rimbombantes apellidos, Errázuriz, Pérez-Arremiscoitía, García-Huidobro, ahora viven en la pobreza y bajo estricto voto de silencio. Ajenas a los bandos castrenses que regulan la ciudad, aparecen cada cierto tiempo para pedir limosna o efectuar compras. Así abastecen con lo que se pueda la arruinada economía de su encierro ojival.

Las monjas más longevas nunca se enteraron del bombardeo, menos supieron que la parentela que habitara esta zona y mantuviese los conventos, hace muchos años que había decidido emigrar hacia la parte alta de Santiago, dejándolas tan abandonadas como sus templos, que ahora ocupan clandestinamente los desplazados en busca de

vivienda. Los atrios de estos lugares expanden sus pestilencias: por lo común hieden a la parafina con que sus inquilinas combaten el duro frío invernal.

Pasa una micro color verde con todas las ventanas enjauladas; parece un gallinero ambulante. Quienes la tripulan son policías. Los que van parados en la pisadera enseñan armas cortas.

Una de las casonas de la cuadra se encuentra con sus puertas abiertas a la calle. Un montón de gente husmea en el interior y Dolores también se detiene a observar: diez mujeres vestidas de negro, acompañadas por lánguidos sonos de guitarra, cantan *La cueca sola*. Dos de ellas, ancianas y de rostros afligidos, bailan aferradas a pañuelos blancos, los que levantan en el aire y dejan caer sobre sus rostros en una de las vueltas de la danza...

Mía al parecer no está en el departamento. Dolores, cargada con las compras, sigue presionando el timbre con insistencia. Del cuarto piso baja Polo por fin. La sale a recibir con una mascarilla que le cubre la boca por completo. Sin decir nada, Polo le hace señas para que se limpie los pies en el felpudo gris, en cuyo centro puede leerse gastada por el uso la palabra "Welcome".

Polo acaba de regresar de Estocolmo, ciudad donde él y su familia estuvieron exiliados. Dolores lo saluda de beso y se dirige a la pequeña cocina. Sobre el mesón recién desinfectado deja las compras. Se prepara un café. Con la taza en la mano se dirige a la estancia donde Polo trabaja en algunos bocetos de iluminación para la compañía Circo Teatro de Andrés Pérez. Dolores se sienta en la cama cuya colcha está adornada con varios cojines marroquíes, cruza las piernas y revuelve su café sin derramar una gota, mientras observa a Polo distribuir los fresneles sobre el papel de dibujo con un lápiz negro de mina. El hombre, sin lugar a dudas, es atractivo. Tiene unos treinta años, es moreno, grande, fornido. La textura marchita de su piel da la impresión de ser un ramo de nomeolvides secos, de esos que cuelgan para que no pierdan su color.

Polo le arrebató de las manos el café y se bebe de un sorbo el contenido. Deja la taza en el suelo y se sienta a su lado. Con toda naturalidad toma la mano de Dolores depositándola sobre su miembro ya erecto. Dolores tiembla toda y deja sus dedos mustios descansar como una mariposa monarca sobre el singular escombros. Polo le acaricia la mano hasta sentir que ya está dispuesto, entonces se la retira. Abre la bragueta de su pantalón y saca ese sexo enorme, oscuro como un pájaro oscuro. Esta vez la diestra de Polo toma lascivamente la nuca de Dolores, le acaricia el pelo un segundo y, con suavidad, empuja la cabeza hacia abajo. Dolores abre la boca como si no quisiera, se defiende sin violencia, agitando leve su cabellera, negándose, hasta engullirlo todo. Al verla da la sensación de ser una serpiente atragantándose con un roedor. Polo, con su mano izquierda, le sube la parte de atrás del vestido, escarba bajo el calzón de encaje (regalo de Pía) y le introduce severo uno de sus gruesos dedos en el orificio. Dolores da un gritito, gime, se curva para que la penetre más, pero justo cuando la bestia negra se prepara para la embestida, entra la Osa con la última encomienda que su familia le mandó desde Llanquihue. Rápido, Polo desaloja el dedo del interior de Dolores y guarda su pájaro. La dramática actriz alcanza a acomodarse los calzones y bajarse la falda. Será otro día, balbucea Polo. Dolores recupera del piso su taza vacía y retorna a la posición inicial. Refinada, se lleva la taza a la boca sonorizando ligeros sorbos.

Se incorpora solo para saludar a Mía.

LAS DOS FRIDAS

—No, no, no —dice Diamela—. ¡Me niego a que me tomes las medidas! —Con cara escrupulosa repite su negativa—. ¡Por ningún motivo!

Mientras Diamela regresa, Dolores se ha quedado mirando la foto que decora la pieza del caserón de la calle Lincoyán. Diamela levantó la vivienda junto a su madre. Lo hicieron sobre las ruinas de lo que fuera un conventillo. Conservaron el extenso corredor que cortó a tajo abierto la casa, entre puertas atascadas, detrás de las cuales improvisaron los dormitorios. En ellos, con el correr de los años, empezaron a sucederse uno tras otro los fenómenos de *Casa tomada*, el cuento de Cortázar.

Entre ambas supervisaron la edificación utilizando los planos del asilo de ancianas donde murió una abuela. Así podremos envejecer tranquilas y nadie tendrá que llevarnos obligadas a ninguna pensión, comentó Diamela en esa oportunidad a los albañiles que trabajaban asegurando los cimientos de la insólita construcción.

Casa para mujeres solas y tristes, rumoreó más de alguna vez la madre mientras daba a Diamela masajes faciales.

Al final del pasillo, mirando desde la mampara de entrada, se encuentra la pieza donde aguarda Dolores del Río en posición torcida, sobre un jergón que hace las veces de asiento.

El improvisado mueble está forrado por una sábana curtida por el uso, y se ubica exactamente frente a dos malogrados estantes de madera. En los compartimientos se apilan libros y restos de periódicos, en todos los cuales Diamela ha subrayado la frase «No más».

La máquina de escribir Olivetti donde Diamela suele trabajar, está arrimada sobre un ventanuco que da a la calle. Ahí pasa horas fisgoneando a las gentes que transitan recortadas en el marco de la ventanilla. Las siente ir y venir exhaustas, fatigadas. En los días festivos,



Las dos Fridas, 1989. Fotografía Pedro Marinello.

como navidades o fiestas patrias, las observa caminar con ropas recién compradas, las mismas que Diamela envidia desde la semioscuridad de su escritorio.

Junto a la máquina de escribir se encuentra un voluminoso manuscrito lleno de oraciones gramaticales tachadas con lápiz rojo.

Diamela regresa de la sombra del corredor con un pantalón de raso color plata, más un trozo de tela de lamé. Es de estatura baja, y el escaso pelo que tiene le cubre el rostro con flequillos resecos por el tinte que emplea para oscurecerlo. Tiene la mirada extraviada, perdida en la contemplación del infinito de la calle por donde —según confesara en una sola oportunidad— transitan sus personajes. Desde la separación definitiva de su segundo marido y mientras amamantaba a Danisa, una de sus dos hijas, tomó también la costumbre de moverse descalza por el interminable pasillo. Suele pegar la oreja a las puertas cerradas y elucubrar sobre los comportamientos de los nuevos habitantes. Una vez logró presentir el marchito cuerpo de una anciana que se orinaba sobre la cama.

—¡Lo quiero igual! —dice—. ¡Igualito! Me entiendes, Dolores.

Deja los trapos sobre la única silla en buen estado, dispuesta solo a modo de decoración. Se pone los espejuelos, toma el manuscrito y lee la primera página en voz alta.

Una vez terminada la lectura se saca los espejuelos y mira fijamente a Dolores, quien ha permanecido silenciosa con la huincha de medir en la mano, repasando los centímetros con sus dedos, tratando de adivinar la medida exacta de la cintura y las caderas de Diamela, ocultas tras decenas de faldones.

—¿Qué te pareció el texto que leí?

Dolores no la escucha, ha permanecido mirando la foto¹¹, inten-

¹¹ Lo que observa Dolores es una foto en blanco y negro. La fotografía fue tomada frente al Palacio Nacional de Gobierno. Ahí se ve una mujer encorvada dolorosamente, una mujer de edad madura, que dibuja una cruz en el centro del asfalto, en plena calle. Pareciera estar interviniendo las líneas blancas de la continuidad vehicular de la vía pública.

tando adivinar qué es lo que hace la mujer acucillada.

Acostumbrada a hablar solo con los personajes que pasan fugaces por la calle, Diamela deja el manuscrito junto a la máquina Olivetti e interroga:

—¿Cómo van las clases, linda? ¿Ya conociste a Nelly?

Dolores por un momento se pregunta cómo le irán a quedar los pantalones. Se los imagina puestos... No, no, no a Diamela, sino a ella que en secreto da fe de que el lamé fue inventado para su piel.

—Bueno, ya sabes, Lola (así la llama Diamela cuando está de buen humor y esto es muy pocas veces). Estoy terminando otra novela... Se llamará *Vaca sagrada*... Sí, Lola, ¡*Vaca sagrada!*, como las de la India, ¿no? Esas que no se pueden comer.

Diamela retuerce sus manos y se rasca las muñecas cuando habla. Inquieta, se para dejando en el aire, entibiado por la estufa encendida, el olor a tinta china que a Dolores le parece familiar...

El estante donde Diamela hurga produce un chirrido suave, como de ratón descascarando restos de madera podrida bajo el piso. En realidad, lo que cruje no es el estante, sino el suelo de tejuela cubierto por improvisados tapetes de lana deshilachada, que disimulan los socavones que Diamela mandó a escarbar para guardar sus manuscritos. Esta medida la tomó luego de que en la casa empezaran a perderse las cosas, primero objetos sin importancia, luego los cuerpos de las fotografías. En los retratos familiares quedaba el espacio de la pose vacío, o bien las personas eran suplantadas por seres anónimos. En la foto de bodas de Diamela, por ejemplo, donde se suponía debía estar ella dentro del vestido de novia y junto a su primer marido y verdadero padre de una de sus hijas, apareció otra mujer. Las suplantaciones se fueron sucediendo hasta el punto de que en los álbumes solo había desconocidos.

Diamela saca un libro de láminas y, habiéndose cerciorado de que el rostro de la ilustración corresponde, afirma con tono de profesora:

—¡Esta es Frida Kahlo!

Antes de sentarse otra vez en el sillón-cama, donde Dolores se ha recostado en su fatigada pose de Emily Brontë, la Eltit aprieta el *play* de una radiograbadora y le sube el volumen como para evitar que las presencias puedan escuchar la conversación. De inmediato empieza a sonar la voz ronca y tequilera de Chavela Vargas cantando *Macorina*.

La letra de la canción da ecos lentos por el pasadizo: «Ponme la mano aquí, Macorina... , ponme la mano aquí». Dolores deja de recorrer con sus dedos los centímetros de la huincha de medir y, mirando a Diamela, dice:

—¡Me gustó *Vaca sagrada*!

Sin darle importancia, Diamela abre el libro en la página treinta. Muestra la ilustración con la actitud de una exhibicionista que se descubre frente a una colegiala. Dolores observa la lámina donde aparece la pintora doblemente retratada, Frida dos veces parecida a sí misma. Están tomadas de la mano, unidas por una sonda de transfusión sanguínea. Una Frida no puede más con la otra y corta el vínculo, ¿o es por accidente —piensa Dolores— que se separan? Al parecer, y en esto Dolores está casi segura, una de ellas muere.

La sangre ha comenzado a escurrir de la sonda recién escindida, manchando el vestido tehuano, de seda, de una de las Fridas. Muere porque no muere, se suicida. Sin embargo, sus caras no tienen síntomas de dolor, sino más bien de parquedad, la misma que produce el tedio, ese tedio que ellas conocen, el tedio de estar siempre unida a la otra.

—¡Es una pintora mexicana! —prosigue Diamela. Insiste en mostrarle a Dolores otro autorretrato de la artista. Esta vez Frida aparece sentada en el medio de una sala, viste de hombre, tiene unas tijeras en la mano y su pelo se esparce catártico y terrible sobre el piso, el rostro sereno, se ha dejado juntar las cejas y su bozo ha crecido hasta formar un pequeño bigote. «Mira que si te quise fue por el pelo, ahora que estás pelona ya no te quiero», reza la oración escrita en la parte superior del cuadro.

—¡Ya ves, Lola! —dice Diamela cerrando el libro—. Todo es simulación. Es la herida. Yo hace tiempo me corté los brazos. ¡Mira, Lola, me corté entera!

Panóptica habla de la cicatriz, cuenta del tráfico de la carne, la carne afligida. Sí, es verdad, una vez también fregó con agua y jabón las banquetas de los prostíbulos de la calle Maipú, esos bulliciosos establecimientos que tiempo después desaparecerían quemados por la tropa.

El rojo callejón donde florecían las matronas emperifolladas, se esfumó entre las llamadas dos días antes del anuncio oficial del arzobispado que informaba de una breve visita del Papa a Chile. Diamela, luego de cortarse los brazos, procedió a limpiar las veredas donde las viejas meretrices apalean el sexo, el deseo de justicia, el terror del país.

Las putas, cuenta Diamela, según el poeta Sabines¹², son el último sudario del siglo, cubren con sus cuerpos miserables, llagados y lumpéricos, toda posible identidad. En este instante de la narración, Diamela y Dolores se miran silenciosas. Sobre el techo de la casa pasa un helicóptero, el ruido de sus aspas apaga por un momento la voz en sordina de Chavela Vargas.

—¡Pero qué loca eres, Lola! —se interrumpe, se incorpora, la lleva a rastras por el corredor hacia la puerta de salida, se arrepiente, regresa a la habitación, ahí saca un sombrero negro de condesa que coloca en la cabeza de Dolores antes de cerrarle la puerta en las narices—. ¡La próxima semana regresa! —grita desde adentro con voz impostada de puta— ¡No se te olvide hacerme los pantalones, los quiero igualitos, ya sabes que las Fridas son dos y tú eres una... pienso!

¹² Jaime Sabines, poeta mexicano nacido en 1926 en el estado de Chiapas y muerto el 19 de marzo de 1999 en México DF.

VIVIEN LEIGH EN LLAMAS

A María Félix la detiene un semáforo en rojo. El verde que espera impaciente le da por fin el paso. Cruza sobria. La luz del mediodía se refracta en su cara tensada por el hielo. Luce blanca, extremadamente pálida, como muñeca deslucida de loza antigua. La Doña se mueve rápida entre la gente, rítmica, dirían los que la ven. Los altos tacones que lleva puestos aumentan su estatura; son de charol y fulguran diamantinos al sol. Va vestida de esmoquin negro. En la cabeza lleva un tongo algo ladeado, a la manera de la Dietrich; en su mano izquierda un racimo flotante de globos azules. Algún burócrata la mira un momento y escupe el suelo, casi frente a ella, y prosigue su marcha despectiva. María se detiene ante la Iglesia de San Ignacio. Las gradas que conducen al interior se le presentan atiborradas de gente. La basílica está iluminada apenas por la frescura de los vitrales que proyectan arcángeles lascivos sobre la madera reluciente del féretro. Del interior de la bóveda románica se desprenden —amplificados por la voz del oficiante— monótonos cantos de adoración. En la calle una centena de autos permanece estacionada. María da un ligero vistazo, pero no entra; apoya su espalda entre las cariátides de uno de los muros churriguerescos que sofocan su espera, divagando en el «acaso». Instintivamente abre su cartera de mano, saca del interior unas gafas oscuras y se las pone. De uno de los bolsillos de su pantalón de vestir extrae un paquete de cigarros Life. Prende uno y aspira soltando desordenadas bocanadas de humo. Levanta una ceja, mientras observa el movimiento de la gente que entra y sale del templo. Los globos flotan estáticos sobre su tongo.

Un descamisado chico de ajustados jeans azules se para junto a ella, diecisiete años temblando de cariño la miran, le sonrían. El muchacho pide un cigarro sin hablar, apenas con un gesto; María asiente, aterra-

da de que el momento termine. Busca con torpeza, le entrega el tabaco sin perder el hilo de la pàrvula mirada. Se lo enciende.

La ceremonia ha terminado, la gente vestida de negro empieza a salir y busca ubicaci3n en los autos del cortejo. María quiere decir algo al Tadzio seductor y cínicico que fuma al lado suyo.

Por el pasillo principal de la nave viene saliendo Eduardo dentro de su ataúd de roble. La procesi3n se detiene junto al chico y a la inusual madonna. Los hombres que lo cargan, avisados por una seña del sacerdote, depositan el ataúd sobre el piso de baldosas anaranjadas. El oficiante salpica el féretro con agua bendita, ayudado por un monaguillo que lo ahuma con mirra. Los hombres alzan la urna nuevamente. La Félix ha levantado la mano en que aprisiona su nube de globos. El muchacho aún está ahí, mirándola. María, solemne, como si estuviera parada frente al flash, observa el ataúd con una lágrima de ámbar congelada en el rímel de sus pestañas postizas. Con desdén minimalista suelta los globos al viento, mientras su mirada febril regresa por el infante. Demasiado tarde, él ya no está, no hay nadie, excepto Dolores, abrumada como viuda de zarzuela, Vivien Leigh en llamas.

Dolores siente el calor de una mano enguantada sobre la piel de gallina de su brazo, apenas cubierto por un mant3n de Manila color índigo. Baja los primeros escalones del templo lánguidamente, desmayada por el olor que delante despiden los incensarios que cuelgan de la mano del monaguillo, como dos grandes g3nadas meciéndose humeantes. Bajo la mirilla del tul de su sombrero negro, Dolores del Río da vuelta la cabeza, difunta, para recibir el dolorido pésame de la mano que la detiene en su marcha ritual. María Félix la atrapa desde la sombra de su refugio, jalándola.

—¡Vamos, tonta! ¡Esto ya se acaba, todavía nos quedan más muertos por quienes llorar en este país de mierda! —le dice al oído.

La Doña aspira con fatalidad el cigarro, suelta una bocanada y agrega:

—¡No te andes haciendo la viuda, linda!

Dolores prorrumpe en una sofocada y discreta carcajada, da una pitada del mismo cigarrillo de la Doña; coqueta se quita el sombrero y el velo que le cubre el rostro.

—¿Dónde vamos? —pregunta en un estado descocadamente alegre.

—¡Al parque, niña! ¡Al Parque Forestal!

—Bueno, pero supongo María que tienes lápiz labial, porque así de deslavada no puedo ir a ninguna parte.

Del bolso de noche, la Félix extrae un gastado envase con carmín, más un pequeño espejo de mano. La Del Río dibuja sus labios con maestría, hasta dejarlos con forma de corazón. En el reflejo del cristal observa a Keka subir al auto de los deudos. El vehículo está ubicado justo tras la carroza, sobre cuyo techo se desparraman rosas y claveles rojos entre hojarascas de un verdor olvidado.

Keka se ha sentado en la parte trasera. Sonríe con disimulo a Dolores, quien la mira con igual disimulo mientras regresa los cosméticos y divisa por última vez el cortejo fúnebre que emprende su marcha silenciosa. De uno de los últimos coches, que se pierden a velocidad lenta por la avenida, alguien les reclama algo. «¡Púdranse!», les grita la Doña encumbrando el dedo medio de su mano izquierda.

Acto seguido, las vetustas se toman del brazo y emprenden la marcha en dirección al parque.

Dolores, Keka y Eduardo se habían conocido una tarde de marzo a principios de los ochenta, en una tienda de libros usados de la calle Bandera. El local estaba ubicado a media cuadra del Parlamento Nacional¹³.

¹³ El edificio parlamentario fue construido durante la Colonia sobre los antiguos cimientos de la Iglesia de la Compañía de Jesús, que fue destruida por un incendio producido durante la misa de la tarde. En esa ocasión un cirio inflamó la cuzqueña peluca de uno de los santos; el fuego se extendió y más de mil personas perecieron, ya que por un error de la construcción las puertas se abrían solamente hacia adentro. Al tratar de huir, la multitud quedó atrapada. Años

El recinto, predestinado a la fatalidad, permanecía clausurado desde septiembre de 1973. Los accesos al palacio estaban custodiados por jóvenes conscriptos, los que no superaban los dieciocho años de edad, haraganeando en la monotonía de la guardia. Estos soldados, la mayoría provincianos traídos de algún destacamento del norte, miraban con asombro, y por primera vez, la capital y su gente, sosteniendo el armamento que apenas si sabían utilizar. Los reclutas simulaban la barbarie de su fuerza inexistente pintándose las caras con estiércol. Sus rasgos altioplánicos, más el olor que despedían, eran blanco fácil del grupo regido en ese entonces por María Félix. Las Mosqueteras, como se hacían llamar, estaban formadas por la Jaimina, quien, engalanada a la manera de Tita Merello, cantaba tangos; Andrés Pérez, un actor callejero que después de conocer a Dolores trató de suplantarla; más varias peluqueras que deambulaban por la cercana Plaza de Armas. Todas estas avezuelas extendían su periplo amanerado a la visión salvaje de los pelados custodios.

En la librería de la calle Bandera se organizan secretas tertulias literarias. A esas reuniones llegan nostálgicos poetas ya mayores, olvidados en las listas negras del régimen, y jóvenes escritores urbanos, de melenas largas y cuerpos canijos. También asisten de incógnito los poetas Floridor Pérez, Mirna Uribe, José María Memet y Stella Díaz Varín. Esta última, cuando le desagradan los artificios de algún poeta, lo golpea con su potente zurda en el rostro, sin mediar explicaciones. Además, Stella suele frecuentar los bares disfrazada de Matilde Urrutia.

La mujer del parche¹⁴ sirve vasos de vino blanco a la gente que en-

después, en conmemoración de la tragedia, edificaron en el barrio Brasil la suntuosa Basílica del Salvador, que a su vez se derrumbaría en un terremoto. En el hecho solo murió una monja, que en esos momentos rezaba el primer misterio del rosario frente al sagrario. A la religiosa le habría caído uno de los arcángeles de mármol en la cabeza.

¹⁴ La dueña que atendía la librería era una mujer cuarentona, de físico corpulento, vestida sobriamente de negro, que imponía respeto. Le faltaba un ojo, por lo que cubría la cuenca con un parche asimétrico.

tra. Impone silencio llevando su dedo índice a la boca, evitando interrumpir la lectura de turno. Discretamente los asistentes se aglomeran entre la monotonía de libros amarillentos, muchos de ellos prohibidos por algún bando.

Dolores se detiene frente a la vitrina para revisar los títulos en busca de uno de los tomos de *El cuarteto de Alejandría*. En el fondo, rodeada de un público lacónico, una chica de ondulada cabellera roja está sentada sobre un piso. Lee sus poemas desde un cuaderno escolar, prácticamente a la altura de sus exuberantes pechos, los que parecen estar a punto de salirse a fuerza del escote raído, recortado a la mitad en una improvisada blusa zurcida a mano con restos de telas floreadas. La chica lee imperturbable, sobria, íntima, textos de inspiración carnal.

Desde afuera del escaparate, Dolores examina a la gente aglomerada en torno a la mujer que lee. Impulsada por la curiosidad, entra. La del parche la mira al principio con desconfianza, pero luego de observar su vestimenta con el ojo torvo, le ofrece un vaso de vino blanco, el que Dolores del Río agradece con sonrisa azorada. Temerosa de ser en cualquier momento confundida con un infiltrado de la policía, alza el vaso hasta su boca y bebe con toda la naturalidad posible.

Mientras sigue oyendo versos, escudriña entre los libros apilados sobre una repisa que ostenta un letrero de subasta. Un hombre delgado y pálido, de saco gris (unas tallas más grandes que su torso), le muestra un desmantelado ejemplar de *Justine*. En voz baja, rozando con el aliento caliente los aretes de su oreja y señalando en la portada el nombre del autor, pregunta:

—¿Lo conoces?

Dolores levanta la cabeza y observa el rostro adolescente y melancólico. Sorprendida y radiante, le responde en el mismo tono de voz:

—¿Pero cómo? ¡Esto se llama telepatía! ¡Es precisamente lo que busco!

—Me alegro, pero el libro es solo un pretexto —responde el hombre algo enrojecido—. La verdad es que me llamó la atención tu

sombrero¹⁵ y pensé que podría hacerte un retrato. Si me dejas, claro. Soy pintor.

La mujer del parche los mira molesta y los hace callar sonorizando un *chchsss*.

Entretanto ha terminado la lectura, el público aplaude con entusiasmo a la poeta que agradece con gesto acalorado. Le ofrecen un vaso de vino.

Brebaje en mano cruza la librería recibiendo efusivas felicitaciones hasta llegar al sitio donde están el pintor y Dolores. La pareja ha interrumpido su diálogo para sumarse a los aplausos. La poeta se acerca, saluda de beso al pintor y pregunta cómo sintieron la lectura. ¡Bien! ¡Bien!, responde el pintor. Luego enfrenta a Dolores, quien sostiene aún el libro de Durrell, y la saluda de beso en la mejilla, como si se conocieran de siempre.

—¡Soy Keka! —dice sonriendo de manera amistosa.

El pintor, con un aspaviento fascinado, agrega:

—¡Yo me llamo Eduardo¹⁶! —Y extiende la mano a Dolores.

—¿Cómo? —apunta Keka divertida—. ¡Pensé que se conocían!

Eduardo y Keka fueron la pareja perfecta; convivieron varios años y ella quedó embarazada. A la niña la llamaron Pastora. Dolores, como era de esperar, se convirtió en madrina. Para sobrevivir la pareja inventó unos colgantes de cerámica. Los móviles que fabricaban estaban compuestos de diminutos carillones de barro, que vendían en ferias artesanales; de esta forma pagaban a duras penas la renta de un cuarto en el barrio Bellavista. Por las noches se unían a la infracción de la aventura literaria santiaguina, junto a un grupo de poetas emergentes:

¹⁵ Dolores lleva puesto un sombrero de fieltro de los años veinte que perteneció a una ex primera dama argentina. El sombrero es de color celeste, tiene forma de bonete y luce una red tejida a mano. En la parte de atrás armoniza el diseño una flor de magnolia hecha de cera.

¹⁶ Eduardo tenía rasgos de hidalgo español, acentuados en el almendral de sus ojos café. La barba impúber, puntiaguda, a la manera de Cervantes. Su apariencia total, fácilmente podía asimilarse con un trance alucinógeno de El Greco.

Sergio Parra, Malú Urriola, Nadia Prado, Jesús Sepúlveda, Isabel Larraín, Felipe Moya.

La poesía que escribía Keka cautivó a Dolores.

Sus textos, expresados en las múltiples lecturas clandestinas, sugerían emancipaciones físicas frente a los poderes fálicos dominantes. Para muchos críticos acostumbrados a la poesía tradicional, estos versos indecorosos solo eran una excusa para desahogos sexuales.

La misma noche en que se conocieron, Keka invitó a Dolores a un recital del antipoeta Nicanor Parra. El vate ofrecería una lectura de artefactos en la Casa de los Escritores, ubicada en la Plaza Italia¹⁷. Fue durante este evento que Dolores vio a María Félix por primera vez.

La Doña, espoleada por la enana, creaba efectos especiales para las lecturas de poetas jóvenes. Estos efectos consistían en proyecciones a contraluz sobre biombos de papel, a la manera de las figuras chinas, sobre los cuales la Doña reflejaba figuras de murciélagos extraídos de sus *delirium tremens*.

Nicanor leyó poemas para despistar a las Fuerzas Armadas. Algún tiempo después, las yeguas homenajearían la acción del vate mostrándole las nalgas resentidas por las constantes picadas de los zancudos del Forestal.

Tras las exequias de Eduardo, Keka y Dolores se volverían a encontrar solo una vez más. Fue en la editorial Cuarto Propio, donde Keka trabajaba como vendedora. La Del Río acababa de firmar contrato para publicar su primer libro, *Sodoma mía*.

Keka tampoco asistió al funeral de Dolores. Se enteró por la revista *Cerdos y Peces*¹⁸ de que el cadáver había sido exhumado del Cementerio de la Recoleta, en Buenos Aires, donde al parecer la habían enterrado por casualidad dentro del ataúd vacío de Eva Perón, luego de que unos fanáticos robaran el cuerpo de la primera dama argentina.

¹⁷ En Almirante Simpson N°7.

¹⁸ Revista de novedades creada en los años ochenta por Enrique Symns, en Buenos Aires .

UNA GATA SIAMESA RONDA CONSTANTEMENTE

Del brazo, el par de yeguas las emprendió rumbo al parque. En el camino compraron pisco y coca-cola. María Félix extrajo de su bolsa dos vasos de vidrio soplado, en los cuales se prepararon los combinados. Mientras las meretrices empinaban el codo, se lamentaban de lo humano y lo divino.

Dolores y María lloraron abrazadas a los apolillados troncos de los árboles caídos del Forestal. Junto a la costanera que bordea el Mapocho, bajo un gigantesco gomero, divisaron un escaño hecho de madera y herrería fundida en las fraguas de la desaparecida industria metalúrgica Soco Metal¹⁹. Ahí se quedaron dando brindis y brindis por el difunto. Luego del llanto les dio por el baile y después por el canto; las comadronas ya borrachas por el pisco vieron amanecer.

Cuando Dolores despertó, cerca del mediodía, María ya no estaba. El día lucía su sol pálido en el cielo chileno. Dolores lamentó no tener una aspirina a mano, o por lo menos «un algo» en qué mirarse. Le quitó con desprecio el tul a su sombrero y lo arrojó al río; el tul se perdió en el agua como un zopilote fuliginoso que se zambulle, ahogándose neciamente en el líquido torrentoso. Titubeó un momento antes de arrojar también el sombrero al cauce. Recogió su pelo en un penacho, valiéndose de una ramita para sujetarlo, y luego caminó balanceándose por la resaca a lo largo de la costanera, rumbo a Plaza Italia.

Emperatriz Berenguer la recibe en bata de levantarse, en su mano un puro cubano encendido. Despeinada, su melena es una mata de al-

¹⁹ Según el diario de vida de Dolores del Río, la maestranza Soco Metal —donde trabajó su padre— fue la última industria del sector de Renca en cerrar sus puertas, dos días después del golpe.

gas que flota oceánica en la profundidad oscura. Emperatriz tiene algo de sirena obesa, de geisha que abre la puerta misteriosamente como si su casa fuera un fumadero de opio clandestino.

Dolores entra en silencio. Sigue la larga bata de seda japonesa estampada con imperiales faisanes refulgentes en oro kitsch. Los faisanes parecen graznar de terror al ser arrastrados por el cuerpo gordinflón de la Berenguer, que se instala tras un antiguo escritorio escolar robado del internado donde estudiaba. Fueron los tiempos en que su madre era dueña de una pensión en provincia, donde alojaba estudiantes y ocasionalmente turistas extranjeros.

Fatigada, resoplando por el asma, apaga el puro de un solo golpe en una concha de ostión que funge como cenicero. A sus pies, como si retozara junto al pantano, duerme perenne un caimán disecado. Una gata siamesa la ronda constantemente.

Sobre la cubierta del escritorio hay esparcidos varios estuches de maquillaje. Emperatriz, luego de inspirar profundo y soltar el aire en una sola ráfaga, selecciona el estuche que contiene rímel morado en pasta. Los restantes están abiertos y contienen varios tipos de sombras. Del interior del estuche escogido saca un pequeño pincel, lo unta y comienza a delinear sus ojos como lo haría un pintor impresionista. Terminada la labor se incorpora y llama a la empleada. Antes del false-te lírico, carraspea afinando el nombre de su nana.

—¡Rosaaa! —grita.

La voz soprano recorre el departamento hasta la cocina donde la sirvienta prepara la cazuela de ave. Después de unos instantes aparece Rosa con las manos en la cintura, desafiante, mal genio, ocupando casi todo el dintel.

—¡Mande, misia! —dice burlona—. ¿Qué se le va a ofrecer ahora?

Emperatriz, sin levantar la vista del espejo de plata repujada donde se mira, pide café.

La sirvienta de pelo cano y edad imprecisa es dirigente vitalicia de la Garra Blanca del Colo-Colo. Cuando hay partido, Rosa trabaja medio día, y si su equipo resulta victorioso se la puede ver en medio de la jarana de la Plaza Italia²⁰.

Esta mañana Rosa está especialmente nerviosa. ¿La razón?, ¡hay fútbol! Su equipo se enfrenta en el Estadio Nacional con su principal contrincante: la Universidad de Chile.

Rosa saluda seca a Dolores, deposita apresuradamente la bandeja de café y se retira.

Dolores saca de su cesta de bordar una libreta de apuntes y lee a Emperatriz algunos fragmentos de su diario de vida. A ratos discuten sobre la protesta que en el instituto están preparando. Dolores ha empezado a maquillarse con los ungüentos del escritorio. Emperatriz da lectura en voz alta a algunas fotocopias con textos de Foucault²¹ que por la noche la desvelaron.

Rosa interrumpe abriendo a golpes la puerta del estudio, se limpia las manos en el delantal y comunica a la pintarrajeada patrona que la comida está lista, que pasen a servirse, porque si no, se va a enfriar todo.

²⁰ La fiesta de celebración dura toda la noche. Después de que la policía cesa el apaleo disolviendo las manifestaciones con carros lanza-agua y bombas lacrimógenas, los hinchas continúan los festejos en sus casas. A puertas cerradas bailan versiones chilenas de la cumbia. Ellos suelen movilizar a miles de manifestantes hasta Plaza Italia. En medio del barullo de celebración mezclan los rugidos de triunfo de las barras bravas con gritos contingentes de «¡Y va a caer!... ¡y va a caer!...». El populacho enajenado rompe todo a su paso. Algunos de los colocolinos marchan encapuchados. Con los abdómenes descubiertos enarbolan estandartes con los rostros del Che Guevara y Salvador Allende, y hacen flamear banderas del Partido Comunista prodigando recios cantos de victoria. En medio de la comparsa, Rosa desfila triunfal. Como en cada celebración, se las arregla para pasar justo bajo las ventanas del departamento de su patrona. La nana muestra orgullosa la camiseta sudorosa de alguno de los goleadores de turno y toca una gigantesca corneta mientras observa amenazante a su patrona que, asomada entre las cortinas, saca una mano para saludar. Por lo general, al otro día Rosa no trabaja. Si Colo-Colo pierde, se desquita con la familia alterando el sabor de los alimentos, escondiendo la comida o dejando bajo la cama de la Emperatriz amuletos vudú de su confección.

²¹ El texto que durante esa noche Emperatriz Berenguer leyó es *Vigilar y castigar*, de Michel Foucault.

—Y yo, misia, me tengo que ir al partido. ¡Y mañana no vengo!
—Y de un portazo se retira mascullando insultos por la paga.

Emperatriz sirve cinco platos medidos en partes iguales. En uno de los mesones de la cocina aparta tres viandas, las que cubre con un paño de algodón blanco. Dolores se sienta a la mesa. Ambas comienzan a comer, una frente a la otra. Emperatriz desmenuza la carne del pollo con las manos, seleccionando pequeños trozos que se lleva con los dedos a la boca. Por milagro no daña el afeitado desbordado que le enrojece los labios.

En la puerta del edificio *art déco*, María Félix toca el intercomunicador con insistencia. La Doña habla bajo, impostando la voz ronca del doblaje norteamericano. Mira hacia todos lados para cerciorarse de que los vendedores ambulantes no escuchen la conversación. Instalados en la acera, la miran sin darle mayor importancia, y ofrecen confites, revistas y cigarros sueltos.

—¡Traigo una colita! —muge, con la boca pegada al parlante incrustado en el muro—. ¡Es colombiana!...

Desde el segundo piso presionan el botón del portón automático. La Félix se desplaza como una sombra hasta el cubo del viejo ascensor Schindler. Descorre la reja de fierro forjado y entra.

La Doña está vestida con suéter cuello tortuga de cachemira sobre unos pantalones de cuero negro, lleva puestos lentes de sol oscuros de los setenta y se ha cubierto el pelo con una pañoleta al estilo Jackie O. En su espalda trae una mochila azul de excursión.

La puerta del departamento está abierta. María Félix llega a la cocina donde Dolores y Emperatriz han terminado de comer.

—¿Dónde te metiste, loca? —chilla Dolores al verla.

—¡Fui a mi casa por ropa, no podía seguir con olor a meao! —contesta quejosa, alzando la ceja y estirando la trompa para besar la mejilla de la Emperatriz.

María respira profundo, suspira y se sienta en la cabecera de la mesa agobiada.

—¿En qué estaban el par de brujas? —pregunta desdeñosa.

—¡Nada! —dice la Berenguer con flojera—. Mañana le dan el premio a Zurita.

—Mmm... —gesticula María, abriendo un bolsillo de su mochila.

Del interior saca una pequeña caja de rapé que contiene dos cogollos prensados de hierba colombiana; los limpia, separando los tallos y las semillas de las hojas. Toma un papelillo de fumar, marca Smoking, pone la marihuana limpia y lía el pitillo.

—¿Y dónde le entregan el premio? —pregunta desinteresada a la Berenguer, que ha comenzado a lavar los platos con la ayuda de Dolores, quien a su vez los seca y guarda en un estante.

—¡En la casa que fue de Neruda! —responde la Emperatriz—, a un costado del cerro San Cristóbal, en La Chascona —dice, moviendo coqueta la melena, con gesto provocador.

Con el pitillo hecho, parten las tres alcahuetas al escritorio. Una vez ahí lo prenden y continúan acicalándose, peleándose por los tonos pastel de la pintura, que disimulará (sueñan) el brillo marihuano de las enrojecidas miradas.

María saca de su mochila un arrugado papel en el que recientemente ha escrito un manifiesto homosexual, *Hablo por mi diferencia*, que lee con voz trascendente. Después de escuchar el largo poema, las envidiosas catrinas dan violentas carcajadas por el melodrama radial que acaba de protagonizar la contenida Doña.

—A ver, ¿qué es para ti la diferencia? —lo acusa entre risas y golpes de mesa la ducha Emperatriz.

Están dando las últimas pitadas cuando se abre la puerta, dejando salir el enrarecido aire. Es Carolina, la hija menor de la Emperatriz. Las tres quedan suspendidas en un sopor isotópico al ver la bella imagen entrar arrabalera al cuarto, vestida de minifalda y bototos milita-

res. Sin tomarlas en cuenta, Carolina agarra el resto, le da una larga aspirada y lo apaga, mirándolas un segundo como quien observa un circo. Pregunta risueña si saben del premio, mientras acoge en sus brazos a la gata que duerme en eterna modorra.

Sin mediar tampoco explicación, la Emperatriz echa a la calle a las yeguas, que furiosas cruzan el brazo la rotonda de la plaza, pasan al lado de la estatua de Balmaceda y siguen ofendidas rumbo al parque. En el camino van constatando la rápida llegada del invierno.

Las glorietas comienzan a escarchar el reflejo de las pocas hojas amarillentas que se sostienen apenas desde las ramas de los macizos. Los yeguas transitan el prado hasta el escaño junto al río. Ahí, las vejadas se instalan a pajarear. Frente a ellas algunos dieciochescos estudiantes de apariencia fascista desafían el frío corriendo sin camisa tras una pelota. Las institutrices huelen en el aire el perfume a axilas nuevas, que como mazorcas de maíz muestran sus vellocinos de oro. Eufóricas, reparan en esos pelitos rubios que florecen bajo los ombligos.

Así de inspirada la Félix saca un resto de colombiana y pierna arriba empieza a fumar, arrojando sus acostumbrados anillos de humo, los que se mezclan con los vahos flotantes de los retoños.

Contemplando extasiada el atlético espectáculo arenero, María recuerda la invitación de los Traucos.

LAS INTOXICADAS SACERDOTISAS DEL TEMPLO DE DELFOS

Botarates, los integrantes de la revista el *Trauko* han preparado una fiesta para recibir a las equinas. La sala donde se encuentran está iluminada por velones de parafina pegados con esperma a golletes de botellas vacías. La luz medieval producida por las flamas irradia la atmósfera gótica. De un estéreo sale amplificada la voz de Luca Prodan cantando *La rubia tarada*. Algunos muchachos *new wave*, vestidos en su mayoría de negro, bailan duros, aferrados a vasos llenos de vodka traído de España. En el fondo, una salamandra encendida con cartones desafía las órdenes sobre contaminación ambiental que gobiernan la ciudad.

Mientras esperan el arribo de las luminarias, Omara y Vicho juegan una partida de pool.

Omara desliza hacia adelante y atrás el taco que sostiene firme y equilibrado con los pulgares. Sin piedad aprieta entre los dientes un caldeado cigarrillo sin filtro, mientras la ceniza acumulada amenaza con caer ardiendo sobre el paño de felpa. Los ojillos brillantes y suspicaces de Omara analizan concentrados la disposición de la bola blanca, para luego darle un golpe seco. La pesada esfera golpea la bola ocho, que a su vez se estrella lenta y desgana contra la bola tres, la cual, por unos instantes, parece caer por una de las buchacas de la mesa, aunque se detiene sin más ante la oscuridad del hoyo. Con un gesto de fastidio, Omara sacude el taco contra el suelo, se saca el cigarro de la boca y arroja al piso la ceniza. Vicho, ubicado al otro extremo del pool, ríe entusiasmado aprestándose para su turno en la jugada.

Al ver entrar a las intoxicadas sacerdotisas del templo de Delfos, los mancebos detienen la partida.

—¡Son más feas de lo que yo creía! —alcanza a decir Vicho al oído de Omara.

María Félix se siente halagada en medio de los galanes que le dan la bienvenida. Tanto es así que se emborracha antes de entrar a saludar.

La Doña endereza la muñeca apresurando el vodka que le raspa el gaxnate, enronqueciéndole más aún la sofocada voz. El largo trago que se pega la deja en un trance ebrio, a modo de pitonisa griega que bebe datura para las primeras invocaciones en medio de un aquelarre de pelafustanes. La bruja desaliñada convoca entonces a Catalina la Grande para revivirla en su cuerpo acalambrado por espasmos y tiritones etílicos, que según ella misma le auguran el triunfo.

A Dolores, furiosa por la felicidad que embarga a María, se le ocurre disputarle la esmerada corte cosaca que a estas alturas ha empezado a cortejarla.

La loca zarina (María Félix) en pleno viaje espiritista compite sin vergüenza con las cualidades declamatorias de la Del Río; la chiflada lee de memoria su manifiesto.

—¡No soy Pasolini! —grita, frente a la sonajera de aplausos y lagrimones que han empezado a derramar los *new wave*, aversos a su dramática lectura radiofónica.

Siempre poseída, esta vez por una conocida prostituta de las salitre-ras del Norte Chico que fuera amiga íntima del escritor Hernán Rivera Letelier, se quita la ropa. Prácticamente en pelotas, abre la mochila azul y saca las mugrosas indumentarias: dediles, alhajas mapuches de cartón hechas por ella misma, y toda su rara parafernalia. Se emperifolla, se empluma, mientras Toño corre tras una cámara fotográfica.

—¡Maquíllate, mierda! —le ordena a Dolores, quien ha permanecido junto al fuego de la estufa, cual Anastasia Romanov que olvidó su pasado, sublevándole a la Doña los marinos del bote, los que ahora deben elegir para suministrar los favores.

La muy puta —observa María con odio— yace recostada entre Vicho y Omara, a quienes trata de convencer de la veracidad de su horrorosa historia, acontecida, según ella misma, durante la Revolución Bolchevique.

En mallas de cabareteras emuladas del Tropicana las apocalípticas tías se trepan rumberas a la mesa de billar. Frente al obturador de la cámara, María se retuerce como anguila fosforescente en la contorsión mimética de la pose, reviviendo la expresión ícono de Sunset Boulevard. Toño suda nervioso. Es el momento de fotografiar las sonrisas de las divas acabadas en la verdadera falsedad de sus postizos. Dispara una y otra vez el flash sobre las gesticulaciones de las bocas dibujadas al rojo, las que dejan entrever los dientes careados con que se ríen del régimen militar.

Hace frío. La salamandra está casi apagada. Todos están borrachos. Los orgiásticos restos *new wave* se hacen ovillos entre los doseles de los ventanales. Las velas dan sus últimas llamaradas asfixiadas por el oxígeno enrarecido de los tufos. Las llamas sin más destino tiemblan, se extinguen. Húmedos por la calentura y a medio desvestir, los despojos de María yacen solitarios sobre un sofá de piel de cebra.

Babea, habla en sueños, recuerda su niñez de marica fea, agredida, humillada por la homofobia del arrabal que le tocó vivir. A veces, en medio de la pesadilla, alucina con Dolores, fantasea que es su familia, su hermana paria, entonces le cambia el nombre. Le dice «yegua, ¡nunca nos van a querer!», e inmortaliza su amor no correspondido por el Wilson²², divaga que es él, el mismo de los jardines de los senderos que se bifurcan.

Vicho despierta ovillado, con las piernas entumidas, tirado cerca de los rescoldos del fuego. Con ambas manos descorre las legañas de sus ojos de insecto, estirando el cuello y moviendo las patas encorvadas. Trata de adivinar dónde mierda se encuentra, sus ojos aún cristaliza-

²² El Wilson fue acibillado con ráfagas de ametralladoras, cerca de la medianoche, frente al número 417 de la calle Varas Mena. Él y Juan Henríquez fueron asesinados por un comando de más de quinientos agentes de la Central Nacional de Inteligencia, al mando del mayor Álvaro Corvalán. El fatídico comando mató a doce personas a sangre fría, en diferentes puntos de la ciudad, el día de Corpus Christi.

dos por la modorra del alcohol divisan tras la tela que los empaña las figuras de Dolores y Omara acariciándose. Los ve besarse, como en un caleidoscopio. La pareja no lo ve. Vicho se ha mimetizado una vez más con los muros vomitados de la habitación. Dolores y Omara no se enteran siquiera de su presencia. Como un aparecido se incorpora sin interrumpir. Como un aparecido, sale a la calle.

Vicho inhala el aire frío de la madrugada, respira hondo, hinchando los pulmones, acomodándose hacia atrás los cabellos que le caen sobre el rostro. Sube a su auto estacionado enfrente de la casa y se pierde en la periferia de Santiago. Omara, entrelazado al cuerpo de Dolores, escucha como el ruido del motor de disipa.

Con el atizador, Omara mueve los restos de madera encendida que aún entibia. Se incorpora. Le hace un gesto a Lola para que lo siga. Juntos cruzan el jardín donde los perros han empezado a escarbar en busca de huesos. Entran el cuarto y se quitan la ropa mecánicamente.

El teléfono ha sonado una y otra vez. Omara saca de la cama la mano derecha. Las yemas, aún sudadas por el frote, se secan rápidas al contacto con el aire cristalizado. Extiende el brazo hasta la mesa de noche y toma a tientas al auricular. Lo jala bajo la colcha con que se cubre entero.

—¿Qué pasa? —dice en tono molesto, enrollándose en las sábanas.

A su lado, Dolores se apega al cuerpo transpirado.

—¡Que no nos molesten! —susurra Dolores entre dormida y despierta.

Omara, fastidiado, se sienta en la cama. Al otro lado del auricular está Vicho.

—¡Acabo de caer detenido por sospecha! ¡No me di cuenta y dejé los documentos en la casa! —La voz se nota afligida—. ¡Por favor, tráemelos a la décima, para poder salir!... Sí, ya dije que trabajaba para *El Mercurio*... No. No me han hecho nada, aparte de darme una tremenda cachetada.

Omara cuelga el auricular y se vuelve a cubrir con las sábanas. Dolores le da pequeños mordiscos en una tetilla, que se erecta filosa.

—No sigas —le dice apartándola con suavidad—. Tengo que irme de inmediato.

—¡Un rato más, que te cuesta! —pide Dolores—. ¡Media hora más no es nada!

Omara no responde, ha encontrado sus slips bajo la cama. Se los ha puesto. Se ha vestido con ajustados jeans negros; un suéter le enmarca el torso. Antes de cerrar la puerta comenta:

—No te enamores de mí, Lola. Es imposible. Además, ya tengo un compromiso. ¡Curiosidades de la vida! Es un ex Mapu, algo mayor que yo. Gonzalo ha sufrido mucho, luego de salir de la cárcel pasó demasiado tiempo exiliado en Venezuela, no lo voy a dejar por ti. Si este país alguna vez cambia, seguro llegará a ser senador... quién sabe. (Ríe). Ya planeamos su campaña... (Ríe nuevamente). ¡No sé si él me calienta tanto, pero hasta ahora resulta divertido!

Dolores lo mira como despertando de un sueño.

—Pero lo nuestro, yegüita, me gustó, así es que si quieres podemos seguir follando. ¡Joder!, como dice el Toño. Por ahora tengo que sacar al Vicho de la cárcel. ¿Ya te diste cuenta, Lola? ¡Soy un cerdo promiscuo!

Dolores no quiere salir de la habitación. Afuera, en el jardín, siente la voz de María, inolvidablemente despierta. Oye las triquiñuelas de su cantaleta ya recuperada, hablando tal vez con Toño. En el exterior, María repite frases ya armadas en historietas nostálgicas. Dolores se encoge en las sábanas aspirando viciosa lo que dejó Omara en su huida torpe. «¡No nací para ser querida!», o algo por el estilo, parece decir María.

Se siente sola. Le ha comenzado a doler de nuevo la cabeza. Es ese dolor intenso que siempre la enloquece. Dolores busca en la mesa de noche, abre el cajón. Tiene que haber una aspirina, algo. Sus sienes reventan; afuera, la voz casi insoportable de María reclama su presencia. Le duele tanto la cabeza que no puede siquiera contestar.

Desesperada, arroja al suelo todo lo que encuentra en el velador. Por fin aparece un frasco de vidrio color verde.

—Todo en este país es de color verde —musita—. ¡Odio el verde!

En el interior del frasco hay varias tabletas blancas y celestes. Se toma cuatro anfetaminas. Aliviada se tiende en la cama. Otra vez lúcida y alegre, busca su vestido, se lo pone, mira a su alrededor. Aterrada por el desorden que ha provocado recoge todo lo que arrojó: cigarros sueltos, llaves, pañuelos, objetos inclasificables, una fotografía en blanco y negro. La imagen corresponde a una foto escolar, un chico de unos catorce o quince años. En la parte de abajo de la identificación dice: Yura Labarca.

«El hermano de Yuri Gagarin recuerda una anécdota de cuento en que el cosmonauta retornó, siendo un héroe, a su pueblo natal. Una delegación de ancianas vino a verlo. En sus caras no había gestos de admiración o agradecimiento, sino de reprobación.

—Dinos la verdad, Yura. ¿Lo viste a Él?

—¿A quién? —preguntó Gagarin.

—A él, al Señor. ¿Cómo es posible que Él te haya permitido estar tan cerca?

Otra mujer le corrió el pelo de la cara para ver si tenía quemaduras, pues decían que Dios lo había castigado».

El dirigente del Partido Comunista chileno en el exilio, Volodia Teitelboim, estrelló el vaso de vodka en el suelo; lo mismo hizo Eduardo Labarca²³, el afortunado padre. La partera, la señora Lenka Ivanova, les mostraba orgullosa al recién nacido.

El trabajo de parto duró varias horas, tiempo en que la madre no lanzó ningún gemido. Afuera, en las cercanías del Kremlin, el pueblo celebraba con fuegos artificiales el decimotercer aniversario del primer

²³ Escritor, periodista de *El Siglo* y director del noticiero de Chile Films.

lanzamiento del hombre al espacio, Yuri Gagarin. Por esa noche los dos hombres habían concluido de transmitir por radio Moscú el programa *Escucha Chile*.

Al departamento ubicado en los edificios Vavilova comenzaron a llegar los compañeros de partido, armados de balalaicas cantaron *kalinka, kalinka, kalinka maya...*, el vodka lo compraron en el mercado negro apenas se enteraron esa misma tarde del feliz nacimiento. Entrelazados por los hombros, improvisaron una ronda al estilo de los *kristianie* ucranianos. Desde la habitación contigua, la madre se reponía poco a poco del alumbramiento.

Durante la celebración lo llamaron Yura, y fue el primer hijo de chilenos nacido en el exilio. La nodriza anunció que había nacido íntegro y, según sus emocionadas palabras, con una *pipiska* tremenda. Sin embargo, el pequeño venía con el cordón umbilical enrollado al cuello y la señora Lenka tuvo que cortarlo con sus propios dientes. Luego de darle un nalgazo, dejó al recién nacido en brazos de su madre para ir a la calle por un puñado de nieve que enseguida frotó por la cara del bebé.

La madre, la noche anterior, había soñado que su hijo se asfixiaba dentro de su vientre. En el sueño habían levantado el bando que les impedía el retorno a Chile y estaban en alguna playa de la zona central. La madre se encontraba sentada sobre una piedra, frente al mar, cuando sintió los accesos del pequeño tratando de respirar. De improvisto el bebé ya estaba en sus brazos, cubierto de una especie de gelatina. Tenía el cordón enrollado. La tripa sangraba como cañería rota, unida a la placenta, dentro de ella. El niño no lloraba. Fue entonces que la madre miró al frente y vio cómo el océano empezaba a recogerse en un rizo que se arrastraba lleno de sedimentos. El océano entero retrocedió hasta formar una gigantesca ola que se abalanzó sobre su hijo, arrebatándose de los brazos.

LA MANOSEADA ESPERA SU VERDUGO JUNTO A *ALTAZOR* DE HUIDOBRO

Con la ayuda de Isabel, Sergio Parra quita los candados de la persiana metálica que cierra la entrada de la librería. Juntos empujan hacia arriba los pesados latones oxidados, entrando al espacio que en otros tiempos funcionó como garaje de autos.

El garaje formaba parte de lo que fue la residencia de una familia de inmigrantes palestinos procedentes de Beit Jala, aldea cercana a Belén.

Este sector de Santiago donde se ubica la librería fue a principios del siglo veinte el barrio turco de la ciudad²⁴, especie de Little Bagdad donde los paisanos maquilaban las prendas que luego liquidaban al por mayor en la calle Patronato, en modestos bazares familiares. El barrio solía estar impregnado del aroma extravagante del cardamomo, entre otras especias importadas de Oriente.

Sergio Parra e Isabel trabajan sacando de los compartimientos los pocos libros que restan. Están ordenados meticulosamente por género. Los estantes contruidos con gruesos tablones de pino van quedando inhóspitos en su vaciedad. Lentamente van apilando los ejemplares sobre el mesón central. Este mesón era hasta hace pocos días el oasis de las ofertas; ahí se amontonaban los estudiantes en busca del olor prohibido del libro usado. El acarreo produce una suerte de antología del abandono: poesía, novela, filosofía, todo junto en una grotesca pira funeraria.

La pareja, al igual que el lagarto y la lagarta de Lorca, se abrazan.

²⁴ Los turcos que dieron vida al comercio del antiguo suburbio de la Chimba, poco a poco fueron desplazados por chinos y coreanos. Aún estaban los palestinos cuando la zona se transformó en el lugar favorito de la bohemia intelectual santiaguina. En la calle Bellavista abrieron sus puertas algunos restaurantes populares, cafés y librerías, donde se congregaban escritores y artistas —entre ellos, las Yeguas del Apocalipsis— a contrarrestar el «apagón cultural» inventado por la mujer del capitán general.

Lloran sin consuelo. De los bolsillos de su abrigo, el poeta Sergio Parra saca una botella de whisky, que lleva trémula a su boca. Bebe amargamente. Rocía un poco de licor sobre los libros. El líquido emborracha la *Temporada en el infierno* de Rimbaud, que por mera casualidad corona la ruma.

El poeta maldito espera paciente como bruja atrapada por la Inquisición el fuego purificador. Isabel saca de su sobretodo una caja de cigarrillos que entrega silenciosa a Parra; él la abre con dedos tiritones. Del interior extrae uno de los tres fósforos que quedan y lo raspa en el costado plomizo de la caja, que en su frontis exhibe una disminuida y nevada Cordillera de los Andes. El madero se enciende, la frágil llama azulosa titubea, consume el poco aire de la librería y se apaga en la fragilidad del segundo. El perturbado enciende otro fósforo. Este, sin tiempo para la simulación, se apaga también de inmediato.

Lo intenta otra vez, con el mismo resultado. Arroja con violencia el envase vacío sobre uno de sus propios libros.

*La manoseada*²⁵ espera su verdugo junto a *Altazor*, de Huidobro.

Isabel saca ahora un encendedor a bencina Zippo. Se lo entrega a Sergio esbozando una sonrisa trágica. De nuevo se abrazan llorando. Con el mechero prendido en la mano, Sergio se arrellana en el suelo con las piernas cruzadas. Como lama frente al Tíbet, mira con ojos vidriosos el fracaso de la llama en su sueño pirómano. Arroja el Zippo a la pila y con ambas manos se cubre el rostro pálido y diminuto. Isabel lo consuela como quien acaricia un *french poodle*. Rescata el encendedor y prende con facilidad un cigarro sin filtro. Juntos lloran.

De la montonera, Isabel saca un deteriorado ejemplar de Constantino Kavafis y lee en voz alta «Ítaca».

Un hombre de edad mediana entra a la librería. Desde fuera ha estado observando los intentos de la pareja por quemar el recinto. Curioso por lo que ahí ocurre, se limita a escarbar y encuentra el último sobre

²⁵ Sergio Parra, *La manoseada*, Editorial Génesis, Santiago, 1987.

que queda de los *Cuentos incontables*. Pregunta el precio sin afán de comprarlo, algo azorado por el insólito espectáculo.

Parra levanta la cabeza llorosa y sin indulgencia cobra el doble de lo que el libro en realidad vale. El desconcertado hombre paga sin regatear. Isabel, una vez terminada la lectura de Kavafis, arroja el libro al suelo y vuelve a abrumarse.

Ambos habían llegado procedentes del sur. Parra nació en San Rosendo. Su familia, de origen campesino, era dueña de la botica del pueblo. Sergio fue aprendiendo a preparar el arsénico²⁶ con el que se curaría para siempre la sífilis que lo afectó desde los quince años. El contagio se produjo cuando su padre lo obligó a tener sexo con la única prostituta de San Rosendo, una mujer de nacionalidad peruana llamada Matilde. Solo poco antes de morir, el padre le entregó la verdadera receta que le calmaría las violentas erupciones de pus que salían hirviendo de su pene, en cada una de sus constantes eyaculaciones espontáneas.

Producto de esta enfermedad, en adelante solo tendría sexo con mujeres lesbianas. Durante su adolescencia en el pueblo, Parra conoció al poeta Jorge Teillier. Abandonado sobre la mesa de una quinta de recreo, Sergio encontró el manuscrito del libro *Muertes y maravillas*, hecho que sería decisivo en su vocación literaria.

Sergio Parra llegó a vivir a Santiago a la casa de un matrimonio de fotógrafos, los Toro-Goycolea, participantes de un exclusivo grupo de artistas conceptuales que se reunían todos los jueves en una finca de las afueras de Santiago, propiedad de una crítica de arte francesa de insólita belleza acuática. A esta mujer la retrató Salvador Dalí montada sobre un reloj blando²⁷.

²⁶ Ver la receta de preparación en el *Libro general de farmacéutica*, editado por la Universidad Católica de Chile.

²⁷ Los que conocieron el óleo original, mucho antes de sus repetidas modificaciones por los aprendices del pintor, creen que Dalí le pintó también un televisor en blanco y negro entre las piernas.

Los Toro-Goycolea le rentaron la habitación contigua a la de Mateo, uno de los tres hijos de la pareja.

Ubicada en una galería del segundo piso, la pieza abría los cuartos a desbalanceados pasillos cerrados al exterior por ventanales rotos. Estos daban al patio principal, donde todo el año florecía una mata de buganvilla cuya sombra caía refrescante sobre una mesa para jugar pimpón. En los extremos de la mesa se reunía la familia durante los sofocantes días de verano. De los balcones de la casa colgaban pesados helechos de río. Las habitaciones, como el resto de las dependencias, mostraban el derrumbe de los años. Los viejos adobes se veían trizados, despojados de la cal con que desde los tiempos de la fundación de Santiago los blanqueaban para prevenir las plagas de chinches. El muro principal de la planta baja estaba prácticamente partido en dos, debido a los continuos movimientos sísmicos de los años sesenta. En las grietas había elaborados embudos de telas de arañas.

Fue en ese espacio donde Sergio conoció a Isabel, cuya áspera piel de elefante, producto de una enfermedad congénita, lo sedujo. Ella, tal como él, provenía del sur. Su ambigua figura se fusionaba con la imagen tuberculosa de Sergio. Isabel siempre vestía con largos abrigos de hombre color gris, comprados en la ropa usada, generalmente algunas tallas más grandes de lo que su cuerpo soportaba. El padre de Isabel se había enriquecido con el transporte, siendo uno de los empresarios que participó en el paro de los camioneros que durante los setenta detuvo para siempre la marcha del país. Isabel abandonó Concepción para estudiar literatura en Santiago.

¡Y VA A CAER!... ¡Y VA A CAER!...

Dolores toma asiento en el último pupitre. De su canasto saca un cuaderno de apuntes y un lápiz pasta azul, que dispone sobre la mesa. Luego de una nerviosa espera, abre el cesto por segunda vez y extrae parte del pantalón de raso color plata. Mansamente empieza a fijar la basta —la tenía marcada con anterioridad— con una delgada aguja enhebrada con hilo blanco. La Del Río aguarda con paciencia la entrada del maestro Federico Schopf, quien continuaría la clase pendiente sobre Walter Benjamin.

Por la puerta del aula ingresan en forma desordenada los diez alumnos que conforman el curso. Los estudiantes, todos ellos escritores, toman ubicación de acuerdo a sus afinidades.

De pie, frente al graficado pizarrón acrílico, donde las juventudes comunistas llaman a no votar en el plebiscito de octubre, fumando su pipa de tabaco holandés, el riguroso profesor abre un libro de Baudelaire. Al costado derecho de Dolores está sentada Isabel Larraín. Del otro lado, Alicia, que apoya jactanciosa y burlona su espalda contra el muro, meciéndose hipnótica sobre la silla.

El profesor, sin demostrar molestia por el chirrido que produce la silla de Alicia, pide a Dolores, en tono bajo, que guarde la costura. Alicia e Isabel se miran de reojo, conteniendo la risa con disimulo. Dolores guarda en la cesta el cabaretero pantalón de raso que tiene turbado al maestro, dejándolo sobre el mantel de hilo que aún no acaba de bordar. Schopf, erguido en actitud oratoria, sigue leyendo fragmentos de *Las flores del mal*, con voz modulada y suave, en extremo refinada. La apariencia del catedrático recuerda a algún personaje de Oscar Wilde.

Alicia Plat tiene la belleza contaminada en el rostro, se asemeja a cierta virgen renacentista descolgada de su retablo e instalada en la oscu-

ridad del infinito, donde envejece sin estremecerse. Es delgada. Los ojos, increíblemente azules, están enturbiados por el Ravotril que consume para dormir. Sus pupilas nadan náufragas en el rostro filósofo, el pelo liso y rubio se detiene lacio en la cadera parálitica.

Alicia proviene de una sofisticada familia de izquierda, arruinada por el fascismo que gobierna la ciudad. Su padre se inscribió en la lista de suicidas que ensombrecen los amaneceres del territorio. El hombre no pudo más: se colgó dentro del clóset de la señorial casona familiar.

Alicia fue bailarina, pero ya no baila. La noche de su luna de miel ingirió una sobredosis de LSD y quedó inerte en la cama nupcial, paralizada por la trombosis. Con el tiempo, ayudada por la equinoterapia, recuperó el movimiento en el lado derecho del cuerpo. El accidente acrecentó más aún su belleza, sumiéndola en ese misterio que tienen ciertas estatuas helénicas saqueadas y embargadas por la tristeza.

Alicia se emborracha a diario: antes de clases siempre pasa con Dolores por el bar.

El profesor ha detenido su lectura en un fragmento, cita a Benjamin de memoria, describe espléndidamente una ciudad, puede ser París, aunque todo indica que habla de Santiago y sus cientos de mendigos²⁸ organizados en reuniones secretas para traducir del mandarín las actas de la señora Murakami.

Alicia balancea la silla y el vaivén produce un ruido constante. El maestro levanta la vista del libro por unos segundos y mira al impávido curso: nadie parece estar ahí. Es como hablar frente al vacío, dando ecos. En la distancia, la voz rebota contra el suelo para quedar aturdida en el aire. Piensa lo mucho que han cambiado los jóvenes chilenos desde que, junto a Raquel, partieron al exilio.

Retoma la lectura con esa sensación de nostálgica pesadumbre que

²⁸ Los mendigos se reúnen todos los lunes cerca del escaño donde duermen las depravadas yeguas; organizados bajo el nombre de Brigada Ester Chacón disertan, en los muros baldíos, sobre las injusticias del régimen, cumpliendo la patriótica labor de mantener al pueblo informado.

suele invadirlo sin aviso. Algo que, a pesar de las dos horas de psicoanálisis semanales, el psiquiatra no ha logrado descifrar del todo. En la sesión queda establecido que guarda el sentimiento de no haber regresado al mismo país que por años idealizó en su memoria.

En la lejanía germana solía recordar con placidez las horas del cortejo, tomando el té bajo la ramada de ylang-ylang en el fundo de sus suegros. Raquel era bien parecida, como suelen ser todas las niñas bien a esa edad. Todavía no se transformaba en feminista, menos en este ser emancipado, insoportable, que es ahora, con visibles tendencias bisexuales. «Ya no hacemos el amor como antes», se dijo. En aquel tiempo se quedaba debajo, quieta, con las piernas abiertas, husmeando en el aire limpio de la alcoba. Los ojos permanecían entrecerrados, como en una misa, la boca sin producir ni un gemido de mal gusto, apenas un... «¡ay!, ¡Virgen santa!».

Sí, está decidido. Va a seguir los consejos del terapeuta y comenzará a arrojar los fetiches a la basura. Lo primero que hará será pedir a su mujer que ordene a la sirvienta deshacerse de la manta de Castilla, la misma que usara hace dieciséis años al abordar el avión rumbo a Alemania del Este y que conservó para sentir la cercanía chilena, como promesa de retorno.

La silla cae, cae, cae al piso. Alicia queda con la falda arremolinada en la cintura como si fuera una muñeca de trapo desmembrada, las piernas abiertas apuntan al techo, al tubo fluorescente que ilumina aparatoso la escena. Queda dispuesta como si montara una bicicleta al revés, su pelo derramado por las baldosas, la espalda aplanada entre el respaldo de la silla y el piso. En medio de los muslos, sin calzones, aflora una fina ranura enconada, irritada por la depilación.

Alicia Plat exclama «¡ay, Virgen santa!», y explota en una convulsiva carcajada. Dolores, aterrada, mira su dedo pulgar. Una lenta gota de sangre mancha el raso de la costura, la gota escurre por su dedo hasta la palma.

«¡Estoy herida!», grita.

Pablo Valenzuela, el hijo del juez exonerado, el dandy del curso, se para falsamente alarmado. Con delicadeza toma la mano de la musaraña, observando la herida con paródico afán médico.

Le chupa el dedo a Dolores diciendo: «Sana... sana, potito de rana...».

El profesor da un portazo. Todos se miran riendo, sin impresionarse. Alicia se contorsiona en el suelo abriendo y cerrando las piernas.

Unos veinte chicos cubiertos con pasamontañas han irrumpido violentamente por la entrada principal del instituto, en el momento en que el ofuscado profesor de literatura sale al exterior. A su espalda el palestino, embozado con la pañoleta turca, clausura a trancazos las puertas de acceso al instituto.

La turba de estudiantes armados con peñascos entra en estampida, pasa junto al maestro sin tocarlo, como quien pasa a través de un fenómeno *poltergeist*.

Federico ha dejado de pensar en la manta de Castilla, y ahora va decidido a pedirle el divorcio a su mujer. Siente que ya es tarde, que no tiene el valor suficiente para estrangularla dentro de la casa de su suegra (donde viven). Los hijos finalmente los abandonaron. Tal como él, nunca se acostumbraron al país y regresaron a Europa.

Federico sale a la calzada, atraviesa la calle hacia el lugar donde está estacionado su auto. En el interior del Renault, un setter inglés le mueve la cola. El profesor contempla el pelaje rojizo del animal mientras busca las llaves en su pantalón. Raquel pronto cumplirá los cuarenta, piensa. ¡Vaya si lo logró! Por fin se doctoró en Crítica Literaria y cada vez lo necesitará menos, ahora es independiente, culta y (¿por qué no decirlo?) distinguida dentro de su estilo posmoderno. Ella, y no él, logró integrarse a los circuitos académicos recientemente formados, en su mayoría por mujeres, bajo el lema «Democracia en el país y en la

casa»²⁹. Además, Raquel ahora se las da de escritora, hasta ha empezado a trabajar en un libro³⁰.

Federico introduce la llave en la cerradura de la puerta del Renault.

Los jóvenes en el instituto escuchan dos disparos provenientes de las calles laterales. De pronto el aire se enrarece con el gas lacrimógeno filtrado por las hendijas de la puerta. En medio de la confusión, Rodrigo, quien al igual que el resto se protege del gas cubriéndose las narices con pañuelos impregnados de sal y limón, entrega a Dolores doce botellas de pisco, producto del robo que acaban de efectuar. Ella, sin mediar preguntas, guarda parte del botín en el canasto del bordado, y las restantes botellas se las entrega a sus compinches.

En compañía de Alicia e Isabel, se escabullen al patio trasero del instituto. El patio colinda con la derruida Basílica del Salvador, donde por las noches pena Teresa Wilms Montt³¹.

A las siete en punto cesan los carraspeos nerviosos y, desde el foso del Teatro Municipal, la Filarmónica comienza a tocar los primeros compases de *Madama Butterfly*. Arrellanado en el palco presidencial, vestido de uniforme de gala, el capitán general se rasca las huevas, acomoda su capa y de inmediato se queda dormido.

A las siete en punto también comienzan a sonar, desde el interior de las viviendas del país, todo tipo de objetos metálicos produciendo una comparsa estremecedora. Los pocos autos que circulan por la calle chillan con bocinazos cortos. Se oyen gritos llamando a vencer. Los vociferantes anuncian desesperados la muerte de los asesinos. En la

²⁹ Eslogan con el que la agrupación feminista de la Casa de la Mujer La Morada adhirió a la campaña del plebiscito del 5 de octubre de 1988.

³⁰ Después del retorno a la democracia, Raquel Olea publicó *Lengua vibora* logrando un merecido lugar en la crítica feminista internacional.

³¹ Al tratar de separarse de su marido, la familia de Teresa, temiendo un escándalo social, la encierra en el Convento de la Preciosa Sangre, ubicado en el barrio Brasil. Escapa ayudada por el poeta Vicente Huidobro. Se suicida a los veintiocho años en París.

avenida principal de Santiago, a la altura del Palacio de Gobierno, está encendida la primera barricada.

¡Y va a caer!... ¡Y va a caer!... ¡Y va a caer!...

Santiago se llena de fagonazos. El sonido de los cristales rotos agita toda la periferia de la Cordillera de la Costa.

María Félix y la Emperatriz, en medio de un grupo de manifestantes, están parapetadas a un costado del Teatro Municipal. La Doña, vestida de colombiana, ha arrojado un tarro con pintura roja a la escultura de la fuente que preside la entrada al teatro. Los chorros de agua bañan los desnudos querubines de bronce, tiñendo de sangre los pícaros cuerpos, como si esos niños bañistas hubiesen sido degollados mientras chapoteaban.

En el escenario del teatro, Cio Cio San hunde la daga de utilería en su estómago, produciendo un simulado corte en forma de L. El kimono de la geisha se empapa de sangre artificial bajo el foco cenital del escenario. El capitán abre los ojos y sonríe complacido. El teatro estalla en aplausos.

La función ha terminado. Por entre las trizadas columnas de mármol del suntuoso portal del coliseo han empezado a salir los escoltas, seguidos de cerca por la policía secreta, y entre ellos, muy bien custodiados, los tenientes del Ejército y sus mujeres. La soldadesca luce insignes medallas en las pecheras charras. Arrogantes, hinchan los pechos ante los fotógrafos de sociales de *El Mercurio*. Las mujeres engalanadas con las mismas joyas que el capitán recolectara para reconstruir el país y tapadas con falsas pieles de gorila, están consternadas por el trágico final de la ópera. Todos se hacen a un lado para que circule libremente el capitán y su esposa. La pareja sonríe hipócritamente al camarógrafo de Televisión Nacional. La mujer del dictador ausculta con disimulo las entrepiernas de los conscriptos de la escolta, lo hace solapada, bajo el sombrero que le regalara Margaret Thatcher.

Dentro del Teatro Municipal, la Orquesta Filarmónica toca el himno nacional para disminuir los clamores que en la periferia proclaman «¡y va a caer!... ¡y va a caer!... ¡y va a caer!...».

El capitán y su mujer abordan el vehículo blindado, vigilado por ocho autos de seguridad y cuarenta motociclistas. Dos helicópteros de la Fuerza Aérea sobrevuelan la limusina. La caravana se pierde por la avenida lateral del parque, rumbo al palacio de Lo Curro.

Dos disparos secos han sonado detrás de la comitiva. María Paz Santibáñez, una de las manifestantes, ha caído herida junto a la fuente teñida de rojo. El camarógrafo de Televisión Nacional registra el instante. La joven ha caído de bruces, al parecer muerta. Alrededor de su cabeza va creciendo un charco negruzco que se coagula al contacto del aire. El teniente de Carabineros Orlando Sotomayor guarda cobardemente su arma y huye de la turba amenazante.

La ciudad se estremece con varios bombazos. Los altos edificios del centro se evaporan en la noche llena de fogatas. La ciudad iluminada por el fuego refracta su atrapada forma en las nevadas paredes cordilleranas.

Las organizaciones de madres de detenidos, portando las fotos de sus hijos adheridas al pecho, caminan desde la Plaza Italia hacia el centro, en dirección al Palacio de Gobierno. La marcha es reprimida con violencia por la brigada antimotines.

La voz áspera del palestino pide a Dolores que se movilicen en busca de leña.

—¡Hoy, compañera —dice—, la noche será más fría y más larga que de costumbre!

Dolores asiente, y juntos saltan al otro lado del muro, donde se elevan fantasmagóricas las almenas de la derruida catedral. Luego son consumidos por la privacidad de la noche.

Entretanto, reunidos en el patio a la luz de la fogata, Max y otros poetas, entre ellos Dagoberto Pérez³², leen sus escritos. Santiago parece ahogado en el silencio. Los ojos color miel de Dagoberto se muestran

³² La madre de Dagoberto, Lumi Videla, fue arrestada unos días después del Golpe por la policía secreta, cuando regresaba a casa. Murió en la tortura. Su cuerpo fue arrojado, despedazado, al interior de la Embajada de Italia donde la aguardaba su pequeño hijo.

encendidos por las llamas del fogón. Lee con tono cadencioso desde el cuaderno escolar que dobla nervioso entre sus manos. El aire contaminado por las lacrimógenas se va limpiando con los versos de amor escritos por Dago.

La flama enciende los rostros, Dagoberto sueña con Jamaica y vivir como un rastafari. El pelo ha empezado a anudársele libremente, como un presagio. Alicia, empujando la botella, pide que lea otro poema.

Avanzan por la nave central. Del inmenso techo gótico se descuelgan fragmentados arcángeles. Espetón en mano, Gabriel y Miguel resguardan el recinto. Dolores tropieza en un montículo de escombros. El ruido produce ecos repetidos entre los arcos de medio punto, espantando los murciélagos que penden desde las cuencas de la cúpula. El palestino se detiene frente a una columna que destella restos policromados en oro. A su lado, un confesionario exhibe en relieve la tercera caída de Cristo. Parado junto al pilar bizantino, el palestino semeja un dios profano. Baja la cremallera de su pantalón, apunta al infinito y orina largo, sacudiendo su sexo con movimientos lentos. Mientras sostiene con firmeza el áspid, su mirada mora se clava en Dolores ofreciéndole mirar la eucaristía de su naturaleza erecta, grande, caliente. La piadosa se niega, pero es tarde, el palestino la ha tomado por la cintura y la alza como piedra de cetrería, llevándola nupcial hasta el ara del altar mayor. Ahí, frente al abandonado sagrario, como un animal hambriento en cuatro patas, la devora.

Las botellas circulan entre los compañeros que avivan el fuego arrojando restos de sillas. Rodrigo conversa en voz baja con un hombre algo mayor que el resto de los estudiantes; es el único del grupo que aún tiene el pasamontañas puesto. Discuten en clave, utilizando coas que se mezclan con los fragmentos de *Venus en el pudridero* de Eduardo Anguita, leídos por Alicia en esos momentos.

—El asalto va a ser en grande. El Banco Osorno. El último y nos retiramos —dice Rodrigo³³—. Así los compañeros podrán comprar armas, y de paso pagamos las matrículas a los de Ciencias Políticas el próximo semestre, pues ya no hay plata ni para panfletos...

Desde el otro lado del muro, como un canto gregoriano llega el murmullo de Alicia. La lectura invade las criptas de la basílica...

«Parte con parte, todo con todo. / Aludir y eludir. / Con mis palmas sensibles como espejos internos, / amorosé su espalda; / bajaron por los flancos hasta la juntura que da acceso...»³⁴

Alguien jala enérgico los gruesos cordeles con que se estremecen las campanas en lo alto de la Basílica del Salvador. El gemido desafinado de los bronce anuncia la madrugada en la ciudad sitiada. Dentro del confesionario coronado con la décima estación, Dolores y el palestino despiertan con las bocas pegadas.

En una de las bancas, frente a una virgen decapitada, una religiosa fantasma reza el primer misterio del rosario.

El profesor entra a la casa aromatizada por el suave olor a jacarandá de los muebles de estilo. Sube hasta el segundo piso y abre despacio la puerta de la recámara. Sobre la cama de dos plazas, arropada en sábanas de algodón, esmeradamente bordadas en sus orillas con motivos florales, Raquel duerme.

El profesor la contempla un segundo, como si su intención fuera despertarla para el desayuno, que en una hora más, seguramente, la vieja sirvienta servirá en el saloncito que está junto al comedor, el único lugar de la casa que Federico detesta. Este espacio está decorado con antiguos retratos de tías abuelas³⁵ y parientes lejanos, que tal vez solo existieron en

³³ Rodrigo fue apresado el 31 de octubre de 1990 y fue indultado por el presidente Patricio Aylwin en noviembre de 1993.

³⁴ Fragmento de *Vénus en el pudridero*.

³⁵ Aunque Federico siempre sostuvo que los retratos fueron comprados en algún remate de casa de fundo por misia Engracia, madre de Raquel.

las fábulas de sangre azul con las que la madre de Raquel, aquejada por el Parkinson, entristece las mañanas.

Luego de echar una mirada sobre el cuerpo de su mujer, Federico cierra la puerta y se dirige a su despacho. Se sienta tras el escritorio. Tamborilea los dedos de la mano derecha sobre la cubierta lustrosa, atiborrada de pruebas escolares que sabe deberá corregir esa misma mañana. Piensa en su perro, el setter que, en el momento de abrir la puerta del coche, huyó. En vano lo buscó la noche entera, sorteando todo tipo de barricadas. Estuvo dos horas arrestado por sospecha en una sucia comisaría, donde llegaron saqueadores, maleantes y estudiantes heridos por la golpiza que les propinaron los policíacos captos.

Carga su pipa con dificultad, como si fuera la primera vez. La enciende. Aspira hondo y suelta el humo. Mira, frente a él, la foto de sus hijos adolescentes. Les sonrío, los encuentra bellos, parados en pose turística sobre el Pont Neuf. Demian, el más pequeño, se parece a Raquel.

¿Para qué ir a Europa nuevamente —reflexiona—, si acá tenemos un lugar entre los intelectuales criollos, somos burgueses, *high class*? Pertenecemos a un refinado circuito académico.

Siente el ruido de la ducha. Raquel ha despertado. Imagina el agua escurriéndose por su cuerpo, firme aún, arrasando con los restos de jabón adheridos a los muslos, a los pechos des-sexuados por el amamantamiento. Raquel pronto entrará al desayunador como es su costumbre, vestida con la bata de seda ribeteada en vaporosos holanes blancos que le comprara en Londres durante las largas vacaciones del setenta.

Tamborilea los dedos nuevamente. De la gaveta del escritorio Federico saca un revólver con cachiporra de madera, lo observa con detenimiento, lo apunta a la puerta, como un niño que juega a los bandidos.

¡Es una idiotez separarse! ¿Para qué? Sopla la punta del cañón como si hubiese dado un tiro a la cerradura. Guarda el revólver pensando en la suerte de su perro.

Clemencia, la sirvienta, siempre malhumorada a esa hora, sirve el café acompañado por tostadas y *scones*. Raquel, con sus espejuelos puestos para leer, revisa rutinaria los titulares del periódico matutino: «Una estudiante de piano herida de un balazo en la cabeza. Saqueos y cientos de detenidos dejaron las violentas protestas de anoche».

UNA PARTIDA DE AJEDREZ

Pese al frío de la tarde, Emperatriz y Dolores esperan a María Félix sentadas sobre el césped que campea a los pies de la escultura realizada por Tótila Albert,³⁶ justo a la entrada del parque.

La estatua representa a dos hombres desnudos. El que funge como pedestal está hincado sobre una de sus piernas y carga sin esfuerzo en sus hombros un pesado disco, encima del cual alza, templando la musculatura, al otro individuo. El que está parado sobre el plato se ve algo mayor. El hombre suspendido, como si fuera arco y al mismo tiempo flecha, apunta con el brazo izquierdo al cielo. Son Ariel y Calibán.

El joven estibador de hierro desafía la remodelación del Forestal, exhibiendo la masculinidad atávica de su amante revolucionario sobre las comadreas espartanas. El par de viejas retozan pastoriles bajo la resolana acogedora de los testículos latinoamericanistas del Ariel.

Dolores y Emperatriz se conocieron mucho después de levantado el toque de queda. Fue la misma mañana en que se predijo la proximidad del cometa que chocaría de frente con la Tierra. El primer encuentro fue en el instituto ARCIS.

Emperatriz, dedicada a la escritura poética y enajenada con el discurso sobre el poder en el medioevo, participaba de un taller de filosofía. Por las noches trabajaba en un matemático manuscrito cabalístico, que llamaba *Lengua Osa Verba*.

Esa mañana se miraron de reojo en el inhóspito quiosco que hace las veces de cafetería. Desconfiadas, las perras se husmearon el rabo entre la estudiantina, reclamando siempre por la tardanza de los pedidos.

³⁶ Tótila Albert, escultor, poeta y chamán, nació el 30 de noviembre de 1882 y murió el 27 de septiembre de 1967. Hijo de Federico Albert, botánico alemán que aplicó en Chile diversos métodos científicos para la conservación de esqueletos.

Emperatriz en esa ocasión alcanzó dos cafés, tomándolos por sobre las cabezas que se apiñaban. La desesperada dependienta no daba abasto tras el reducido mesón.

«¡Tome, princesa!», dijo Emperatriz a la Del Río, regalándole dadivosa el vaso plástico con el líquido humeante. Lo expresó con sorna y fue celebrada por su corte de filósofos, compañeros de curso que la seguían a todas partes con una grabadora para no perder los comentarios de la vesánica vieja. Esa misma noche, casualmente, se volvieron a encontrar en el solar del Mulato Gil de Castro, durante un recital rockero al aire libre organizado en la plaza recién inaugurada.

La propiedad, situada a un costado del siniestro edificio Diego Portales, databa de la Colonia y había sido residencia del peruano José Gil de Castro, pintor de sangre mestiza que durante el siglo diecinueve retrató a la blaucuzca sociedad chilena. Lo que fuera el zaguán de la casa había sido convertido en un *bistrot* de decadente aire parisino. El conjunto arquitectónico rediseñó los cuartos del corredor frente al patio empedrado donde antaño estuvo de seguro el abrevadero de los animales. En el lugar se instalaron remilgados corredores de arte, anticuarios esnobs y un paidófilo librero heterosexual de plumaje encubierto. El anciano que en su juventud había vivido en Montparnasse (durante la ocupación nazi, por mágica coincidencia), utilizaba sus conocimientos de antiguos libros fascistas para ayudar a la policía secreta.

Este gorrión galo, agazapado entre las reliquias de sus estanterías vigiló de cerca la zamacueca tocada por los De Kiruza,³⁷ a cuyos compases patrióticos sorprendentemente se unieron Emperatriz y Dolores. De inmediato la gente ahí reunida les hizo rueda. La ejecución de la danza causó sensación gracias a los rudimentos de baile africano que Emperatriz Berenguer aprendió durante su larga estadía en Estados Unidos, país donde Carlos Jerez, su marido, realizaba un doctorado en biomoléculas.

³⁷ Desaparecida banda de rock formada por Pedro Foncea en los años ochenta.

Caruzo, el agitado percusionista, esperó desde lo alto de la tarima el fin del zapateo. Según el diario de vida de Dolores, Caruzo se llevó la mano a la garganta y cortó, en homenaje a las bailadoras, un artificioso collar de rubíes que le colgaba del pescuezo. Al romper el collar, las cuentas se esparcieron por el suelo y las fans de la banda se abalanzaron sobre los vidrios rojos. El percusionista apuñó algunas piedras y las hizo aparecer instantáneamente en la mano de Dolores, besándola en ambas mejillas.

—¡Dorothy! —inventó Dolores que le dijo, haciendo alusión al Mago de Oz—. ¡Tú sigue el camino amarillo!

Con los años la Del Río conservó solo una, curiosamente verdadera. La gema fue encontrada junto al cuerpo de la diva, y Yura la vendió para pagar la exhumación del cadáver del Cementerio de la Recoleta, cumpliendo así la última voluntad de Dolores. Pidió que esparcieran sus cenizas sobre el cráter del volcán Popocatepetl. Cuando abrieron la tumba, el cadáver se encontraba cubierto de moluscos y estrellas marinas, por lo que fue necesario remover todos los sedimentos para garantizar la identificación. Inexplicablemente, bajo todo aquello el cuerpo de Dolores estaba intacto. Al ser examinada por un experto, este esgrimió la teoría de que el cadáver había sido arrastrado en contra de la corriente de Humboldt hasta el canal Beagle, a través del cual desembocó en el Atlántico.

Al funeral solo asistieron Yura, el canciller mexicano y su ex mujer Miriam Morales, apodada la Chica Ximena, que había sido una de las dirigentas del Movimiento de Izquierda Revolucionario en la clandestinidad.

Frente al espejo del tocador, María se termina de acicalar. Su caracho con rasgos levemente orientales, se asemeja a ciertas especies de orquídeas australes que crecen al borde de los acantilados, polarizadas con la brisa salada del mar. Usando una esponja húmeda esparce sobre

su cara los polvos Angel Face. Los afeites le van dejando la piel tersa, de almidón. Levanta su ceja dibujada a mano alzada, observándose con ese éxtasis que solo tienen algunas santas que se niegan a descomponer. Repasa el lápiz de los ojos, retoca el rouge y tira un beso silencioso al reflejo de su fealdad sufrida por el esfuerzo hollywoodense de ser bella.

Retocada, se ha puesto la blusa de seda negra con dos franjas de pasamanería duras en la pechera. Se acomoda la larga trenza y sale fausta del ritual. En la habitación contigua sus padres ven televisión. María se dirige, acompasadamente, hacia el balcón del departamento ubicado en el cuarto piso. De una de las plantas de la jardinera corta algunas hojas de hierba, más un pequeño cogollo que despunta grácil, con sentimiento materno. Deposita su carga en un envoltorio de papel de cigarrillos, sin perder la ocasión de vigilar hacia el balcón del departamento de enfrente, donde a esa hora el muchacho moreno hierve dentro de su entrepierna descubierta, tratando de arreglar su viejo estéreo. María le lanza un ensayado beso y entra a la estancia, sin alcanzar a escuchar el insulto estremecedor que, del otro lado, como un halago, el mancebo le propina, arrojándole al mismo tiempo el desarmador con el cual trabaja. Ella, indiferente, cierra la puerta con cuidado.

Cual gacela intrépida baja velozmente las escaleras del multifamiliar hasta la calle. Hace parar el taxi y lo aborda.

—¡A Plaza Italia! —dice al chofer sin mirarlo.

Ya acomodada en el asiento trasero, suspira.

Vencidas, a los pies de Rodó, las conspiradoras observan venir, por el costado del espejo de agua que las enfrenta, a la redundante. Trae a sus espaldas la mochila azul, profetizando el jolgorio.

La Berenguer acaba de comentar a Dolores un largo relato sobre Umberto Eco. Emperatriz detiene la charla para poner atención al desplazamiento de la Doña, que parece caminar encabritada por entre los chorros del estanque que alarga en sus cabriolas los ramajes sedientos

de la bamboleante araucaria.

Frente al versallesco espejo líquido un grupo de trabajadores municipales del PEM, a la orden de un sargento vestido de civil, instala las piezas de la nueva escultura contemporánea. El desmesurado armatoste de aluminio representa, abstracto, un avión tipo Mirage, parecido al que bombardeó la residencia de Tomás Moro.

—¡Mírala! —irrumpe Berenguer— ¡Se cree Anita Ekberg!

Observan que la golondrina las reconoce y alza una mano como quien saluda al führer.

—¡Te equivocaste! —añade rápidamente Dolores—. ¡Es Claretta Petacci!

Ambas ríen repitiendo paródicas el saludo.

Del cigarro solo queda una minúscula bacha. Entre las tres lo hacen circular sujetándolo con una pinza para depilar cejas. El césped donde están sentadas irradia una luz rojiza refractada de las pesadas nubes que pasan sobre ellas sin detenerse. Los nimbos narcóticos parecen suspendidos en la atmósfera, a modo de partículas de esmog. Suben y bajan marcianos arriba de las alcachofas parlantes, semejando un picnic narrado por Ray Bradbury.

Dolores abre la cesta y enseña una implacable corona cristera, hecha con dos gruesas ramas de espino entrelazadas.

—¿Qué les parece? —pregunta.

Cuidando de no clavarse las púas, se pone en las sienes la melodramática greña sacra.

—¡Perfecta! —declara la pérfida Doña, asombrada por la revelación de piedad en la imagen mojigata de su socia.

—¡Orden, niñas! —interrumpe Emperatriz—. ¡Ese no es el punto!

—¿Cuál es?, ¡vieja envidiosa! —replica la coronada.

—El punto es, mis jóvenes crías, ¿quién le pone la cola al burro? ¡Yo me encargué de falsificar las invitaciones, pero no me quiero meter en líos con Raúl!

—¡Yo la hice, yo se la pongo! —arguye Dolores.

—Sí, pero tú eres más vistosa y más lenta, te vas a poner nerviosa y te vas a equivocar, ¡se la pongo yo!

—¡Tú siempre te caes de borracha, María Candelaria! Además, tienes cara de sospechosa de nacimiento, se van a dar cuenta antes de que entremos...

Y así, las yeguas eternas siguen dándose conchazos, peleando, lanzándose todo tipo de improperios, discutiendo, por las avenidas del parque rumbo a La Chascona.

La casa, empalmada sobre la ladera este del cerro San Cristóbal, fue residencia de Pablo Neruda. El Nobel la bautizó La Chascona por el parecido de la techumbre (cubierta de coirón) con la roja melena de su última y definitiva esposa, Matilde Urrutia.

En la quebrada que sube hacia el cerro diseñó junto con Matilde el salvaje jardín babilónico, lugar en que los organizadores del evento decidieron extender los toldos arábigos, bajo cuyo cobijo de las mil y una noches zigzaguean una veintena de mozos en torno a obispos, diplomáticos, empresarios, políticos clandestinos, agentes secretos, intelectuales y escritores de poca monta.

El jardín fue copiado seguramente de las ruinas de algún vergel que el poeta vio durante sus múltiples viajes en opio.

En medio de frondosas matas de lilas, Neruda ubicó la sala de música para su bella consorte, quien gustaba de cantar. Sentada al piano, interpretaba de oído valsecitos peruanos de Lucha Reyes, los que, según su autobiografía³⁸, aprendió en la época en que frecuentaba las tabernas del puerto de Lima.

El jardín colinda con el viejo zoológico de la ciudad, donde de vez en cuando, al anochecer, se escucha al león bramar desesperado en busca de hembra. El rugido desgarrador del felino acaloraba por las noches el insomnio de la mujer del vate. Mientras Pablo se embo-

³⁸ *Mi vida junto a Pablo Neruda*, Ed. Seix Barral, 1986.

rrachaba con sus amigos en la taberna construida dentro de la casa, Matilde se escapaba cerro arriba, soltando eclécticos maullidos, que parecían calmar la libido del cautivo rey de la selva. Al llegar a la cumbre, con su camisa de dormir desgarrada por los arañazos, la sonámbula se arrepentía a los pies de la Santísima, quien desde la fundación de Santiago vigila con ojo torvo los pecados de la floresta. Matilde siempre regresaba al amanecer transfigurada en Ra.

Paradas en la puerta de La Chascona, las competitivas se disputan el brazo de Sergio Parra. El escribiente llega al evento acompañado de Isabel Larraín, totalmente chamuscada por el intento fallido de quemar la librería, decisión que tomaron luego de declararla en quiebra.

Emperatriz Berenguer se echa el aire triunfante (pero frío) con el abanico andaluz que María le obsequió (en el camino la veleidosa sobornó a la tornadiza Emperatriz regalándole el soplillo para ponerla de su lado en la disputa).

Todos aguardan su turno para entrar, parados en la larga fila serpenteante de arribismos colectivos. Los concurrentes tienen que sortear las varias barreras que exige el protocolo impuesto por la Fundación Pablo Neruda. Una de ellas tiene la invitación oficial, comprobada en las listas que sostienen a la entrada dos entumidas azafatas bilingües. Aquella lista había sido microfilmada por la policía secreta, razón por la cual todos los asistentes, como era costumbre, falsean sus nombres poniéndose el de algún artista desconocido.

Después de casi media hora de espera, Dolores llega a la puerta de acceso, se saca los zapatos, se lleva la mano al cuello estirado por el cintillo de terciopelo, y dice muy seria: «Diamela Eltit».

Están a punto de no dejarla pasar, ya que en los circuitos intelectuales es bien conocido el escándalo que generó el divorcio entre la Eltit y el homenajead, debido a la aparición pública de varias fotos donde el poeta figura masturbándose frente al autorretrato de Juana la Loca. Este cuadro, luego de ser robado de la muestra permanente de Nelly

Richard, subió evidentemente de precio. Lo compró Sylvester Stallone para decorar su dormitorio.

Finalmente, Dolores entra bajo el nombre de Yamilet, en alusión directa a la vidente que predijo uno de los atentados al capitán general. La vidente, a partir del trance, se quedó muda para siempre, por lo que Dolores en lugar de dar nombres falsos solo hace un gesto mímico. María ingresa disfrazada de ella misma, Emperatriz dice «Carmen Berenguer» haciendo sonar uno de los amuletos vudú que su empleada Rosa le confeccionara especialmente para la ocasión.

La impecable apariencia de los camareros reluce bajo los immaculados toldos de lona; marchan portando bandejas atiborradas de copas, privilegiando en la atención a aquellos rostros de aspecto más adinerado, mientras el resto de los infiltrados tiene que seguirlos a empujones, entre la turba del cóctel. Sirven a la distinguida concurrencia finísimos vinos, whisky, pisco sour y sofisticados bocadillos hechos con exclusivos moluscos marinos.

El recinto está invadido por una tenue música clásica, cuyas partituras fueron previamente analizadas por los servicios de inteligencia, buscando impedir que contuvieran sonidos subversivos.

A una discreta orden de la organizadora, el cuarteto de violines detiene sus arpegios para dejar oír la voz campesina del alcalde de Santiago. Del brazo de la autoridad, cuelga la presidenta de la fundación, quien, siguiendo las órdenes del episcopado castrense, no se rasura las piernas. La pareja parada en el descanso de la escalera de piedra que asciende hacia la pérgola de utilería anuncia la presencia del poeta galardonado.

El jet set criollo detiene su algarabía y mira hacia lo alto de las gradas, desde donde, como si estuviera en el monte Calvario, abochornado por la fama, Raúl Zurita mira misericorde a la gente aplaudir. Del otro lado de la empalizada que limita el jardín, el león, desesperado por el olor que despiden los *petit bouchée*, ha empezado a rugir triste

y desentonado (según los veterinarios que lo atienden, después de la muerte de Matilde el felino ya no es el mismo). El lamento hambruno del acabado rey estremece a la gente, acallando la parafernalia adúlona de la presentación.

La prensa se aglomera en torno a Raúl Zurita mientras recibe, de las manos del edil, el pergamino y una pequeña llave falsa de la ciudad. Desconcertados, los fotógrafos de sociales de *El Mercurio* registran el momento exacto en que las yeguas se encaraman por los peldaños de la escalinata hacia la testa del desmejorado poeta.

Las primorosas han subido a lo Scarlett O'Hara, vestidas de negro riguroso, maquilladas como la mujer. Un descuido del alcalde basta para que las yeguas coronen la alopecia de Zurita. Las espinas de la corona se clavan en las sienes del ungido.

Zurita da un chillido de dolor tan espantoso, que el lánguido felino detiene en seco su rugir. El animal cree reconocer por un instante la voz de Matilde, pero al percatarse del infundio, araña los barrotes de su celda para continuar su trágica interpretación estridentista, revolviendo todo el zoológico.

Las yeguas ponen pies en polvorosa y huyen por el huerto en medio de una alharaca ensordecedora de bramidos, graznidos y trinos selváticos. Entran al pabellón de música buscando escondite. La policía alertada por el griterío de humanos y animales ha cercado el lugar.

Emperatriz, acompañada por Sergio e Isabel, aprovecha la confusión para comprarle a uno de los camareros una botella de whisky importado a menos de la mitad de su precio, que guarda cautelosamente en su bolso. Una segunda botella es robada por Isabel, quien la esconde en su sobretodo, donde ya tiene guardados varios bocadillos. Los tres se despiden de la directora de la fundación, quien se recupera lentamente del desmayo causado por la nefasta intervención de las terroríficas. Emperatriz Berenguer sale a la calle en el momento en que La Chascona es trasquilada por la policía.

Materializándose por las luces que vienen de la claridad de la noche, Matilde parece surgir y esfumarse etérea, sentada en el banquillo de la pianola. El movimiento lumínico del follaje de las ramadas, refractado a través de los visillos, la hace concretarse en factor transparente. Los arrugados dedos de la regenta se alzan y caen juguetones sobre las teclas. Tiene la mirada extraviada frente al retrato instalado sobre el instrumento, donde ella y Pablo bailan abrazados. Con voz de pito canta: «¡Vuela mariposa del amor! ¡Juguete del destino!».

Aspaventando modales de cortesana, detiene su interpretación y mira por sobre el hombro desnudo a las asustadas yeguas.

—¿Qué planes hay para esta noche, carretas? ¡A ver tú, patita! —le dice a Dolores—. ¡Echémonos otro valsecito! Y si quieren ponerse un par de aguardientes, en el armario del fondo hay una botella y vasos.

Bellavista es el barrio bohemio más concurrido de Santiago. Asida a los brazos de Dolores y María Félix, Matilde observa asombrada cuánto ha mudado de aires ese ambiente, desde que ella y Pablo construyeron La Chascona.

—¡Hace tanto que no salgo de la casa! —replica suspirando humedad fétida.

Las zarigüeyas caminan entre el gentío que busca diversión fácil, dejando de lado en la saña de la noche la monotonía sureña de sus grises personalidades. Prácticamente flotando, pasan junto a oficinistas, empleados, secretarias, estudiantes clase media. Todos ellos eludiendo, en el sopor del alcohol, la represión intolerable del aire capitalino. En la transitada calle conviven hippies, punkys, thrashers, new wave, tribus que en la madrugada se disputan el territorio de las riberas del Mapocho.

Las comparsas viejas pasan inadvertidamente entre los transeúntes. Junto a las dos yeguas, Matilde se eleva casi treinta centímetros del suelo arrastrando sentenciosa la cola de su raído camisón de dormir, y así son confundidas con los actores del teatro callejero de Andrés Pérez.

En esos momentos, en medio de una ronda de curiosos, el actor comienza la representación de una obra de Copi³⁹.

En la esquina del Venecia (restaurante donde Matilde solía beber cerveza con Pablo), está Pedro Lemebel sentado sobre una poltrona rococó del siglo dieciocho, dispuesta sobre la vereda.

La afamada escritora comercia rarezas que evocan la nostalgia de un pasado cinematográfico: hay plumas de avestruz nonatas sobre cajas de Pandora nacaradas en concha y perla, revistas antiguas de moda, terciopelos renacentistas que fueron parte del atuendo de alguna mujer patriota chilena, reliquias de malaquita rescatadas del joyero de Chela Bon.

María Félix sondea con candonga a Pedro, que vende una máscara de gas de la Segunda Guerra Mundial. El cronista se siente disminuido por la mirada de la altanera Doña. Ambas se observan sin disimular sus mutuos desprecios, con distancia; sin perderse de vista, las escorpionas se ignoran.

Pedro, escondiendo su incomodidad ante la vibración de las pestañas postizas de la Doña, escarba entre trajes de circo refulgentes de luz y brocados usados por Sara Bernhardt durante una representación de *La dama de las camelias* en las salitreras del norte de Chile; hay viejos álbumes con postales pornográficas de los años veinte entre solitarias perlas cultivadas, junto a las cuales, algo desteñida por el manoseo, se observa la foto original de Korda con la sensual imagen del Che Guevara.

Lemebel por fin encuentra el objeto de su devoción.

Le acomoda a Dolores en la cabeza un tocado de plumas venecianas.

—¡Se te ve precioso! —exclama Matilde, ayudando a Pedro a adaptarle el sombrero.

El tocado fue rescatado por Andrés Pérez de una fragata de la Armada Nacional. Según una crónica de Lemebel, perteneció a una travestida llamada Ilusión Marina. En esa época, Andrés era coreógrafo

³⁹ *Evita*.

de un espectáculo de transformistas, cuando ocurrió la tragedia allá por los años cuarenta. Los marinos desplumaron el puerto de Valparaíso en busca de Las No Me Olvides. A todas las subieron al barco con el pretexto de hacer un show en alta mar para la tripulación.

«La vida es una tómbola, ton, ton, tómbola...», cantaban las locas mientras cruzaban el puente ataviadas con sus mejores galas. Entre ellas iba la *mariscosa* Ilusión Marina, con el sombrero de plumas venecianas. Para no perder glamour, y pese a que abordaron el navío de noche, las locas también llevaban lentes de sol.

Andrés fue el único que logró llegar nadando a la orilla. Al pasar de los años fundó una magnífica compañía de circo-teatro con la que recorrió el mundo; solo antes de morir, víctima del sida, representó esta historia⁴⁰.

Otra de las sobrevivientes fue Claudia Arrurú. La bicha se salvó gracias a que fue arrojada por la borda, amarrada con alambres de púas galvanizados a un piano de cola, que flotó cruzando el océano. Así la loca llegó a Alemania, donde mantuvo un breve romance con Joseph Goebbels. El político le sugirió que tocara para el führer durante la inauguración del Hindenburg. Claudia Arrurú, como en las noches de Bohemia se hacía llamar. Interpretó Beethoven a la perfección debido a la práctica y al talento inigualable que logró en el año y medio que estuvo náufraga flotando en alta mar.

María Félix se chupa veleidosa las muelas del juicio al escuchar la voz de Pedro decir con desidia endulzada:

—¡Te lo regalo, Lolita! ¡Pertenece a la Ilusión Marina!

Sergio Parra, situado en el fondo de la librería, ve entrar a la pálida anciana escoltada por las épicas yeguas. Por un momento trata de asociarla con los veinte poemas de amor y la famosa canción desesperada.

⁴⁰ *La huida*.

—¡Me recuerda a alguien! —señala modulando la voz entorpecida por el trago.

Restándole importancia, alza el vaso bebiendo el contenido de una sola chupada. ¡Salud!

La Emperatriz se sienta entre Nadia y Malú, dos poetisas jóvenes a quienes por la tarde da talleres literarios. Las poetisas dejan espacio a las yeguas en los cajones de madera donde están sentadas. ¡Escandalosas!, les dice Isabel pasando los vasos. Matilde ha encontrado en la mesa de ofertas un ejemplar de *Los versos del capitán* editado en España. Furiosa, lo arroja al suelo y le propina un violento puntapié.

—¡Literatura de mierda! —gime con un leve cantito peruano, y enseguida toma otro libro y lo hojea.

—¿Le sirvo algo, señora? —pregunta Isabel, divertida por el personaje.

—¡Lo mismo que tú, niña, qué me va a hacer si ya estoy muerta!

Matilde cierra el volumen de *Lecturas para mujeres* que tiene en las manos y lo suelta despectiva sobre la montonera de libros semiquemados. Sus ojos fijos y algo descompuestos por el proceso natural de la muerte se enfrentan inquisidores a las poetisas.

—¡Conocí a esta lesbiana ya enferma, con manos enormes y un rostro de piedra! Fue amiga de Pablo, tenía una amante que fungía como su secretaria. ¡Doris! ¡Así se llamaba la gringa! Recuerdo que sacaba a pasear a la Gaby, amarrada a un arnés, por Long Island —escupe disgustada— ¡Para que la *fucking bitch* no se perdiera!

Todos estallan en carcajadas.

Al sentirse aludida, Nadia Prado suelta disimuladamente la mano de Malú. Para distraer la atención del espectro, le sirven otro vaso.

Matilde no se inmuta con nadie ni con nada. Ha comenzado a cantar, su voz es entonada y caprina.

—¡Aunque no lo crean yo de moza cantaba! —gime recibiendo el trago de manos de Nadia—. ¡Y fui bella!... Pude haber escrito como ustedes,

pero Pablo me lo prohibió... ¡Dijo que le iba a arruinar el negocio!

En el momento en que Sergio e Isabel se disponen a cerrar la librería, entra Federico Schopf vestido de gabardina verde. Después de saludar a Emperatriz pregunta si han visto un setter inglés en los alrededores.

—¡Solo al perro Olivares! —contesta Parrita, aludiendo a un odioso editor literario del diario *La Época*.

Federico no se impresiona con la respuesta, aunque la encuentra de mal gusto. Toma de la mesa un libro de Diego Maquieira⁴¹ y tras hojearlo con descuido, lo vuelve a poner en su sitio. Cuando está por marcharse repara en Matilde.

—¿Yo a usted la conozco de alguna parte? ¿Sería en Cambridge, hace algunos años? —pregunta encendiendo su pipa.

Malú le ofrece un trago de mala gana. Federico acepta extendiendo su brazo para recibir el escocés.

—¿Tienen hielos?

De un frigobar oculto tras los estantes de la sección contemporáneos, Parra saca varios cubos y los deposita en el vaso del profesor. Parra e Isabel bajan la cortina de la librería.

—No creo conocerlo —dice Matilde con un gesto de golfa portuaria, mientras acomoda los harapos de la bata sobre la carne faltante de su cuerpo.

Siempre flotando sobre sus fluidos, Matilde invita a Emperatriz a bailar a los compases del caset de música peruana que Isabel acaba de poner en el estéreo. Emperatriz, cuyo verdadero nombre es Carmen, abraza al espectro con elegancia casquivana y emprenden los sones del landó. La poeta da un giro recogiendo su falda y zarandea su mata de pelo por sobre los pechos al aire de Matilde, quien posa como mascarón de proa. Al paso de las frenéticas caen al piso todos los libros del boom de la literatura chilena.

⁴¹ *La Tirana*.

Malú y Nadia, ya en confianza, se pellizcan los pezones, parafraseando el cuadro manierista de Fontainebleau.

Federico Schopf, sin que nadie se percate, levanta la cortina y sale a la calle. Deambula sin prisa, y de vez en cuando se detiene a mirar a su alrededor. Llama a su perro con unos cómicos silbidos agudos.

A esta hora, seguramente Raquel se encuentra con sus nuevas amigas, piensa mientras observa su reloj. Es probable que estén organizando el programa de literatura para Radio Tierra.

Federico se detiene frente al Venecia y mira a través del escaparate. El lugar está casi vacío, solo unos cuantos parroquianos terminan de cenar dentro del establecimiento.

Sentada en la barra, Mía toma cerveza, está peinada a la gomina y viste con descuido, manteniendo ese aire pueblerino que la identifica. Planea dejar Chile de una vez por todas e instalarse en Nueva York, para ganarse la vida como *drag queen*.

Federico da un chiflido, espera unos segundos y al ver que su perro no aparece, entra. Se sienta junto a la imposible. Pide coñac. El cantinero saca del aparador una botella de Napoleón y una copa que descansa reflejada en el sucio espejo biselado. El cantinero sirve el trago de un solo golpe.

Federico se mira al espejo entre botellas a medio servir, se encuentra envejecido, un niño viejo. Aún hay tiempo, se dice. La mirada del profesor repetida en el escaparate se clava en Mía.

—¿Te sirves algo? —pregunta cadencioso, con voz de hombre de bar, a la silueta translúcida en la penumbra del reflejo.

—¡Lo mismo que tú! —contesta Mía sin inmutarse. Su voz es de golondrina.

El barman sirve otra copa. La pierna de Mía roza distraída la del profesor.

En el estéreo, la voz amanerada de Luisín Landáez rememora *Cien años de soledad*.

«¡Mariposas amarillas, Mauricio Babilonia!».

Las yeguas bailan la cumbia inspiradas en viejas películas mexicanas protagonizadas por Ninón Sevilla. Las aventureras se entrecruzan maravillosas a través de Matilde y Emperatriz, sin mirarse a los ojos, ausentes.

«¡Mariposas amarillas que vuelan y verás!».

Intercambian parejas cimbrándose negruzcas y caribeñas por entre las repisas de los libros que caen al piso, augurando el próximo cierre de la librería⁴².

Nadia y Malú derraman por accidente un vaso lleno de whisky sobre el cajón donde están sentadas.

Trastocado, Sergio Parra observa el vaso rodar. Escucha el clic-clic de la quebrazón y en su oreja estalla cada gota precipitándose en el interior del asiento.

—¡Pero qué hiciste, idiota! —le grita fiero y desmedido a Malú.

Isabel apaga la música instantáneamente.

—¡Cálmate, loco misógino! ¡Solo derramé un vaso y ya! ¡Te compro diez, si quieres! —replica Malú.

Isabel saca un paño de felpa y limpia la bebida derramada.

—¿Qué hay dentro de las cajas? —interroga Nadia.

Todas las miradas se dirigen al pálido poeta. Un largo silencio se apodera de la escena.

—¡Armas! —contesta Matilde de improviso—. ¡Armas para matar al capitán!

Sergio Parra respira profundo, recuperando la calma.

—¡Hay libros! ¡Libros para matar al general!

⁴² La que en realidad era una fachada de grupos patrióticos extremistas. Allí se guardaron algunas de las armas que entraron clandestinamente al país por Carrizal Bajo.

—¡Vamos, chicas! —interrumpe a modo de disculpa—. Las invito a unas copas al Jaque Mate.

—¡Mi viejo, como buen *beatnik*, está esquizofrénico! —dice Isabel, mientras abre la cortina metálica.

—De todos modos, esto ya se estaba poniendo promiscuo —masculla la Doña, sacudiendo la caspa de sus mechas ilusorias, rumbo a la salida.

YEGUAS DEL APOCALIPSIS

Cuando por fin se levantó en parte el toque de queda, el viejo Jaque Mate cambió de a poco su clientela original. Antes el bar era frecuentado principalmente por escritores, muchos de ellos jubilados de las oficinas públicas del sector, además de otros pensionados y prostitutas envejecidas.

La clientela del Jaque Mate esperó a que terminara la prohibición para retomar su acostumbrada vida nocturna. Transcurrieron por lo menos diez años hasta que la esquina estuvo disponible de nuevo.

Las antiguas taloneras pasaban noches completas sumidas en la embriaguez, esperando en la soledad de sus mesas —cubiertas con manteles rojos— el levantamiento del bando que sumía la madrugada santiaguina en el sueño desmantelado de los municipios australes.

La madrugada se disputaba en dos juegos: el dominó y el cacho. Este último consiste en tirar a la mesa dados blancos o negros desde el interior de un cuerno, buscando al azar ciertas combinaciones numéricas.

Un atardecer, ya levantado el toque de queda, Dolores y María llegaron desde el parque, acaso huyendo del frío. Jugaron toda la noche, más bien un día y una noche, sin parar, al cacho. Las muerde-suelas se hacían trampa la una a la otra, cambiando las reglas del juego e inventando nuevas combinaciones que en función de sus respectivos intereses urdían para humillar a su adversaria.

Fue durante la segunda noche que las malditas se bautizaron yeguas, Yeguas del Apocalipsis, pensándose profetas de la pandemia que ya por esa fecha amenazaba con llevarse sus dignidades. Aterradas por



Estrellada, 1989. Video Gloria Camiruaga

la muerte de Polo Escárate⁴³ trataban de averiguar, mientras tiraban los dados, cuál de las dos se haría merecedora del premio mayor, cuál adornaría con sus sarcomas las portadas de los periódicos matutinos. Don Sergio cuenta que mientras jugaban reían dando relinchos, sollozaban babeándose los belfos pintarrajeados con el pipeño avinagrado, que por esa época empezaron a consumir por litros. A veces dormían tres minutos sobre la mesa, sin soltar el cacho, previniéndose así de las mutuas trampas. Las penitentes en la conversa solidarizaban con el luto chileno. Se declaraban comunistas, hoz y martillo. Una golpea y la otra corta, terminó diciendo la Doña y por primera vez arqueó su ceja.

Al amanecer del tercer día se habían vuelto locas de atar, sus vidas se habían mezclado en una. Cambiaron mutuamente de recuerdos como quien cambia de piel. Se conocían tanto, como si hubieran compartido el vientre de la potranca madre donde empezaron a competir nornatas por el óvulo feminista. Nunca más pudieron recordar quiénes eran. Se confundieron en la obnubilación de sus heroínas disímiles, que iban desde Rosa Luxemburgo a Marilyn Monroe, desde la reina Cristina (actuada por la Garbo) hasta la Divine, representándose a ella misma en *Pink Flamingos*. Todas las divas cabían en sus imaginaciones contrahechas. Sus antiguas personalidades anónimas fueron jirones que con el tiempo afloraban tan solo como pesadillas infundidas por los chilenos cuando te descubren el nombre propio.

Dolores ganó la última partida gracias a que María, fruto de un ataque repentino de leva, se clavó de un estudiante del Pedagógico, que al verlas desde el exterior entró a servirse una caña de pipeño. Luego de beber juntos como peces en el río y cuando Dolores trataba

⁴³ Un telefonazo mal intencionado de la Berenguer les avisó de la lista de infectadas que dejó la Pola Negri para que las viudas —como él solía llamarlas— asistieran a su sepelio. Razón por la cual Dolores, temiéndose contagiada, decidió no bailar en el homenaje final. Ese verano optó por dejar Santiago y partir a Talca en compañía de la Emperatriz, con el firme propósito de terminar su libro sobre la pandemia (*Sodoma mía*).

de explicarle al pendejo todo sobre el Garage Matucana⁴⁴, la rumiante amiga soltó la tarántula enguatada sobre la bragueta disidente. La loca cayó al suelo producto del golpe propinado por su galán, que de un jirón le robó la gárgola peluca y salió corriendo con el trofeo puesto.

—¡Es lo que nos espera en este país de mierda! —dijo la Doña sollozando—. ¡Lágrimas negras, Dolores! ¡Lágrimas negras!

A las tres de la mañana, el Jaque Mate está en su apogeo. En medio del aire enrarecido por el humo y los tufos de piscola, se encuentran los artistas enmarañados en disputas acaloradas. Lanzas descalificaciones severas a las acciones de arte y performances, que ellos mismos realizan durante el día. Como orates, gritan insultos desesperados, enardeciendo más aún la atmósfera llena de posmodernismo. Todos comparecen bajo la luminiscencia fluorescente del neón desbordado sobre las pieles que han permanecido por décadas en la cripta.

La luz blanquea los múltiples maquillajes de la noche, gesticulando la convivencia acicalada. La perversión de la pose.

La barra y las mesas están repletas. Bandas de rock y oscuras estrellas trans entorpecen la entrada al baño. Dentro del pequeño cuarto, la mierda se rebalsa de la taza. Apiladas alrededor del único urinario, como reinas magas junto al pesebre, las locas hacen su agosto. El baño también es el lugar favorito de los cocainómanos, que empolvan sus narices hasta sangrarlas.

El mesero parece tener un poder sobrenatural sobre los cuerpos aquí reunidos; parado a un costado de la barra, bordeada por altos pisos de tres patas, semeja un Zeus padre, cuyas carnes apretadas a cierta gordura recuerdan los pámpanos rosados de la zona central chilena. Siempre con los ojillos atentos, don Sergio ronda el movimiento del

⁴⁴ Centro de eventos clandestinos que funcionó en un garaje de autos ubicado en la calle Matucana. En este lugar donde floreció la contracultura chilena, el mentor fue Jordi Lloret, poeta por convicción. Algunos biógrafos lo asociaron sentimentalmente a Dolores del Río, pero de esto no hay pruebas.

bar con los codos apoyados en el mesón, que de tanto en tanto limpia con un estropajo. Sabiéndose el confesor de secretos inexpugnables, viste como si atendiera en el Ritz. Su rostro recién rasurado despidе un suave aroma a agua de colonia. Resaltan sus diminutos quinqués en los puños de la camisa recién planchada. De vez en cuando, vigila la puerta de entrada.

A esta hora, las mamparas de vidrio del Jaque Mate permanecen cerradas con llave; don Sergio de esa forma mantiene el control sobre las veinte mesas disputadas a puñetazos por la energúmena clientela. Él funge en estos casos como árbitro y padrotea las ubicaciones de acuerdo a las propinas de los adversarios. Otra de sus funciones es restringir el ingreso. Con entusiasmo mal pagado discrimina quién sí y quién no. Reconoce con ojo de lince a sus clientes. Todos muchachos acomodados⁴⁵ que, haciendo oídos de la estrafalaria fama del Jaque Mate, decidieron asistir por curiosidad, por vicio o por fornicio.

Los mozalbetes, azuzados por las charlatanas yeguas, comienzan a sacar el habla hasta llegar a batirse verborreicos contra los intelectuales trasnochados, sobre las baldosas en blanco y negro, como peones de una singular partida de ajedrez. Si en la partida el dinero se acaba, el camarero presta de su bolsillo. Cómo no, si para don Sergio estos seres han sido su familia durante todo el sitio a la ciudad prohibida. Seres degenerados, trastornados, deformados por la fogosidad del licor y la comida descompuesta, la que luego de ingerir vomitan bajo las mesas.

Poco antes del alba, suelen entrar los jóvenes nacidos en el exilio, que visten a la moda europea y se hacen acompañar de actrices con

⁴⁵ La mayoría es del colegio Saint George. La primera que empezó a asistir fue Josefa Ruiz, quien solía emborracharse sola en una mesa. Antes de que la sorprendiera la madrugada, se retiraba con alguno de los parroquianos, por lo general algún pintor que después de hacerle el amor la retrataba. Con los años se supo que el padre de Josefa había sido ejecutado por la Caravana de la Muerte, el 19 de octubre de 1973. Dolores la mencionó varias veces en su diario de vida: las páginas donde relataba las andanzas de Josefa fueron misteriosamente arrancadas del manuscrito.

disfraz de vedette. A la misma hora arriban las escritoras que acaban de abandonar a sus amantes. Entre ellas destaca una golfilla que por el día atiende la oficina de relaciones públicas del Instituto Chileno Francés de Cultura. Todos comparten las mesas, se intercambian los asientos, deambulan como zombis frente al *clochard* marqués de Zárate y su infaltable copa de vino helada.

Diego Ortiz de Zárate, de edad desconocida debido al síndrome de vejez temprana que se apoderó de él, fue en su discutida adolescencia un virtuoso violinista. La familia heredó el título nobiliario de Eliodoro Ortiz de Zárate, antepasado proveniente de la Lombardía.

El padre de Diego había pertenecido a la generación del veintiocho⁴⁶ y era uno de los asiduos visitantes del burdel de madame Boucard, la famosa amante de Tamara de Lempicka. Desde la niñez, obligó a su hijo Diego a estudiar violín. Las clases de música se las impuso como forma de represión sistemática a los impulsos homosexuales, que al florear los catorce años se hicieron evidentes (a los doce presentaba ya el cuadro psicótico que le hizo envejecer).

Diego, en uno de sus frecuentes ataques de rabia, golpeó a su padre con el violín hasta dejarlo inconsciente. La pequeña loca fue internada de inmediato en el manicomio de Notre Dame de le Fleur, en las afueras de París, donde permaneció por cerca de un año. Al no mostrar signos de recuperación, pese a los reiterados tratamientos con electroshock, el *enfant* fue enviado a Cuba para que lo diagnosticara un famoso terapeuta afrocaribeño, discípulo de Jung. Este psiquiatra, pese a la posición del régimen castrista recién instaurado, trataba a sus pacientes con lecturas clandestinas de la revista dirigida por José Lezama Lima, *Nadie Parecía*.

⁴⁶ En los albores del siglo veinte, 26 pintores fueron mandados por el gobierno de Chile a estudiar a Montparnasse, en París, dando origen a la generación del veintiocho. Entre ellos sobresalieron Julio Ortiz de Zárate y su hermano Manuel, junto con Tótila Albert, Gustavo Carrasco, Camilo Mori y Laura Rodig.

En una marcha del Primero de Mayo, donde los internos del Campo de Readaptación Social desfilaban obligados por el partido, Diego conoció a Orfeo. El amariconado cisne negro, alumno aventajado de Alicia Alonso, portaba un estandarte con la foto de Martí. Se enamoraron de inmediato e intercambiaron sus propagandas: Diego le obsequió una pancarta con la foto autografiada de uno de los hijos homosexuales de Fidel. Después de la quinta vuelta bajo la tribuna donde el patriarca se dirigía a la isla con un frenético discurso de veinticuatro horas, y aprovechando la resolana reinante bajo el entarimado, el mulato bailarín sodomizó a Diego con el palo del azadón que ocupaba para desenterrar las papas durante las largas jornadas de trabajo voluntario. Mientras lo penetraba al ritmo de la Internacional —la que era interpretada por una impostora de Celia Cruz en karaoke propagandístico—, Orfeo convenció a Diego para que dejara de una vez por todas de tocar violín y se dedicara a la danza moderna.

Tiempo más tarde, cuando Diego ya presentaba una evidente mejoría y protagonizaba sus primeros *pas de deux*, la guardia castrista los sorprendió en el parque Lenin, totalmente desnudos, singando bajo un guacamayo.

A Orfeo lo internaron en la cárcel del Morro, donde conoció a Reinaldo Arenas, y fue junto a la tétrica Mofeta, como se hacía llamar a sí mismo Reinaldo, que logró escapar de la isla como polizón, a bordo del barco *Mariel*.

Por su parte, el hijo del marqués fue expulsado de inmediato. Nunca más volvería a tocar el violín. En vano trató de dedicarse a la danza, pues los hombres de Fidel le habían dado una paliza que lo dejó sordo de un oído. Este oído se le fue tapando con materia putrefacta, y solo un leve golpe en el lóbulo podría destrabar momentáneamente la sordera. Omara, en las veladas del Jaque Mate, sostenía que lo que en realidad hacía Diego con el chasquido de los dedos era espantar a los querubines que le balaban indecencias.

Cojo de su pierna derecha y sumido en la depresión, el ex violinista fumaba hasta diez cajetillas de cigarros Hilton al día. La dentadura cariada se le fue ocultando bajo capas verdosas de nicotina, la cual también se adhería a sus dedos, dando la impresión de que de ellos florecía aquel musgo viscoso que crece sobre las lápidas abandonadas de los cementerios.

Así era el aspecto de Diego Ortiz de Zárate cuando vio por primera vez a Dolores del Río bailando marinera con la Emperatriz en la plaza del Mulato Gil. El anciano sucumbió de amor. Después de un breve romance, en que la agasajó con cuentas de vidrio y reproducciones de arte heredadas de su padre, Dolores consintió en premiarlo con sus encantos, siempre y cuando interpretara en violín las *Czardas* de Monti. Dolores le comentó a Diego, mientras retozaban en el colchón maloliente de un cuartucho de hotel, su intención de triunfar en los exclusivos circuitos conceptuales de Nelly Richard; esta vez se trataría de un baile gitano, muy parecido al que interpretara Cristina Hoyos en *El amor brujo*.

Dolores ensayaba a diario en el Parque Forestal, vestida con una falda blanca a lunares rojos, que le canjeó a Pía Barros por el libro *Arráncame la vida*, de Ángeles Mastretta. Diego también se pasaba las horas practicando, tratando de que el chirrido de su violín recreara en algo los parajes húngaros exigidos por la demente gitana. ¡Pero nada! Los dedos se le pegaban a las cuerdas con la goma de la nicotina y sus oídos gangrenados no lograban destaparse, por más que acrecentara la fuerza de los chasquidos y que llegara al extremo de golpearse el lóbulo con el arco del violín, haciéndolo sangrar.

Pese a los esfuerzos de Diego, la cingara lo abandonó al percatarse de que no podría respaldar legalmente el título nobiliario que ella ya ostentaba durante los zafarranchos del Jaque Mate. La frustrada Dolores solo consiguió ser llamada marquesa de Zárate por la envidiosa poeta de la Plaza Italia, que en desigual contienda había cambiado la vulgaridad de su propio nombre por el de Emperatriz.

Después de que la triunfal democracia cerrara el Jaque Mate, Ortiz de Zárate salió cada vez menos de su casa. El informe de los bomberos relata que Diego, en su afán por interpretar la fatídica melodía, pateó por accidente una estufa a querosén, provocando el siniestro que consumió su vida. Entre los escombros de la casa apareció el fragmento quemado de una foto de Dolores posando como maja de Goya.

Afuera del Jaque Mate, Federico Schopf hace una seña a don Sergio para que lo deje pasar. En el interior, Josefa Ruiz se ha pintado un pequeño mostacho y va vestida de hombre, disputándole a Marco Enríquez los seductores movimientos de Dolores⁴⁷. La yegua ha estado ensayando los pasos de flamenco ante la mirada ya desmaterializada de Matilde y Diego.

Todo esto lo observa el profesor detenido junto a Mía, la que a su vez se protege del frío envuelta en un lóbrego abrigo de piel de nutria. Después de una corta espera sin que don Sergio abra la mampara, ambos se encaminan al Forestal. Entre los húmedos helechos tal vez encuentren al perro.

⁴⁷ Dolores no era bonita, como comentaban los que no la conocieron, sino más bien fea. Extremadamente delgada, vestía con ropas de verano de los años veinte, aun en pleno invierno, cuando las temperaturas de Santiago marcaban bajo cero. Daba la sensación de que estuviera en el puerto de Valparaíso, erguida bajo el ala de su sombrero, esperando que atracara el *Titanic* para abordarlo llena de maletas y neceseres.

De esta imagen extraída casi de los primeros años del cine sonoro, el Vinicio, como lo apodó Dolores, creyó enamorarse perdidamente durante aquel verano en que pasaron por el río.



Refundación de la Universidad de Chile, 1988. Fotografías Ulises Nilo.





Lo que el SIDA se llevó, 1989. Fotografías Mario Vivado.





Gitana (Francisco Casas), 1990. Fotografías Pedro Marinello.



Instalamos dos pajaritos como palomas en alambritos, 1990. Fotografías Pedro Marinello.





Estrellada II, 1990. Fotografías Ulises Nilo.

SEGUNDA PARTE

TRUENO SOBRE LA MONTAÑA

Ambas se despertaron de madrugada con el sueño enturbiado por malos presagios. Poco antes de clarear el alba, se pararon varios quelte-hues sobre la copa del pimiento que resguarda de la helada matutina el escaño donde duermen. Los pajarracos abrieron y cerraron las alas sobre ellas, graznando por el olor a carroña que las viejujas transpiran a esa hora. En un gesto sublime de prudencia, la Doña tranquilizó a Dolores —a punto de la neurastenia— frente a la apócrifa visión. Severa e inmutable, abrió su mochila y extrajo el libro de los cambios, el *I Ching*.

Acto seguido sacó tres monedas de cien pesos que habían sido rescatadas por ella misma, disimuladamente, de la propina que alguien le dejó a don Sergio sobre una mesa del Jaque Mate. Le pasó las monedas a la asustada Dolores, previniéndola de que no se las fuera a robar, porque era lo último que tenían. Miró hacia la copa de los árboles desde donde los entumidos quelte-hues las contemplaban hambrientos. La Doña ordenó a Dolores arrojar las monedas seis veces. En una libreta apuntó la posición en que caían, ya fuera cara o sello. Enseguida procedió a descifrar el hexagrama. Antes de leer el resultado en el *I Ching*, prendió un trozo de palo santo, sahumeriándose.

—¡Trueno sobre la montaña! —leyó con voz de pitonisa y se empeñó en una maléfica interpretación de los signos. Esto hizo que Dolores se paralizara de terror. La Doña, clamada por el vaticinio, cerró el libro y lo guardó, sin haberle quitado las monedas a Dolores, a quien de puro susto, según ella, se le agarrotaron en la mano.

María buscó un peñasco y con violencia marimacha lo arrojó a uno de los pájaros, dándole en la cabeza. El ave cayó aturdida e inmediatamente fue arrastrada por la corriente.

—¡Pájaros culiados! —gritó al resto de los queltehues, que emprendieron estrepitosos el vuelo río arriba.

—¡Ya sabes, cachita! —dijo María Félix a Dolores—. El oráculo predijo que debemos entrar totalmente desnudas, montadas a caballo, a la Facultad de Arte de la Universidad de Chile, a las doce en punto del día.

Hace horas que Dolores del Río y María Félix recorren toda la zona precordillerana de Peñalolén, y ni rastros...

Dolores, ya mareada por el sol que le reseca el cabello, decide abrir la sombrilla, la misma que en invierno, al sacarle las muselinas, cumple la función de paraguas. María, por su parte, camina trastabillando. Cada dos pasos se detiene y se airea con un abanico de papel de arroz. A ratos le baja la angustia y aumenta el ritmo de las oscilaciones, preocupada por el maquillaje que se derrite y le embadurna la cara.

La Doña, siguiendo los consejos de la enana, predice la hora extendiendo la palma de la mano hacia el sol.

—¡Son las tres de la tarde! —dice hastiada—. ¡Salimos a las diez de la mañana, Lola! ¡Tengo los juanetes adoloridos por estos tacos aguja! ¡Ya recorrimos toda esta periferia y ni rastros de un caballo!

Las patilocas caminan excesivas por las lomas donde crecen amarillentos arbustos de espinos. El paisaje desértico está plagado de alacranes. Frente al rímel de sus pestañas de cartón se apilan los campamentos proletarios. Las viviendas comparecen incestuosas, delineando el efímero contorno de la larga y angustiosa calle hedionda a letrinas colectivas.

Las divinas caminan simulando buena presencia por la solitaria avenida principal. De improviso, como si salieran del fondo de los retretes, aparecen decenas de niños mugrientos, querubines infernales que flotan entre nubes de moscas. Los chiquillos las siguen moqueando, amenazándolas con las manos puestas en sus impúberes genitales. Les gritan a viva voz imperios transmitidos en lengua mapudungún.

Curiosos, algunos piensan que al fin llegó el Circo Timoteo⁴⁸ a estos parajes dejados de la mano de Dios.

Entre las dos espantan a los mocosos mostrándoles las nalgas fofas por el uso. A María se le ocurre destriparlos con la daga que saca de su liga. Finalmente son sorprendidas por las desdentadas madres que en ese momento se aprestan a degustar la sopa de coliflor de la olla común. Después de un breve chismorreo, las mujeres concluyen que eso que ven no son personajes de la televisión, sino visitadoras sociales del gobierno dispuestas a erradicar el campamento, y es por eso que deciden lincharlas.

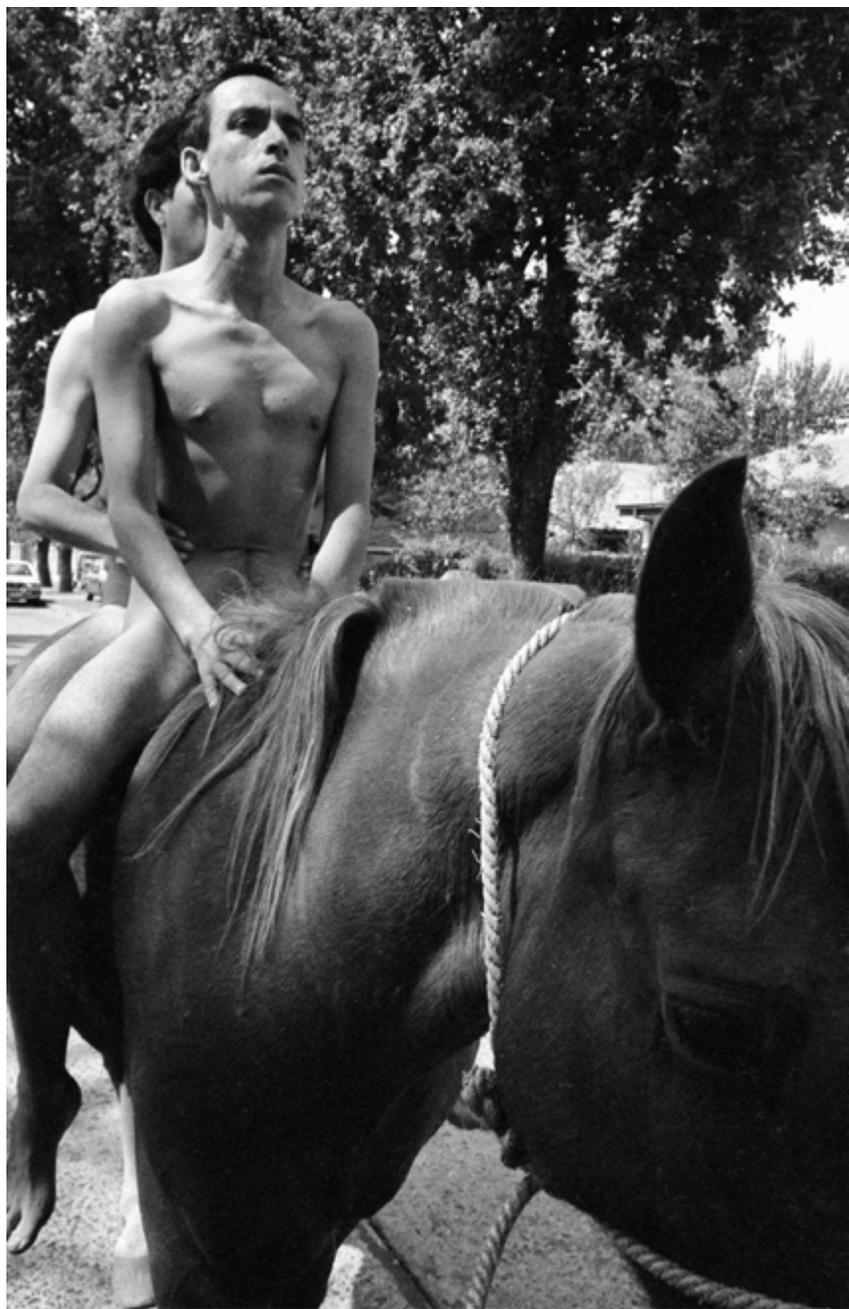
Dolores y María, al ver a las mujeres armadas con palos y picanas, salen corriendo. En la huida, la Félix pierde uno de sus zapatos taco aguja, que antes de salir había adornado con mostacillas, pensando en el «por si acaso». El zapato queda brillando en el abandono, a mitad de la calle.

Un adolescente flacucho con restos de maquillaje en la cara lo recoge, como reliquia caída del cielo, y parte a esconder el tesoro en su covacha.

Las Godivas, fulminadas por el sol, detienen su carrera para ponerse un poco de aceite de coco en las mejillas.

La vieja finca de la familia Grimaldi se arrincona a un costado del camino que sube hacia lo alto de Peñalolén. La casa de corredores coloniales está custodiada por un viejo ceibo, junto a una pirca de adobes. Arrimadas a los establos crecen enredaderas. En el patio, la flor de la pluma enrolla sus racimos rosados sobre una ramada construida al borde de un estanque, donde croan, entre coberteras, varias ranas verdes. Al paisaje lo perfuman cuatro mil rosales en forma de torre. La fastuosa decoración del interior refrenda los múltiples viajes a Europa que ha hecho la familia.

⁴⁸ Circo pobre, de travestis, que formó en los cerros de Valparaíso un malabarista de nombre Timoteo.



Refundación de la Universidad de Chile, 1988. Fotografía Ulises Nilo.

De un día para otro, la casa al parecer fue abandonada y no quedaron rastros de sus moradores. La tarde antes de que el desconocido comandante entrara a saludar a la familia Grimaldi, bajó de los Andes el frío cordillerano. Este hizo que los queltehues que anidaban sobre las palmas emigraran hacia los riscos que rodean el valle. El comandante fue invitado cortésmente a tomar té. La señora Grimaldi lo sirvió, como de costumbre, en vajilla de alpaca. Acompañó la bebida con buñuelos y mermeladas caseras de alcayota. Dispuso la once bajo el alero del corredor principal, junto a la arboleda perfumada por limas y naranjas maduras. También mandó a una de las sirvientas a traer limonada fresca para los milicos escoltas que esperaban aburridos en la entrada, apoyados en sus ametralladoras.

La señora Grimaldi, desconfiada de la inusual visita, encerró a sus hijos en una habitación.

Desde ese día, nadie más los volvió a ver. Nadie pareció habitar la casa hasta después del golpe militar. Por las noches se abrían las puertas del patio principal para que pasaran camiones del Ejército. Las propiedades vecinas también fueron desocupadas y en las cercanías se establecieron tomas de terreno ilegales, con miles de familias sin vivienda, procedentes de la Cordillera de la Costa. Las chozas de cartón proliferaron como callampas.

La casa empezó a cambiar su fisonomía malignamente. Los corredores se fueron destruyendo casi por sí solos. El jardín se secó de improviso. Los naranjos y los demás frutales resultaron quemados por las heladas que habrían de caer desde la visita de Marchenko. Las fuerzas del mal se apoderaron de la finca. En lo que fuese el jardín se acondicionaron barracones semejantes a los utilizados para la crianza de cerdos. De los camiones descargaban cada noche a los prisioneros envueltos en bolsas de plástico negras, y después de pasarlos por un callejón oscuro, los depositaban como masas de carne sanguinolenta en los barracones. La propiedad, desmantelada por entero, fue rodea-

da con alambres de púas, electrificados. En el centro, donde estuvo la cisterna, se construyó La Torre.

La Torre: así llamó el coronel Marchenko a la edificación de unos veinte metros de alto, formada por cubículos de un metro por un metro. Los prisioneros que sobrevivieron al campo de concentración⁴⁹ cuentan que, luego de ser torturados, los encerraban en ese lugar hasta morir. En un gran dormitorio instalaron la *parrilla*; en el baño, el *submarino*.

Al grito de «caballo a la vista», Dolores y María se precipitan sobre un carretón de feria cargado con hortalizas. El huesudo jamelgo luce viejo, desteñido por las jornadas de trabajo. Lo coronan en su infame estampa unos enjambres de insectos infecciosos, atraídos por la hediondez que genera tanta carga a maltraer. En el pescante, un mancebo sudado y andrajoso, de esos que se dan en estos arrabales de Peñalolén, las mira desconcertado.

—¡Te arriendo tu caballo! —grita Dolores, poniendo la boca en forma de botón. De manera distraída baja su blusa hasta la mitad de los hombros, con ese movimiento que la hace compararse a Sofía Loren en la película *Dos mujeres*.

La Del Río, para mostrarse aún más convincente, incorpora a la representación la característica voz jadeante de la Dietrich.

El mozuero lanza una carcajada que resplandece en su piel morena. Pregunta si el par de maricones son artistas, que para qué queremos su corcel.

—¡Además que no es caballo, mire usted, es potranca y se llama “Parecía”!

⁴⁹ «La villa se convirtió en un epicentro de la crueldad y la violencia que se enseñoreó en Chile. Por ella pasaron unos cinco mil prisioneros que fueron torturados salvajemente, de los cuales 142 engrosaron la extensa lista de detenidos desaparecidos del país» (crónica de Fernando Arellano).

¿QUÉ FIESTA ES ESA?

La Emperatriz termina de dar una corta pitada al resto del cigarro marihuano. La bacha caldeada, con la fuerza de la succión, se extingue entre sus uñas pintadas de negro. Se incorpora de la cama acomodándose las ubres, que por momentos escapan del kimono para mostrarse lecheras, grandes y rosadas. La vieja da la impresión de ser una vendedora de alfombras voladoras de Estambul.

La Moby Dick negra se levanta desde el mar de sus sábanas revueltas. Junto a ella, las yeguas apocalípticas retozan conspirando contra las artes plásticas.

Emperatriz escarba en su abundante melena. La ex matarife planea algún asalto territorial a la casa de un escritor enemigo. Después de pensar, hurga también en el armario de su alcoba y empieza a sacar suntuosas túnicas hindúes y un sinfín de ornatos para el cuello y el pelo, de esos que reserva para acompañar a su marido, año a año, al cierre del congreso de partículas biomoleculares en suspensión.

Despliega todo sobre la cama e impone a las yeguas la meticulosa labor de elegir algo que le siente bien para ir a cierta fiesta, a la que por fin ha logrado ser invitada.

—¿Qué fiesta es esa? —gimen las yeguas— ¿Por qué no invitas?

La vieja descorre entonces las persianas de la ventana y la abre eufórica, de par en par. Descuelga sus blanduras hacia la panorámica de la Plaza Italia y canta a capela un trozo del aria de *Norma*. Vuelve a cerrar las persianas, antes de que la gente comience a aglomerarse bajo su balcón. Enfunda sus tetas en el kimono, se acerca a las yeguas y hace un gesto operático, que le regresa a su rostro la sexualidad primigenia y pagana.

—¡Hoy cumple años Nelly Richard, y estoy totalmente invitada a la fiesta, por la bestia en persona! ¿Qué les parece, potrillas envidiosas? —dice triunfante.

No se sabe con certeza en qué momento Nelly Richard decidió darle forma a su trabajo de curadora independiente albergando una colección de arte contemporáneo en su propia casa. Pese a los peligros que la descomunal empresa implicaba, trabajó en ello con ahínco, por varios años. Existen referentes biográficos acerca de su llegada a Chile allá por los setenta, cuando apareció de manera imprevista en la portada de la revista de modas *Eva*, luciendo la moda otoño-invierno que reinaría en Santiago.

Según el diario de vida de Dolores del Río, la madre de Nelly se trasladó embarazada de ocho meses a París. Ahí alquiló por pocos francos un cuarto que había sido vestidor de una primera figura del Moulin Rouge. El lugar pertenecía a un judío ortodoxo sobreviviente de los campos de concentración nazis. Cuando la madre se instaló en *la chambre de bonne*, ésta aún estaba llena de cajitas de diferentes tamaños, muchas de las cuales fueron sombrereros o sirvieron para guardar hilos, alfileres, cintas o botones. Fue con estas cajas que Nelly empezó su afición por coleccionar *ready mades*.

Nelly trabajó un tiempo en una agencia de viajes y, luego, en el Museo Nacional de Bellas Artes. Ahí fue asistente personal del recién nombrado director Nemesio Antúnez⁵⁰.

⁵⁰ Ambos quedaron cesantes cuando el museo fue clausurado por uno de los bandos castrenses, en el que se consideró extremistas a las obras ahí albergadas. Veinte años después de este episodio, el presidente Patricio Aylwin reinstaló al ya marchito Nemesio en su puesto, ocasión que el artista milonguero aprovechó para expulsar del museo a las yeguas a la menor provocación. Como era de esperar, la oportunidad se dio por fin en una de las inauguraciones. Ocurrió que la Doña en manifiesto estado etílico se abalanzó sin prudencia, como era su demente costumbre, sobre el hocico centroamericano de Guayasamín, y el embestido ecuatoriano se transformó, frente a los ojos de la crítica especializada, en una compleja Pietá sadomasoquista. La enorme boca caribeña del pintor se vio pegada a la trompa de la Félix, momento sublime que Dolores bendijo juntán-

Después del golpe de Estado repensó su carrera de teórica. Una vez caído el crepúsculo sobre Santiago, la gala conspiraba contra la noche buscando en las tabernas aquellos artistas a los cuales poder inscribir en lo que ella se empeñó en llamar la Escena de Avanzada.

La apasionada mujer, en pleno toque de queda, registraba los basureros de las casas de los desaparecidos artistas en busca de pruebas fehacientes que le permitieran recuperar para sus manuscritos alguna historia del arte, que según ella —después del segundo Martini seco en la plaza del Mulato— se armaría desde el fragmento teórico. Así concibió Nelly *Cadáver exquisito*, una de las piezas de arte-instalación de Francisco Brugnoli.

A diario emprendía tenaz su búsqueda por las grietas de Santiago. En ocasiones se disfrazaba de la mujer espléndida de *El lugar sin límites*, y en otras de la perra amarilla de *El obsceno pájaro de la noche*⁵¹. Le interesaba todo lo que se diferenciara de lo tradicional. Pasaba largas horas en la calle mirando pedazos de madera arrimados a tarros oxidados con restos de látex o, en el peor de los casos, espiando al interior del gallinero de su parcela, donde Leppe, su asistente personal, ensayaba en secreto performances inspiradas en el *body art* camboyano, con la esperanza de que algún día Nelly escribiera sobre su trabajo.

Nelly recuperaba todo en su escritura, ya fuera observando a su asistente mientras revolcaba su descomunal gordura ante la cámara súper-ocho de Jaime Goycolea, ya fuera revisando durante semanas enteras las fotos donde Diamela se quemaba los brazos con cigarrillos. En algunas de estas instantáneas, la Eltit acosaba sexualmente a algún

doles más aún las cabezas, con el objeto de que la lengua equina cumpliera su obligación rastrera en la garganta del artista. En abierta acción de venganza, por ser arrojadas como bataclanas a la calle, Dolores y María se prendieron fuego a lo bonzo frente a las puertas del museo.

⁵¹ Poco antes de su muerte se vio a José Donoso, en compañía de Nelly y Dolores del Río, durante una recepción a escritores en la Embajada de Bolivia. El escritor, haciendo gala de su sentido del humor, llamó a Nelly a seleccionar la gente que los saludase. Entonces la bautizó como la Perra Amarilla.

vagabundo que le inspirara desconfianza.

La francesa se confabulaba cada vez más contra lo tradicional, y hasta azuzó a Raúl Zurita para que se cortara el pene. Lo dijo una tarde, cuando preparaba con Diamela la olla común para los artistas conceptuales.

—¡Masturbarse es obvio! ¡Lo sublime, Raúl, es el corte!

De todo esto escribía desde el alba, horario en que llegaba a su casa con un trofeo imposible, rescatado casi siempre del buzón de correos de Eugenio Dittborn. Las invaluable piezas se las entregaban a Cuñi, su fiel ama de llaves, para enmarcarlas y colgarlas en el recibidor. Los viernes por la noche inauguraba los objetos recolectados ofreciendo a sus invitados un breve cóctel, durante el cual la ansiosa anfitriona leía a la concurrencia un texto crítico sobre los hallazgos, que solo ella entendía. Luego, ya calmada por el impacto de sus palabras, invitaba a los presentes a bailar cumbia.

—Nelly jamás duerme —comentó Diamela a Dolores cuando las presentó en el imponente salón de la CEPAL⁵².

Ya inscrita definitivamente en la Asociación Internacional de Críticos de Arte, Nelly configuró muy pronto su propio círculo de amigos, a quienes recibía en su parcela de La Florida dos veces al año. La parcela estaba custodiada por Leppe y Manuel. Leppe, envuelto en vendas enyesadas, seguía buscando la fórmula para que sus performances encantaran a Nelly, y utilizaba las indumentarias precisas para amedrentar a cualquiera que quisiera entrar a robar las obras coleccionadas por su patrona.

En el continente, Leppe fue la premonición de la llegada descarriada de la estética gay. Charly, como llamaban a Leppe en el medio artístico, pesaba por lo menos cien kilos. Su panza inflamada la disimulaba cubriéndola con atuendos renacentistas copiados de la Gioconda. El sayal le

⁵² En este lugar, Nelly participaba de manera clandestina en un congreso de escritores latinoamericanos.

daba la apariencia sebosa de una momia diaguista colgada de un perchero.

Entre la gala y el cetáceo surgió una especie de afecto fetichista, fruto de la complicidad estética en torno a los objetos que recuperaban. Complicidad que al principio no fue bien vista por Javier, un estudiante de Ingeniería a quien Nelly conoció en París y con el cual se casó y tuvo dos hijos.

Cuando las obras ya eran tantas que resultaba casi imposible clasificarlas, Leppe se trasladó a vivir a la parcela de La Florida, instalándose en la casita de madera de los cuidadores, remodelada de acuerdo a los diseños de lo que luego serían las comunidades del arquitecto Fernando Castillo Velasco.

Inmediatamente, Nelly lo designó curador adjunto de la colección, encargándole la misión de ir disfrazado de perra amarilla a los vertederos municipales en busca de obras.

En una de estas expediciones, la gorda conoció a Manuel, el bien dotado masajista de los baños turcos Delicias. Lo reclutó como aprendiz, endosándole a su vez la misión de repartir los catálogos en las inauguraciones.

Manuel había tenido en su niñez un encuentro cercano con el trauma. Ocurrió mientras paseaba por la playa de Cucao, en Chiloé. Ahí fue abducido hacia el interior del *Caleuche*, donde permaneció nueve meses. Cuando Leppe se percató de su deformación congénita, pensó que su parecido con la obra de Mapplethorpe era razón suficiente para contratarlo.

Entre los vapores de los baños turcos, Manuel, Leppe, la Mariposa con Bototos (un agente infiltrado) y Juana la Loca se confabularon para falsificar los cuadros que luego ingresaron a la muestra permanente.

¡DURANTE EL APAGÓN ROBARON UN CUADRO DE LA COLECCIÓN!

Vestidas de alta noche, las tres gracias avanzan por el sendero que conduce a la casa. En las orillas crecen altas y ásperas unas higueras.

Apenas las ninfas entran a la explanada del jardín, ven mesas abarrotadas de licores y comida fría. Alrededor del banquete se mueven gráciles artistas de variedades. Algunos pintores esconden entre sus ropas obras rescatadas del vertedero Lo Errázuriz.

Cuando las yeguas y Emperatriz hacen su entrada, Nelly recién acaba de dar lectura a un nuevo texto, esta vez sobre el fulgor de lo obscuro.

Desde el portón de la parcela, las yeguas avizoran el tedio de Nelly frente a la también aburrida cotidianidad festiva de sus invitados. Había tratado inútilmente de medir las reacciones de los artistas conceptuales ante las conjeturas de su trabajo y las renovadas metodologías que empleó para seleccionar los flamantes *ready mades*. Furiosa por la apatía de la claqué, pide a Cuñi que ponga una cumbia.

La gigantona las ve entrar, auscultándolas a través de sus impertinentes anteojos italianos. Las observa acercarse impertérritas por entre las reseca higueras. Las presiente pasar trotando sobre las hojarascas, donde difuminada entre el vapor que sale de la tierra, el espectro de Matilde intenta infructuosamente escribir poemas.

Con discreción escucha los taconeos de las don nadie pisando las brevas maduras que por la mañana el viento norte arrojó al suelo. Las frutas habían caído desde lo alto de las higueras. Se estrellaron contra la tierra produciendo un lodo espermático, coagulado, que ahora se adhiere a los tacos de las comadronas y deja huellas estelares estampadas frente al gallinero, donde Manuel guarda los catálogos.

Cuando Leppe tiene a las debutantes a pocos metros de su volumen total, hace un gesto de mujer fina impactada, llevándose las manos al cuello y acariciando las perlas falsas de su collar de tres vueltas. Dos transexuales sesentones, recién operados en Argentina, se estrenan esa noche como mujeres de sociedad sobreactuando con falso pudor al ver a las yeguas. «¡Habrás visto! ¡Relinchos de yeguas en el parque!», comenta irónica una de las engañosas féminas. Leppe pide disculpas recalcando la vulgaridad de las visitantes y prometiendo que la situación jamás volverá a repetirse. En medio de las disculpas, Manuel se ofrece para acompañar a las operadas al gallinero donde, según él, podrán encontrar más información acerca de la muestra permanente.

Dolores, haciendo aspavientos de su ceñida figura, se acerca a la cotorra y le entrega el abrigo de nutria que Mía le prestó a última hora, justo antes de partir definitivamente a Nueva York. Fastidiado, Leppe lo arroja con asco sobre una silla. Dolores queda dispuesta para la fatiga que implica la vida cultural santiaguina. Suspirando acomoda a las líneas de su cuerpo el corsé que usara Liza Minnelli en *Cabaret*.

Emperatriz, sin saludar, se ubica desafiante en una esquina. Enciende un grueso puro y saluda con un mezuquino movimiento de mano a Raquel Olea, quien entra del brazo de Federico. Los siguen Diamela, Lotty Rosenfeld y Eugenia Brito⁵³.

La Doña se instala en el centro del comedor atiborrado de objetos encontrados, que cuelgan pendencieros de las murallas o simplemente se amontonan en algún rincón del espacio iluminado con fluorescentes rojos.

⁵³ Esta poeta cumple el designio de ser madre o hija de Diamela, según lo ameriten las cartas del tarot. El color verde olivo de su piel y la anorexia que simula para despistar al régimen, a menudo la transmutan en femme fatale de descontextualización histórica. Brito es quien organiza en secreto la candidatura de Diamela, autora de *Lumpérica*, al Nobel. Las reuniones para la postulación son efectuadas en el subterráneo del Jaque Mate. Con una tabla ouija invocan a Gabriela Mistral; el espíritu de la ya laureada maestra del valle del Elqui llega a la sesión en estado de ebriedad, negándose a dar los nombres del jurado.

Cuando la Félix está segura de acaparar todas las miradas, echa la melena —tirillenta de tanto cepillarla— a su espalda recién depilada. Junta un poco los hombros y mueve la cabeza hacia atrás, dejando caer de esta manera, con estudiada espectacularidad, la capa de Dracul con que se cubre. Al atavío se agrega también un regio tutú confeccionado con plumas negras de avestruz.

Nelly, en cuanto intuye la frivolidad de la Del Río, la convierte en oscuro objeto del deseo, usando triquiñuelas del *vaudeville* francés. Segura de conquistarla sin esfuerzo, representa para ella el papel de Colette, fingiendo ser heroína del Folies Bergère.

Nelly observa cómo la Doña estremece la cabellera postiza y desliza su capa rumana. La desprecia sin amedrentarse por el tutú emplumado, convencida de la rigidez de esa Pavlova de repostería. Sabe que la Doña no tiene ritmo en el cuerpo, que no es apta para la danza, e invita a Dolores a inaugurar el baile.

El despilfarro de Nelly alimenta las habladurías que desde el día siguiente comienzan a sucederse en la prensa. Primero, en una columna escrita por el periodista de sociales Alberto Fuguet, y luego en grandes titulares sensacionalistas.

Apenas suenan los primeros compases de la cumbia, Nelly empuja suavemente el cuerpo de Dolores. Una vez que toma la distancia necesaria, se desplaza alrededor de su contrincante estremeciendo seductora los ribetes de su falda.

Nelly circula cadenciosa por la periferia del cuerpo frenético de la Del Río, imponiéndole movimientos de anguila eléctrica. En el momento en que Dolores canturrea el estribillo y trata de tomarla por la cintura, la gala se planta estática, mirándola con sus ojos opacos. Le da otro leve empujón y emprende una carrera rítmica de pasitos cortos por la pista.

Nadie en el lugar celebra la complejidad de esa danza.

La menospreciada María Félix centellea odio mientras se colude con la Emperatriz, quien, como gárgola en la penumbra, amasa restos de esperma de vela para dar forma a una muñeca vudú con el rostro de Dolores, la que lanza a la pista cuando el baile está por terminar. En su desesperación, María se despacha una botella de ron de un solo trago. Con un colosal eructo arroja la botella vacía por sobre las higueras, derribando el fantasma de Matilde en el momento en que ésta termina de plagiar los versos ya plagiados del capitán. María recoge su capa tambaleando, y se dirige patichueca al lugar donde Emperatriz ha lanzado la muñeca.

—¡Maldita perra! —injuria la Doña al fante de cera, aplastándolo con el pie.

Un bombazo sacude la casa. La luz se apaga en toda la ciudad, como años después lo contaría Lemebel en una crónica. En el apagón mueren las pollas castellanas, asfixiadas por las operadas. Del interior de la casa sale bramando la elefanta, echando por la boca una especie de espuma, que en realidad corresponde a los restos de semen que tragó un mes atrás en los baños Delicias. Solo recupera el habla con una copita de oporto que le sirve Fuguet. Enseguida da un aullido desgarrador, copiado del coyote de Joseph Beuys:

—¡Robaron! —grita— ¡Robaron un cuadro de la exposición!

En los balcones del colegio, que dan a la calle de Las Encinas, se aglomeran en silencio unos cincuenta estudiantes. Los chicos, de edad púber, miran parapléjicos a las dos mujeres vestidas de negro que arrear con dificultad una yegua tordilla. El animal amarrado del hocico se deja llevar sin esfuerzo. En vano las profesoras tratan de llamar al orden. Y la directora, de apariencia augusta, plañe enérgicamente una campana en pro del regreso a la compostura.

Carolina Jerez abre paso a las yeguas con los sonos monocordes de su flauta travesa. La flauta resplandece mágica a la luz del mediodía.

Las notas de la «Marcha triunfal» de *Aída* se fusionan con el clac-clac de las herraduras sobre el asfalto. La otra mujer que arrea es Emperatriz, quien va cantando con voz de soprano.

Las rejas de acceso a la Facultad de Arte se encuentran clausuradas con gruesas cadenas. Varios universitarios encapuchados procuran que nadie ingrese a la universidad paralizada.

Entre los huelguistas, Nelly negocia el paso del caballo al interior de la casa de estudios. El animal avanza impertérrito por la avenida, bajo los balcones donde los estudiantes han despedazado sus cuadernos para arrojar papel picado. Es una lluvia de papel y aplausos secos, que cae sobre los cuerpos desnudos de María Félix y Dolores, las lady Godivas montadas en la yegua Parecía.

Dolores gobierna el freno al aferrarse a las crines. María, tomada a la cintura de la otra, acomoda las nalgas en la ancha grupa de la bestia de tiro, cuya gracilidad hace pensar que no carga sino un atado fresco de lechugas costinas.

Días y días llevan las violentas protestas exigiendo la renuncia del rector militar. A lo largo del territorio los jóvenes vociferan por el retorno a la democracia. Las manifestaciones dejan cientos de estudiantes heridos, a quienes la policía antimotines hace frente con bombas lacrimógenas y carros lanza-agua. Se sabe de la presencia de francotiradores apostados en los edificios más altos, y algunas fotografías captan infiltrados en plena manifestación: los llamados “rompehuesos”.

Los estudiantes quiebran por algunas horas el Estado de sitio, marchando por las avenidas principales, rompiendo vidrieras, escribiendo «No más» en todos los muros.

Los alrededores del campus están tranquilos al mediodía, cuando Nelly termina las negociaciones. Los huelguistas ceden y desbloquean la entrada. Un hombre barbudo, que parece ser el líder, queda impactado por la visión apocalíptica del caballo y sus desnudos jinetes. Con los ojos fuera de sus órbitas, ordena a los demás compañeros sacar las

cadena y abrir las rejas. La yegua Parecía hace sonar los cascos, da un corto relincho y salta sobre la barricada. Sobre la grupa, las otras yeguas tambalean.

Una vez dentro, continúan su marcha por entre las esculturas que adornan el prado. «Proceden», escribió Nelly Richard después en un texto inédito, «a re-fundar la Universidad de Chile».

Nadie pareció enterarse nunca de la verdadera historia de esta entrada triunfal de las Yeguas del Apocalipsis a la Facultad de Arte. El hecho se transformó en leyenda, y una de las versiones que circuló de boca en boca fue la siguiente:

«Dolores y María partieron desde el Parque Forestal, cruzaron todo Santiago hasta la calle Macul, luego doblaron a la izquierda en la avenida Las Encinas. Todo el trayecto lo hicieron montadas en un corcel blanco, desnudas. Iban precedidas de una caravana de elefantes y camellos traídos de El Cairo, a su alrededor danzaban odaliscas. Emperatriz y Nadia tiraban el corcel vestidas de bailarinas griegas, cantando canciones prohibidas por el régimen en idioma tailandés».

Otro relato, recogido por Jorge Montealegre y guardado celosamente por la señora Murakami en Japón, cuenta que luego de ser arrestadas por la policía secreta, las raparon con bayonetas, las castraron, embadurnaron sus cuerpos con brea y las cubrieron de plumas, para luego amarrarlas al caballo. Las mujeres que arreaban a la bestia fueron engrilladas por los pies. Las hicieron recorrer completa la calle Macul, hasta Las Encinas. De los balcones de las escuelas cercanas, grupos de estudiantes fascistas —pagados por el sistema— les gritaban putas traidoras. Sobre el corcel las divas lloraban. Al paso del caballo les arrojaron cubos con orines. Una de las poetas arrieras, con los pechos al aire, cantó la Marsellesa.

Mario Bellatin se enteró en Perú de que aquel caballo nunca existió y que las yeguas, por propia voluntad, entraron caminando a la Facultad de Literatura. En el interior, Nicanor Parra leía a los alumnos un

poema para despistar a las fuerzas armadas. Las yeguas, en esa ocasión, le mostraron al vate, por primera y última vez, las nalgas, agresión que Nicanor repelió con un artefacto.

Esa noche en el Jaque Mate, entre trago y trago, se desvirtuó la historia.

Abre la canasta y extrae el bastidor con el bordado. La tarde otoñal del parque filtra a través de las espesas nubes algunos rayos de luz, produciendo una atmósfera plácida. Dolores suele quedarse largas horas sentada en el escaño, estática, con el bastidor en la mano, solamente pensando en que borda. Imagina los flamencos del Jardín de las Delicias dibujados en punto cruz. Los flamencos rosas al ser ensartados por las picanas nunca lograrían volar fuera del bastidor. Para Dolores, estos pajaritos pespuntados, igual que ella, están dentro de una jaula. Recuerda cuando la vida era dulce, aunque ya no puede encarar con dulzura lo que le queda de vida⁵⁴.

Al quedarse así de quieta, logra detener la migraña y consigue recordar también aquella mañana en que despertó junto al cuerpo de Omara atormentada por los sueños. En la pesadilla se encontraba sola en el hall de la Comisión Nacional de Derechos Humanos.

Mientras fue alumna del instituto, todas las mañanas solía pasar frente a la Comisión. Ahí vio a las madres de los desaparecidos por primera vez. Se encontraban rodeadas de prensa extranjera, bailando la «Cueca sola».

Evoca asimismo cuando acudió, en compañía del palestino y Alicia, a dar la bienvenida a la ex primera dama, quien regresaba tras el exilio.

En la comisión habían preparado un acto solemne, al que asistieron todas las organizaciones de izquierda. Dolores reconoció entre la multitud, de lejos, a la viuda de Allende, que estaba de pie y cabizbaja, escuchando las palabras del orador. Las fotografías de la primera dama,

⁵⁴ *Short Cuts*, «Limonada», Raymond Carver, Anagrama, 1994.

así como las de su familia, habían sido quemadas en público, junto con cada libro donde hubiera mención de esas imágenes.

El amante palestino tomó a Dolores por la cintura y la levantó por encima de las cabezas aglomeradas.

—¡Para que veas mejor! —le susurró al oído.

A Dolores se le hizo imposible pensar en otro rostro que no fuese el de la viuda, resquebrajado y aún iluminado por las llamas del Palacio de Gobierno incendiándose.

El palestino fue arrestado esa misma tarde, durante una manifestación. Dolores nunca más lo volvió a ver. Nadie sabía dónde vivía ni quién era. La Del Río terminaría por creer que aquel romance solo fue fruto de su imaginación.

Resignada, lo olvidó.

En su pesadilla, Dolores recorre la casa donde estuvo albergada la comisión. Borroneados entre la cal de las paredes, percibe algunos rostros en busca de sosiego. Ante su pupila dilatada se abre un largo túnel, por el que flota hasta dar con un patio trasero inundado por marejadas. Al patio lo rodean columnas de madera podrida. En el centro el espejismo hay una pintura abandonada, con la firma de Guillermo Núñez. Es un óleo cubierto por decenas de gaviotas que intervienen la pincelada y rompen la tela con el pico. El rojo que demarca la herida de la composición se va tornando bermejo, aguado, descascarado. Cuando Dolores se dispone a espantar esos pajarracos, suena una especie de timbre desafinado y lúgubre, parecido al chirrido que en las películas de Boris Karloff produce la tapa del ataúd al abrirse. Dolores despierta asustada, abrazada al cuerpo de Omara, quien saca la mano de entre las sábanas y levanta el auricular.

Omara, cuyo verdadero nombre ha quedado para siempre en el olvido, volvió a tener sexo con Dolores solo en dos ocasiones más. Mientras dormían luego del último encuentro sonó otra vez el teléfono. La voz del senador sucumbía a una profunda depresión. Se sentía

solo, la prensa sospechaba de la relación y hacía alusiones mordaces a su persona y su refinamiento excesivo. Comentaba también, y esto lo alcanzó a escuchar claramente Dolores, que temía por su futuro político. Omara colgó; lleno de culpas abrazó a Dolores y así, llorando, la penetró. Sin haber conseguido acabar, desenfundó el sable del interior de la diva, prendió un cigarrillo y se quedó mirando el techo.

—¡Vete, por favor! —le dijo de improviso, con voz apagada. Por la noche el teléfono no dejaría de sonar.

«Fue mutuo», divaga Dolores en la tranquilidad del escaño. Los tiempos han cambiado. Ya es hora de establecer fidelidades. Se reacomoda en el respaldo y da una puntada imaginaria.

Una noche, Dolores entra al Jaque Mate bastante bebida. Luego de saludar a don Sergio, se aproxima tambaleando a la mesa donde Omara platica con un chico de ojos color miel, semejante a un héroe de caricatura japonesa. Ajenos ya, los ex amantes se enfrentan.

—¡No me llames Omara, por favor! ¡Mi nombre es otro!

Ahora trabaja en la campaña de “su amigo”, como suele llamar al senador. Se entera de su boca que la revista el *Trauko* ha sido clausurada. Omara cuenta, sólo por decir algo, que los españoles emigraron a Bolivia, donde fueron arrestados por contrabando de drogas, para luego ser deportados a España.

Toño vive en Madrid, se gana la vida como conserje de una piscina pública, agrega Omara displicente, sin que el dato parezca tener importancia para ninguna de las dos.

Como lo dicta la rutina incestuosa del Jaque Mate, las mesas están repletas. Muchos jóvenes, de pie en la barra, esperan acomodo vaciando sus cervezas. Nelly con la Doña y su capa de Dracul, elucubran los múltiples motivos que tuvieron los comensales de la fiesta para robar el cuadro. Más allá, seis hombres de edad madura urden planes para proclamar candidatos.

Nelly y la Doña sospechan del profesor. Él estuvo toda la noche inspeccionando las jaulas de los perros. Se supo que Federico, luego de husmear las casuchas de los animales y dar algunas apreciaciones sobre Roland Barthes, desapareció junto a Mía, al parecer en busca del baño. Momentos después se produjo el apagón. Según Nelly, el maestro tenía la coartada perfecta: después de regresar del sanitario, Federico se reunió con Raquel y discutieron brevemente sin alzar la voz. Sonrieron para no llamar la atención del resto de los invitados, pues para Raquel, reñir en público es de mal gusto. Se retiraron como a la una de la mañana.

Dolores le presta atención al silencioso chico que acompaña a Omara en la mesa. El chiquillo ni siquiera se molesta en mirarla, y Omara tampoco los presenta. La diva reconoce el rostro de la fotografía que encontró hace un par de años, dentro de un velador, al otro día de la fiesta en casa de los Traucos.

El flacucho se ve de dieciocho años, el mentón poblado de una suave barba en pleno crecimiento viril. ¿Quién era en realidad?

Pese a que la Del Río poco a poco va perdiendo la memoria individual, aún puede recordar acontecimientos de largo alcance, y entonces aparece en su cabeza otra situación, aquella fiesta del 14 de julio, él y Lapa sin invitación para entrar.

Cuando Dolores ya se está yendo, Omara atina a decir:

—¡Él es Yura! ¿Se conocen?

—¡No! —responde Dolores.

El Volkswagen escarabajo se desplaza por la congestionada avenida que ribetea el río hasta la Estación Mapocho. La edificación *art nouveau* toma el nombre del río, a cuya orilla se alzan los refinados perfiles metálicos. Los andenes que antes tuvieron capacidad para recibir ocho locomotoras, han sido recientemente remodelados y convertidos en centro de eventos.

El vehículo, conducido por Diamela, se estaciona a un costado de esta edificación construida a principios del siglo veinte. Su estructura fue atribuida a Gustavo Eiffel, lo que impidió que la demolieran. Por los alrededores hay olor a pescado y verduras frescas, provenientes del Mercado Central de abastos. De uno de los andenes de la estación partiría el último tren hacia la costa: los carros de carga repletos de cadáveres, hombres y mujeres fusilados en el hangar durante los primeros días del Golpe.

Diamela logra maniobrar por entre los demás autos y detiene el motor. Fatigada por el esfuerzo, prende un cigarro y mira con perversa complacencia, por el espejo retrovisor, las caras maquilladas de Dolores y María. Ambas habían estado horas en el baño, mezclando harina y crema para estucarse, peleándose los chongos de lápiz delineador, probándose todo lo que brillara en los roperos. En un momento, Diamela tuvo que quitarle a Dolores, a la fuerza, una bandera chilena. La loca la había arreado de una plaza pública para inventarse un pareo.

—¡Dame un cigarro, Diamela! —pide Lotty con voz ronca desde el asiento trasero. Su corpulencia se comprime entre las dos yeguas. Diamela y Lotty se miran como quienes comparten un secreto⁵⁵.

Una noche, burlando el estado de sitio, Lotty se había encorvado por primera vez sobre la avenida que está frente al Palacio de Gobierno. Con valentía intervino la línea blanca de la continuidad vehicular, utilizando una venda impregnada de gasolina. Luego de extenderla de

⁵⁵ Lotty Rosenfeld descende de una acaudalada familia judía, sobreviviente de Auschwitz. Siempre tuvo cuarenta años. Algo en ella se estancó para siempre el día en que sus padres celebraron su debut en sociedad; sentada entre sus amigas quinceañeras esperó a que alguien la sacara a inaugurar el baile. En vista de que ninguno de los cadetes presentes se atrevió, acaso amedrentados por el metro ochenta de estatura, fue su único hermano el que tendría que invitarla. A los segundos compases de Strauss, a Lotty la invadió el nerviosismo. Sobre ella se depositaban las miradas burlonas de las niñas de alta sociedad, vestidas de organdí hasta los talones. En uno de los giros, Lotty pisó a su hermano, y el uniformado, enfurecido y rojo de vergüenza, estuvo cojeando varios minutos. Estallaron las risas. El cadete la dejó sola en medio del salón. Lotty nunca más volvió a bailar.

lado a lado, la incendió para formar en el asfalto un signo más.

—¡No más! —gritó a quien pudiera escucharla.

En el asiento del copiloto está Nelly. Las Spice Girls observan impresionadas desde el interior del escarabajo la convocatoria de la fiesta del 14 de julio, organizada por la Embajada de Francia y planeada por la golfilla en el Jaque Mate, cuando la misteriosa mujer anotó en su agenda los nombres y direcciones de los sobrevivientes de la noche, los mismos que por el día entregaría al cónsul francés para elaborar una lista de invitados.

Frente a las puertas de la estación se reúnen los artistas retornados a la ciudad. Se codean, sin mirarse, en una larga hilera, tratando de entrar al recinto. La voz grabada de Jacques Brel, sumergida en acordeones parisinos, resuena en lo alto de las cúpulas cantando *La valse à mille temps*. Nelly decide esperar. Al igual que Diamela, no está dispuesta a hacer fila.

Aburrida de reconocer gente, la gala saca de su bolsa una petaca de escocés. Después de dar un trago, pasa la petaca a la parte de atrás del auto. De un zarpazo la Doña se apodera del licor, bebe la mitad y hace circular el resto a sus vecinas. Nelly sugiere que mientras esperan jueguen al juego de la verdad.

MIENTRAS CATALINA MIRANDA CANTA

Yura y Chañaral lo compararon con una lapa. Este parásito oceánico vive pegado fuertemente a las rocas, adhiriéndose por sobrevivencia a la piedra salada, mimetizado con el plancton. Sin moverse, la lapa depreda pequeños crustáceos, succionándolos. Lapa tiene veinticuatro años. Parece un náufrago en su piel charqueada. Grandote y fuerte, esconde sus ojos bajo la abundante melena grasosa, camuflándose entre las sombras de la vaguada capitalina.

Catalina Miranda termina de cantar *Yo te nombro, libertad*. La voz resistente, dura, impulsada por alegorías de Harlem, dificulta recordar los falsetes de las tonalidades más frágiles. Catalina está de pie, con los brazos abiertos, en medio de la improvisada tarima montada en el interior de la capilla de la Pastoral Obrera de Puente Alto.

La fuerza interpretativa de Catalina parece emerger, troyana, desde las fogatas en noche de protesta. Una vez terminada la interpretación, saluda al público varias veces. Son pobladores del campamento, feligreses de la capilla, seres alegres pese a sus precarias condiciones de vida. Se desordenan llevados por el inconsciente colectivo imperante en el territorio desmantelado, como una bandada de pájaros que se dispersan y se juntan en el vuelo, sin perder el rumbo, llevados por las letras de las canciones prohibidas. Cantan agrupados alrededor de las mesas, donde refulgen cabos de velas que enmohecen el ambiente. Catalina presenta a los músicos: su hijo Chañaral, y Yura.

La apariencia *new wave* de los músicos, copiada del cantante argentino Gustavo Cerati, contrasta con el look revolucionario a destiempo de los asistentes. El público inclemente pide la última canción. Catalina accede y canta *Venceremos*.

Mientras Catalina Miranda canta, una decena de mujeres traposas sirve vino caliente, aromatizado con clavos de olor, y empanadas y sopaipillas fritas, todo financiado con el dinero de las limosnas recolectadas en la misa dominical. La incansable Catalina, la bella Catalina del Frente Patriótico, alza un vaso brindando por el pueblo. Por ella los compañeros serían capaces de matar.

Fue el Lapa quien les aconsejó que se quedaran esa noche. Entre los asistentes a la peña corría el rumor de que los milicos habían reimplantado el toque de queda. Se especulaba, además, con unos jóvenes quemados vivos por la policía, la noche anterior, en las cercanías del aeropuerto. Esta información la había dado una de las mujeres que servía el vino.

De modo que duermen en la capilla del campamento. Yura y Chañaral extienden en el piso de cemento las frazadas de lana que les facilitó el párroco. Forman dos camas iguales, una al lado de la otra, y se meten vestidos. A unos metros, en el único colchón, se acuesta Catalina Miranda.

En la semioscuridad, Chañaral acaricia el pelo de su amigo, lo besa brevemente en la boca y simula dormir.

Una imagen lacerada de Cristo intranquiliza el sueño de Yura. La presencia del crucifijo lo deja despierto. Se cubre la cabeza con las mantas, dejando que el recuerdo entre en su vigilia. Ahí está nuevamente, de cinco o seis años, ovillado en las faldas de su abuelo.

Fue en Roma, el primer día de clases, cuando sus padres se acababan de separar. A instancias de sus abuelos lo matricularon en una escuela de curas que les quedaba cerca de casa, a unas pocas cuadras de la Plaza de San Pedro, pese a que ellos jamás profesaron la fe cristiana. Cuando entró al salón lo vio colgando, casi de su estatura, sobre el escritorio del profesor de matemáticas. Era el hombre clavado al madero, oliendo a sangre, dolorosamente llagado, descomponiéndose, coronado de espinas. Dio un grito convulso, que se contagió a los

cinco deficientes mentales del curso. Los deficientes saltaron desparvoridos desde los pupitres. Salieron en estampida, corriendo con Yura hacia la calle. Los curas lograron detener a uno que babeaba con los ojos desorbitados. Los restantes se extraviaron por las estrechas calles empedradas del Vaticano. Yura no paró de correr hasta su casa.

Ni en París ni en Moscú había visto nada semejante. En la Unión Soviética ni siquiera existía ese tipo de estatuas. En cuanto caía un rayo de sol sobre las cúpulas de San Petersburgo, su nodriza lo tomaba de la mano y juntos descendían a una pequeña plaza junto al Volga.

Se quedaban horas en ese universo blanco poblado de altos abedules, dando de comer a las palomas que revoloteaban a los pies de un busto sonriente de Lenin, a quien su nodriza veneraba con orgullo.

Yura, metido entre las mantas, recuerda cuando sus ojos de niño se enfrentaron al Cristo que entonces asoció con la imagen de un torturado chileno. Su abuelo narraba a menudo, al que quisiera oírlo en la sobremesa, cómo los torturaron a él y a su esposa en el campo de concentración de Tres Álamos⁵⁶. Contaba que a su compañera le habían destrozado la columna vertebral al pasarle por encima una motocicleta, manteniéndola amordazada, atada de pies y manos, mientras él era obligado a mirar. A Yura, de niño, nunca le asustaron estos relatos; más bien se entretenía preguntando una y otra vez los detalles, sentado en el solaz de las piernas de su abuelo. Otros testimonios los escuchaba

⁵⁶ El campo de prisioneros Tres Álamos estaba ubicado en Santiago, en la intersección de Vicuña Mackenna con Departamental. El sitio pertenecía originalmente a una orden religiosa, antes de ser vendido al Cuerpo de Carabineros con el propósito de construir un centro juvenil. En vez de ello se le agregaron murallas de cemento y alambrado de púas... En junio de 1974 se abrió como un lugar de tránsito para presos políticos del régimen. Tres Álamos asumió las funciones que hasta entonces tenía el Estadio Chile. Los principales edificios, convertidos en cocinas y otros servicios, los usaban oficiales superiores. Existían tres largos recintos adicionales, con dormitorios cuyas puertas desembocaban a un pasillo cubierto. Cada edificio tenía su propio patio a la intemperie. Había un edificio para hombres, uno para mujeres y otro para prisioneros incomunicados. Esta última sección era conocida como Cuatro Álamos. Los prisioneros llegaban a Cuatro Álamos después de ser interrogados por alguna de las agencias estatales de inteligencia; para sus familiares estaban en calidad de desaparecidos.

de boca de sus padres, o de los refugiados que de tanto en tanto llegaban con sus vidas destruidas a los edificios Vavilova. Venían cargando niños de su edad, que hablaban su idioma y le daban la esperanza de tener amigos. Pasaban unas semanas y se iban para siempre, perdiéndose en el mundo blanco de la Unión Soviética.

Pero en aquella oportunidad la imagen se presentó ante a él en toda su crudeza.

Esa mañana, en Roma, tardó varias horas en regresar a casa. Jamás volvió a hablar de lo ocurrido. Dos años más tarde, sus padres se reconciliaron y se trasladaron a Viena. Eduardo, el papá, había conseguido trabajo como traductor en las Naciones Unidas. El día previo a la partida, muy cerca de donde vivían, la policía secreta chilena había baleado a un matrimonio de apellido Leighton, amigos de sus abuelos.

De entre las sombras del cuarto aparece el Lapa. Yura deja sus pensamientos y lo observa desvestirse. Aprendió a ver en la oscuridad durante la época en que recorría Europa con sus padres, de un lugar a otro, a la espera de que se levantara el bando que les impedía regresar a Chile. Yura nunca terminaba de deshacer la maleta y ya estaba en el cuarto siguiente, analizando las sombras de los nuevos rincones, detectando desde dónde podrían aparecer esta vez los fantasmas. Era un apátrida nacido en la Unión Soviética, que también acabaría desapareciendo. Así acumuló recuerdos, un bricolaje de piezas de hotel, de *banlieues* de emigrantes indios, africanos y argelinos. Por doce años viajó con un pasaporte de la Cruz Roja Internacional, con una misteriosa letra L.

Yura siente la respiración de Lapa mientras éste se saca los calzoncillos mugrientos. Lo invade el perfume del macho joven que entra confanzudo a la cama de Catalina Miranda. La boca de Lapa se pega a las tetas de la cantante, las succiona como si fueran concholepas a depredar. Lo sorprende bajando hasta el ombligo y dando chupones. El cuerpo de Miranda se convulsiona bajo la saliva del molusco. Yura, desde su rincón, la ve abrir las piernas gruesas, carnosas, y siente el olor

a meao de la vagina mojada. Lapa muerde y penetra.

Repentinamente, el camastro deja de crujir. Chañaral aleja la mano de su pene y se limpia con las mantas. Yura olvida al hombre de la cruz, se voltea hacia la pared e intenta dormir.

Por la mañana, en cuanto se levanta el supuesto toque de queda, Chañaral y Catalina se despiden del párroco. Lapa se acerca cómplice a Yura, pasándole un brazo sobre los hombros. Lo acompaña hasta la calle.

Lapa le da un mordisco a la empanada de carne de caballo, una sobra de la noche anterior, y parece tragársela casi por completo. Con gesto amistoso saca un paquete de cigarros Camel y fanfarrón ofrece uno.

—¡No fumo cigarros! —dice Yura, malicioso.

Lapa se lleva la mano al bolsillo trasero de sus jeans desteñidos, y saca un envoltorio de periódico. Al mismo tiempo que masca y traga, despliega cuidadosamente el arrugado papel. Del interior extrae un cogollo prensado de marihuana.

Se lo regala a Yura, pidiéndole silencio con el índice derecho.

—Catalina me contó que te interesa ingresar a las Juventudes Patrióticas —le conversa al oído, casi pegándosele al cuerpo, de manera que Yura puede sentir el tufo a cebolla. —Si te interesa yo te puedo contactar. Tienes que pasar algunas pruebas primero —murmura, cerciorándose de no ser escuchado por nadie más.

A la salida del colegio, agazapado tras un poste de luz, Lapa espera a Yura. El encuentro es breve. Le da las siguientes instrucciones: mañana a las doce de la noche nos reunimos en tu casa, debes tener cerveza y comida para los compañeros, no puedes hablar ni preguntar nada hasta que se retiren. Dicho eso, parte al encuentro de una de las jóvenes que salía de clases. La besa en la boca y se alejan tomados de la mano hacia la parada del autobús.

A las doce y media de la noche arrojan un pedrusco. Yura mira desde el segundo piso y ve tres encapuchados camuflarse en la penumbra

del antejardín, cerca de la puerta de entrada. Baja a abrir. Cuando está frente a ellos, hace un gesto torpe de saludo, invitándolos a pasar. Esa noche, como todos los sábados, su madre ha salido a cenar al sector Bellavista, en compañía de sus amigas retornadas del exilio, y como generalmente lo hace, llegará tarde. Yura los guía hasta el segundo piso y ahora sí logra reconocer al Lapa, quien de inmediato se encarga de registrar la casa buscando probables infiltrados. Los demás no tardan en abalanzarse sobre las cervezas en lata. Uno de los encubiertos, de estatura considerablemente baja, casi un gnomo aferrado a su marmita de oro, reclama y gruñe porque la cerveza está tibia. El Lapa sube al dormitorio con toda la comida que pudo encontrar en el refrigerador. Antes de irse le entregan a Yura una capucha, un spray negro y una bandera del Frente Patriótico, más un sobre cerrado con la frase que debería escribir en los muros de su colegio.

Yura escribe «No más». Cada fin de semana llegan los encapuchados con una nueva frase. El ritual se repite. Le entregan el sobre, beben cerveza y se marchan. En el intertanto se ponen de acuerdo para asistir a las marchas que comienzan a ser comunes en las calles de Santiago. Yura logra reclutar a tres compañeros de curso, pero muy pronto desertan, pues los rayados deben realizarse los sábados, día en que por lo general se efectúan en Santiago varias fiestas por noche. De puño y letra de Yura, se van llenando los muros del sector oriente: «Muera el tirano», «El pueblo vencerá». A Yura las frases panfletarias lo empiezan a aburrir y siente la necesidad de otro tipo de activismo. Lapa le cuenta que ha renunciado a las Juventudes Patrióticas para formar su propio movimiento anarquista.

—Ya contacté a una de las yeguas. Y a Emperatriz, una poeta de la Plaza Italia —confiesa.

Yura, feliz, acepta su nueva enmienda revolucionaria. Se alegra de no tener que seguir levantándose a las cinco de la mañana para pintar muros. Según dice Lapa, la noche del 14 de julio, día de la indepen-

dencia de Francia, se reunirán algunos anarquistas para boicotear la fiesta de la Estación Mapocho.

—¡Yo tengo una pregunta para Lola! —dice Diamela tratando de mirar la reacción por el espejo retrovisor—. ¿Dónde están, maldita, los pantalones plateados que te mandé a coser?

En vano espera respuesta. Cuando voltea para encarar a Dolores, las rateras ya no están en el auto.

Las yeguas caminan como si estuvieran en *Sunset Boulevard*, desde el aparcadero hasta las triunfales puertas de la Estación Mapocho. Dolores del Río respira asmática y neurasténica dentro del sari hindú color oro. En la cabeza rapada luce, adheridas con pegamento, espigas de trigo plateadas y pedrerías acrílicas multicolores.

María Félix, fumando de una larga boquilla de carey, lleva puesto un vestido futurista, largo, de terciopelo rojo. Sobre su cabeza parece volar un gran faisán disecado, con las alas extendidas, que la loca en el delirio de una descomunal competencia *fashion* se puso en la testa a modo de sombrero (la apolillada ave la había robado durante una visita guiada al Museo de Historia Natural).

Lapa aborda a Dolores en el momento en que ésta se dispone a entrar.

—¿Tienes una invitación que me regales, Lolita? —dice con voz sensual.

La divina mira por un instante al chico que acompaña a Lapa.

—¡Qué lindo hombrecito! —dice a modo de respuesta—. ¿Quién es? —agrega, acariciando la mejilla del chico.

—Es Yura...

—¡Yo no necesito invitación! —dice altanera, y coge a Yura del brazo. Con él entra a la fiesta.

Dolores se siente inmersa en un mar de Moët & Chandon francés. Avanza por entre las gentes saludando con aires de alteza. Se suelta del

brazo de Yura como un volantín de seda que se desprende de las manos de un niño, volando hacia el cielo.

Baja las escaleras, como si volviera a representar *La malquerida*⁵⁷. Sube cada peldaño, intensa, hasta llegar al andén donde la orquesta toca *La vie en rose*.

Alguien le ha puesto una copa de champaña en la mano enjorada; con ella entre los dedos recorre el interminable pasillo humano que se abre a su paso. Despliega su encanto inigualable a beneficio de la cámara que la identifica⁵⁸. Bebe la champaña riendo fácil, descarada, y en ese preciso instante se desploma.

Entreabre los ojos pegoteados por el rímel deshecho de las pestañas, se acomoda entre las sábanas y vuelve a acurrucarse al cuerpo caliente y desnudo que está a su lado.

Pega las narices a esas espaldas masculinas, aspirando el olor ácido a trementina. Sin abrir los ojos toca la piel áspera, deslizándole las manos por los hombros. Luego se incorpora.

—¿Dónde estoy? —dice— ¿Y la fiesta?

No se atreve a reconocer al hombre que yace boca abajo junto a ella, cubierto totalmente por el edredón blanco. Sigilosa sale del lecho, procurando no despertar al desconocido con el que seguro pasó la noche. Trata de encontrar sus calzones. ¿Y el sari? Nada, por ninguna parte. El hombre, sin despertar aún, se da vueltas en la cama intentando abrazarla. Dolores encuentra tirada en el suelo una camiseta blanca, quizá es del sujeto dormido. La recoge y se la pone. Del clóset descuelga unos pantalones y con ellos se viste. De sus zapatos, ni rastros.

⁵⁷ Película del siglo de oro mexicano, dirigida por Emilio «el Indio» Fernández.

⁵⁸ Así la describió el escritor mexicano Carlos Monsiváis en una crónica. «Dolores del Río: la aparición en el edén nativo»: «Una mujer de buena sociedad tiene la obligación de convertirse —no con esas palabras, sí con ese sentido— en una obra de arte. Para conseguirlo, Dolores estudia danza, aprende francés (entonces el idioma imprescindible) y maneja el don de agradar. Desde su niñez ella es una “dama”, la categoría del señorío y la distinción».

Debajo de la cama saca un par de zapatillas blancas, que le quedan algo grandes, y se las calza.

Con la cabeza reventando por la migraña, abandona el cuarto: el espacio le parece familiar. Con los ojos aún nublados por el sopor de la resaca, divisa al fondo del jardín otro cuarto, rodeado de hortensias secas, arrancadas de raíz por los perros. Todo se antoja deshabitado. Estoy soñando todavía, se dice a sí misma. Entra a la casa, que se ve sucia y desangelada. Dentro no hay más que fardos de revistas el *Trauko*, periódicos tirados y fragmentos de muebles rotos. Se sienta en el suelo, frente a la salamandra aún con restos de fuego. Junto a las herramientas para atizar encuentra uno de sus tacos y su vestido de noche.

—¡Todos se fueron hace un año más o menos! —oye decir a una voz ronca.

Vicho está parado a contraluz, en el dintel, desnudo por completo.

—¡Solo yo me quedé! —dice, sonriendo con dificultad—. El contrato de renta caducó y ya tengo que entregar la casa.

—¡Toma! —le dice Dolores pasándole su sari—. ¡Cúbrete que hace frío!

Vicho se envuelve con la tela y se acucilla junto a ella. Por la posición del cuerpo, su sexo queda colgando de tal forma que el prepucio parece tocar el suelo, como una callampa o un rábano rosado que brota al revés, después de la lluvia. Así, Vicho toma las revistas tiradas y las arroja a las brasas.

—¿Sabes qué hora es? —pregunta Dolores.

—Como las tres de la tarde —responde Vicho.

—¿Qué pasó anoche? ¿Cómo llegué aquí?

—Yo te traje después de que te pusiste una sobredosis de mescalina mezclada con champaña.

—¿Hicimos el amor?

—En el estado en que estabas no podías.

—¿Quieres hacerlo ahora? —balbucea Dolores alargando las manos hacia el fuego.

—No. Se acabaron esos tiempos —responde Vicho.

La mesa donde se encuentra Nelly Richard se va poblando de individuos que colaboran con nuevas hipótesis sobre el robo del cuadro. Ella incentiva las especulaciones al confesar que el cuadro había sido pintado por Juan Domingo Dávila, o Juana la Loca, como era apodado en el Jaque Mate. Don Sergio acerca una silla para que se siente la Emperatriz, quien una vez acomodada, comienza a conspirar. Pide un whisky doble para ella e invita uno similar a la Doña.

Omara se para sorprendidamente.

—¡Tengo que irme! —dice sin mediar explicaciones.

—¡Yo me quedo a terminar mi cerveza! —responde Yura, a modo de despedida. Lo dice sin levantar la vista del mantel.

—¡Adiós, Lola! —prorrumpe Omara, parco.

Omara cruza el atestado establecimiento con dificultad. Don Sergio entorna apenas las mamparas para que salga. Se esfuma para siempre, en la noche.

Yura, empujando el jarro de cerveza, clava su mirada en Dolores, mientras con la mano izquierda se limpia el resto de espuma que queda en la comisura de sus labios.

—¿Te gusto? —la encara lascivo, midiendo la reacción e impostando la voz, tratando de aparentar más años de los que en realidad tiene.

—¿Qué onda tienes con Omara? —pregunta Dolores.

—¿Te preocupa? ¡Pues bien, tomamos ácidos y me lo fornico una vez a la semana desde que tengo quince años!

Yura lo dice sin gesticular, mirándola fijamente, buscando una reacción de asombro.

—¡Ahora estoy en pleno bajón! —comenta fanfarrón, antes de que Dolores logre abrir la boca— ¡Una cogida me vendría bien!

—Eres muy joven, cariño, tal vez cuando crezcas. ¿Y ya pensaste en

qué vas a hacer cuando seas grande? —Dolores dice esto para fastidiarlo, incorporándose rápidamente.

Circulan un rato de mesa en mesa hasta que ve a Yura marcharse. Entonces se sienta junto a Emperatriz. La conversación sigue girando en torno a la desaparición de la pintura; alguno sospecha de Lotty.

LA CONQUISTA DE AMÉRICA

La enana se cerciora por última vez de que todo está en orden. Chequea la perfecta disposición del mapa de América Latina cubierto por vidrios rotos de coca-cola. Mira a Dolores y a María, inmóviles, sentadas en un taburete frente a la cartografía dibujada a mano alzada, en enormes pliegos de papel blanco. Están descalzas, desnudas de la cintura para arriba, cada una con su walkman adherido al pecho, como un corazón taiwanés sujetado a la piel por cintas adhesivas negras, de esas que se ocupan para aislar la corriente eléctrica de los cables pelados. Las invade una música silenciosa, muda, compuesta para sordos.

Sobre sus regazos parecen dormir dos pañuelos blancos, los cuales sostienen por uno de los extremos.

Cuando todo parece listo, Mirna mira la hora en su reloj de pulsera.

—¡Las doce del día en punto! —dice, y solo entonces abre las puertas de la comisión.

Diamela, Nelly, Federico, Raquel, Emperatriz, Lotty, entre otros artistas de renombre en los círculos conceptuales, entran en orden al salón central y se van ubicando frente al mapa que cubre casi todo el piso. Los convocados se instalan ahí, en el suelo, como si estuvieran en una singular playa frente al mar.

Mirna, que así se llama la enana, siempre ha sido un ser solitario, herido por una pena desconocida que solo deja entrever durante las noches del Jaque Mate, cuando lee a Dolores o a María, por separado, sus poemas. Trabaja para Pía organizando los talleres literarios o sirviendo como *babysitter* de la pequeña Abril. Mirna no es fea, sino más bien rara, introspectiva. Tiene la capacidad de desaparecer entremedio de las rencillas constantes de los escritores, y de reaparecer inquisidora ante la menor contradicción de la Doña, recordándole los sucesos am-

nésicos de sus diarias borracheras. En esas ocasiones la arrastra como un bulto hasta el escaño del parque. Se sienta junto a ella, como si fuera un psiquiatra, apuntando todo cuanto la parca ha dicho en su *delirium tremens*. Pacientemente espera que se despierte y se reponga. Mirna es su confidente y conoce sus secretos inabordables, incidentes que María olvida y que, al resurgir en breves representaciones titiriteras, hacen que Mirna frunza el ceño y dude de su veracidad. Algunos los apunta en una agenda de recordatorios, usando el sistema braille y un narrador omnisciente, con la convicción absoluta de que la Doña será famosa algún día, y que Mirna podrá publicar todo eso para perjudicarla, para vengarse de la altanería indolente que muestra ante su diminuta estatura. Será ella y nadie más quien la devolverá al pasado hasta empedreñecerla, sin dejarle otro destino que el circo⁵⁹.

La tarde anterior a la performance en la Comisión Nacional de Derechos Humanos, Raquel Olea había invitado a Emperatriz a tomar té en su casa, ubicada en el barrio alto de la ciudad, con el propósito de comentar las posibilidades del libro que pensaba escribir sobre escritoras chilenas contemporáneas. Emperatriz pidió a Dolores que la acompañara. Estuvieron puntuales, desafiando la costumbre de la Emperatriz de llegar siempre retrasada una o dos horas.

Clemencia abrió la puerta y las hizo entrar en el recibidor; casi enseguida, Raquel bajó las escaleras. Los tonos pasteles de su liviano vestido de algodón los había combinado con joyería pesada de plata, repartida con sobriedad en pendientes, anillos y pulseras, encajando perfecta con la armonía burguesa de la casa.

Emperatriz presentó a Dolores como una poeta de buena pluma.

—¡Encantada, Dolores, de tenerte en casa! —dijo Raquel con voz modulada, el timbre perfecto y cierto aire británico— ¡Emperatriz me ha hablado muy bien de ti, de lo talentosa que eres!

⁵⁹ Esta estrambótica idea se le ocurrió después de ver la película *Fenómenos*, de Tod Browning.

Dijo eso mientras las encaminaba al *living room*, amoblado con cuatro poltronas antiguas sobre una alfombra persa.

El sobrio ambiente estaba iluminado por pequeñas lámparas Tiffany, que se distribuían en mesillas laterales abarrotadas de retratos de familia. La sirvienta apareció por una de las entradas de la sala con la bandeja de té, la que depositó sobre la mesa de centro doblando graciosamente las rodillas.

—¡Gracias, Cleme! —dijo Raquel, sin mirarla.

Tomó de la bandeja una de las delicadas tazas de porcelana y de la tetera de plaqué vertió el brebaje. El líquido negro, perfumado por un ligero olor a cáscaras de mandarinas y cardamomo, aromatisó la habitación.

—¿Quieres uno o dos terrones de azúcar, Dolores?

—Dos terrones, por favor.

—¿Una nube de leche?

—¡No! —contestó, aprendiendo de memoria cada uno de los modales de la buena compostura.

—¿Así es que eres alumna de Federico? —prosiguió Raquel, haciendo sonar suavemente sus pulseras mientras pasaba la taza de té. Dolores recibió la taza sin atreverse a probarlo, como si ese día recibiera un preciado tesoro que no estaba dispuesta a compartir.

—¡Sí! —respondió— Estamos estudiando a Walter Benjamin.

—¡Qué bien, querida!, aunque me parece algo anticuado como teoría. ¡Digno de Federico! ¿No es así, Emperatriz?

Raquel repitió el mismo rito del té con Emperatriz, cambiando de tema para proseguir hablando sobre su proyecto de escritura, en el cual pretendía incluir *Huellas de siglo*, uno de los libros de poemas de Emperatriz, y otro de María Eugenia Brito. Solo interrumpió el tema para ofrecer unas doradas galletas *Langues de chat*.

La tarde transcurrió sin novedad. En el momento en que se despedía, Dolores aprovechó para entregarle la invitación a la performance.



La Conquista de América, 1989. Fotografías Paz Errázuriz.

«¡La conquista de América!», leyó en el sobre Raquel Olea, en voz alta.

—¡Ten, linda, la seguridad de que asistiré! —La besó en ambas mejillas a modo de despedida.

Federico es el último en entrar. Tras él, Mirna cierra la puerta. Los convocados se quedan inmóviles, silenciosos, expectantes ante la iconografía planeada frente a ellos. Las yeguas parecen estar y no estar, se ven estatuarias, sentadas en la latitud norte del mapa, como Fridas Kahlos unidas por el silencio de sus walkman. Federico intenta prender su pipa, pero ante un gesto severo de Nelly desiste, manteniéndola apagada y dejando que cuelgue de su boca. Esa misma mañana, durante el desayuno, Raquel le había pedido la separación. Se lo había planteado calmadamente, sin alzar la voz, como si se dirigiera a los auditores de la Radio Tierra en la que había empezado a trabajar como conductora de un programa de crítica literaria feminista. No le dio razones; tampoco hacían falta.

Dolores y María se levantan de su asiento, se toman del brazo y dan una primera vuelta sobre el territorio dibujado. Los pies parecen hundirse entre los filosos vidrios repartidos en la superficie.

Apenas terminan de ejecutar el primer pie de cueca, Dolores y María abandonan cojeando la comisión, sin decir palabra. El resto de los asistentes sale tras ellas con diferentes rumbos. Diamela se queda sentada un momento más en las baldosas. Brito la ayuda a incorporarse. Juntas salen a la calle. Cuando todos se han marchado, Mirna saca los vidrios del mapa y procede a doblar cuidadosamente el papel ensangrentado.

TERCERA PARTE

TANTA AGUA TAN CERCA DE CASA⁶⁰

Dolores busca en la leñera varios palos de madera de eucaliptos secos y los deposita en el socavón de piedra de la chimenea. Los dispone sobre un colchón de ramitas delgadas, hace varias bolas de papel de diario y las introduce entre los leños. Raspa el fósforo contra la caja y acerca la llama azulosa y oscilante a los papeles que prenden tranquilamente. La flama poco a poco toma fuerza produciendo suaves crujidos. Los leños se dejan invadir sin resistencia por el fuego. Dolores se calienta las manos. Cuando el fuego ya está radiante, abre de par en par los ventanales de la sala que da prácticamente sobre el mar. Con esfuerzo, venciendo la fatiga y la fiebre, arrastra uno de los dos sillones que enmarcan la chimenea hasta dejarlo en medio del ventanal abierto, frente al océano.

Hace unos minutos que el mar ha empezado a retirarse, como un emperador que explaya su capa. Dolores se sienta ante el paisaje oceánico del Pacífico Sur oscurecido por la tormenta. Así se mantiene, de espaldas al fuego que ahora arde con estridencia de astillas que se consumen o salen disparadas como pequeñas luciérnagas, para morir extinguidas sobre la alfombra.

Un nuevo temblor remece la casa. Se hunde complacida en el asiento y ve las primeras rocas de la playa desnudarse del agua. Según las noticias que Dolores alcanza a escuchar en la radio, antes de que se fuera la luz producto del primer terremoto, el mar se recogería durante una hora.

—¡Una hora! —pensó—. ¡Aún tengo una hora!

El frío aire del océano entra con más fuerza a la sala ya repleta de ruidos marinos y ecos de objetos que se caen y rompen en todas

⁶⁰ Raymond Carver.

partes. Prevé que la foto donde ella y Yura están parados en lo alto de la pirámide de Teotihuacán, se precipitará desde el friso de la chimenea. Se imagina la escena de una pareja de enamorados arrojándose al abismo, confundiendo sus carnes descuartizadas por el final pedregoso del despeñadero. Un nuevo temblor sobreviene, más bien un vaivén ondulante, como ese movimiento que realizan las madres para hacer dormir a sus bebés. La foto esta vez no opone resistencia y, en un extraño brindis, cae casi al mismo tiempo que la botella de champán.

La botella queda intacta.

Dolores no se voltea. Sigue mirando, absorta, lo que surge desde la arena, un valle entero abriendo para ella sus secretos. Ahí está el abismo con el cual soñó por meses, en medio de la fiebre y los retortijones, presintiendo la vacuidad frente a la casa, siempre chorreando agua, como un trasatlántico al revés que llora y emerge desde el fondo del mar para estrellarse contra la superficie.

Se habían trasladado a la casa de Las Cruces en cuanto regresaron a Chile. Volvían de México, donde ella y Yura viajaron en busca de una cura para el cáncer. La enfermedad llegó sin aviso, sin síntoma ninguno, y comenzó a usurparla de un día para otro. Cuando encontraron la casa la rentaron de inmediato.

A Dolores del Río, la ubicación de la vivienda veraniega le recordó los páramos de West Yorkshire, de la película *Cumbres borrascosas*; imaginó el fantasma de Catalina Earnshaw penando desesperada tras Heathcliff, por entre los despeñaderos del paisaje.

La doctora de Dolores, Paola Guerrero, fue quien les recomendó ese clima benigno.

—Es lo ideal para resguardarse del invierno capitalino —les dijo.

Mientras auscultaba el tumor, tratando de medir las posibilidades de su crecimiento, la doctora comentó:

—Ahí podrás terminar de escribir tus memorias, Lola.

Cuando el final fue inminente y se intensificaron los dolores, de-

bió usar morfina. Yura era el encargado de ir una vez por semana a Santiago, ocasiones en que tardaba varios días consiguiendo el dinero para la dosis. Él mismo la inyectaba antes de que los gritos desgarraran el alba. Y luego ella, magullando de placer, le pedía: «¡Yura, date un piquetito... uno para ti y uno para mí también!».

Luego se quedaban abrazados, compartiendo los sueños. Rara vez hacían el amor.

Desde el primer diagnóstico, Dolores se negó a los tratamientos de quimioterapia; en cambio recorrieron toda la sierra mexicana de Tepozteco en busca de curanderos que atenuaran la invasión de la enfermedad en su garganta enconada⁶¹.

⁶¹ Fragmento del Diario de vida de Dolores del Río:

«Siento el hechizo, yo embrujada por los chilenos, esos bandidos, brujos codiciosos y asesinos; me tienen embrujada, hechizada, mal de ojo de esos traidores. Lo siento en el cuerpo, me duelen los huesos y me falta oxígeno, todo va mal y el maleficio lo consume todo, es la sal, me tiraron sal y salada no puedo, respirar no puedo, el asma traba mis pulmones, me siento enferma.

El cirujano plástico me dice: “Lola, ¿por qué no vas a ver a don Fidel?, es el mejor curandero de México, el mero, el granicero aquel que le cayó un rayo cuando niño. Le cayó en la cabeza y controla el clima. Hace llover como los antiguos mayas, a cántaros hace llover. El granicero vive en el camino de Amatlán”.

Insisto en que me siento mal, sirena deforme, fantasma, tripulante del *Caleuche*. Deforme me veo. Imbunche, cocido por fuera, orificios tapados, pienso, cosieron un sapo con mis pelos, le taparon la boca, le desgarraron el ano a puntadas, fueron chilenos, todos los chilenos con sus rituales de secta. Se juntan en las noches en los estadios, se organizan en barras para dañar, practican magia negra dirigidos por machis. Me salaron, algo hicieron, pues me estoy mordiendo por dentro, me afebros y sucumbo a mi mala suerte.

Yura y yo emprendemos viaje por un camino de terracería incrustado en las laderas del Tepozteco. En el camino nos detenemos a preguntar por las señas del chamán, primero a una niña que carga un fardo de leña, luego a otra que regresa a su casa después de trabajar en la milpa, y así, hasta que dimos, hasta que llegamos a un caserío cerca del pueblo de Amatlán de Quetzalcóatl.

Yura estaciona al auto frente a una casa de adobe recién construida. La casa se ve vacía; encaramada en una loma, domina el valle. Una perrería de chiquillos nos recibe mentándonos la madre. Un hombre andrajoso de unos cuarenta años sale de la casa y acalla a los perros; sin preguntar nada nos dice que don Fidel nos va a atender de inmediato, que pasemos. Entramos a un cuarto lleno de velas encendidas; al fondo de la pieza hay un altar con la imagen

Don Fidel, un chamán mazateco, les recomendó el cuachalalate⁶². Dolores lo comenzó a ingerir por vía oral, en gotas, siete veces al día. Yura también solía aplicárselo en forma de cataplasmas en la zona del dolor. Esto, más el tratamiento con «niñitos» o «pajaritos», como lla-

de la Guadalupe rodeada de flores, hierbas curativas, bálsamos y demás objetos propios de la santería. En un brasero humea el copal, impregnando el aire de aromas antiguos. El viejo chamán, casi ciego, está sentado en una silla frente a una mesa llena de pócimas y huevos frescos. Parece que ha tomado mucho mezcal, pues su voz se escucha cortada: borracho como está ni madres me limpia; su habla casi inaudible a ratos es náhuatl. Me pregunta a qué vengo, me mira difusa y me dice estás salada, Dolores, verdad, yo te voy a enseñar a desalarte. Acércate, mira, esto es sal, la gente la desprecia, pero es muy valiosa; hay que tenerle respeto y hacerla tu aliada. No es grave lo que tienes, ahorita te lo vamos a quitar.

Don Fidel aleja de sí la sal, toma unas ramas de limpia compuestas de albahaca, romero y otras plantas aromáticas, las introduce en una vasija de barro, las impregna de un líquido perfumado a flores de naranjo y otros aromas que no distingo, luego ora en torno a mí, pide a sus dioses y yo me siento mejor. El curandero inspira tranquilidad, me azota suavemente con el manojo, el líquido salpica mis costados, y yo miro a la Guadalupeana y pienso en el daño. Don Fidel toma de la mesa un huevo, lo pasa por todo mi cuerpo murmurando viejas palabras de conjuro, luego lo rompe en un vaso: el huevo está lleno de sal. Ya terminamos, muchacha, me dice, yo ya estoy viejo para estas limpias, pero en mis tiempos fui el mejor. Hace pocos días, curando una mula, la malagradecida me pateó la cabeza y me dejó así. Y yo pensando en que era el mezcal. ¿Quién te envió?, pregunta don Fidel. Luis, le respondo. ¡Ah!, yo lo estimo mucho, pero hay algo en mi corazón que no lo quiere. Acá llega a platicar conmigo, a preguntarme de tal o cual hierba, y no entiende que es el corazón quien las encuentra, yo de niño recorría el campo y solito sabía para qué servían, ahorita ya no puedo salir a buscarlas, mi ahijado que está aprendiendo a curar me las trae, le enseño para qué son buenas, en fin, anda con Dios, Dolores, recuerda que la magia está en uno, uno es el dueño de su destino, estas son solo hierbas, unas buenas, otras malas y todas sirven para algo, si necesitas algo más ven a verme, yo siempre estoy aquí, no voy a ninguna parte, si regresas te voy a preparar un meo de yegua blanca para la buena suerte.

Yura y yo regresamos a la casa que nos prestó Arturo del Pozo, tomamos una taza de té en silencio y nos dormimos temprano, pensando en quedarnos algún tiempo en este pueblo; las ciudades nunca nos han gustado demasiado.

Rentamos una casa, es de adobe y tiene ese aire de las casas patronales chilenas. La huerta está llena de árboles frutales, aguacates, naranjos, mandarinos y guayabas. La vivienda colinda con el pequeño cementerio del pueblo; a veces, de noche, escucho las almas de los viejos toltecas tocar sus caracolas para pedir lluvia a Tláloc. En este vaho de fantasmas siento los viejos concheros detenidos en el tiempo, ejecutando sus danzas rituales, siempre llamando...».

⁶² Corteza de árbol que al ser destilada produce una tintura rojiza.

maba Sabina⁶³ a los hongos curativos, detuvo el avance de la enfermedad por cerca de un año. Pero cuando Dolores ya creía estar curada, comenzaron a brotarle minúsculos sarcomas en la espalda.

—¡Soy un vaso órfico! —dijo, cuando decidió regresar a Chile.

La Del Río prende un cigarro, suelta una larga bocanada y se cubre sin sentido alguno los hombros con el rebozo de seda que le regalara Miriam antes de volver. El viento salado le amorata los labios, embalsamándolos, dejándole una leve costra yodada en el bigote, que acrecienta su parecido con Frida Kahlo.

Está sola una vez más. Yura partió de madrugada a Santiago. Lo hizo antes del primer terremoto. Fue en busca de morfina.

No, esta vez no regresaría. No alcanzaría a verla por última vez. Seguramente los caminos ya están cortados. Todas las casas vecinas ya fueron evacuadas. Solo queda Dolores frente al mar, viendo cómo el océano se repliega. Una hora, se dice, nada más eso va a tardar la resaca de la ola en descubrirlo todo, para en segundos volver a arropar lo expuesto.

Las cortinas se mueven furiosas con el viento, emulando banderas piratas que vuelan ciegas en la habitación, collarejas ciegas desgarradas de raíz.

Dolores sonrío.

Imagina a Yura manejando el viejo Mercedes Benz a 120 kilómetros por hora, carretera del Sol, camino a Las Cruces.

¿Cómo transmitirle a la distancia que ya no duele?

Recuerda la primera cita con él, cuando Yura, al otro día del encuentro en el Jaque Mate, la llamó por teléfono. Se juntaron en el parque.

Yura pisa a fondo el acelerador, esquivando las grietas y el asfalto que el movimiento telúrico ha levantado en algunos tramos de la auto-

⁶³ María Sabina, chamana mexicana de la sierra de Oaxaca, conocida por sanar con hongos alucinógenos.

pista. El segundo temblor lo siente cerca de Malloco; por algunos instantes pierde el control del Mercedes color blanco, del año 64. Evoca la cara de Dolores cuando lo vio estacionado en la puerta de una casa de veraneo. Ella insistió, obsesiva como era, en comprarlo. El anciano se espantó al verla vestida de noche, pidiéndole que se lo vendiera. Lo cortejó cerca de un mes, hasta que el hombre no pudo más y con tal de que no regresara, se lo regaló.

Yura detiene el vehículo y espera a que pasen las oscilaciones. Todo el campo se oscurece de pronto, una lluvia lenta empieza a caer.

Antes de partir a Las Cruces, Yura había llamado a Emperatriz por teléfono para informarle de la delicada situación de Dolores. Según la doctora Guerrero, no le quedaban más que algunos días de vida. Emperatriz le prometió visitarla el fin de semana junto con María, quien se había transformado en una escritora de prestigio. «¡Anda prácticamente inubicable promocionando su cuarta novela!», dijo la Berenguer antes de cortar.

La primera vez que Yura vio a Dolores fue en la Estación Mapocho. Apareció de la nada, envuelta en un sari hindú color oro. Como todo el mundo, él también sabía de las performances que realizaban las Yeguas del Apocalipsis. Aquella vez, Yura presintió que debía protegerla. ¿De qué? Jamás lo supo, hasta el día de la catástrofe. En esa época hubiera parecido ridículo protegerla de un tsunami. La noche de la fiesta, mientras bajaban las gradas de la estación, intuyó su desamparo. Lo sabía, Dolores daba la sensación de estar abandonada, sola, parada frente a una ola de más de diez metros de altura. Esta imagen se la transmitió mientras descendía a la fiesta, aferrada a su brazo.

La noche del 14 de julio la perdió en medio del gentío que se aglomeraba alrededor de ellos cuando entraron. De pronto, Dolores se soltó de su brazo como un volantín que se pierde en las estrellas. Quiso verla de nuevo, encontrarla. Yura escribió una canción dedicada a su

enigma, puesto que por entonces tenía una banda de rock funky⁶⁴.

Consiguió su número con Omara. Fue Lapa el que los presentó, pero desde la fiesta tampoco lo había vuelto a ver. Alguien contó que Lapa había sido arrestado por la policía secreta, otros dijeron que había conocido a una turista norteamericana mayor que él, y que se había ido con ella a Centroamérica.

—Soy Yura —dijo cuando la llamó.

Dolores respondió que no lo recordaba. Igual lo citó a las seis de la tarde en el Parque Forestal, precisamente en el escaño que descansa al lado de la escultura de Tótila Albert.

El día del encuentro, Dolores estaba abatida. Acababa de discutir acaloradamente con María, de quien pensaba separarse para continuar una carrera en solitario («rehacer mi vida», fue la frase que utilizó).

El primer quiebre entre las yeguas se había producido después de que Dolores leyó a la Doña su libro de poemas, *Sodoma mía*⁶⁵. Simplemente, María no lo soportó y echó a correr el rumor de que Dolores plagiaba. Dolores relató también a Yura cómo la convivencia entre las dos se había hecho imposible, sobre todo cuando estaban sobrias. Borrachas solían reconciliarse jugando al cacho, pero una vez que el alcohol se disipaba o una de las dos ganaba la partida, volvían a odiarse ciegamente, sacándose en cara las equivocaciones cometidas en las acciones de arte. Todo esto lo confesó Dolores a borbotones, como si en Yura por fin encontrara una forma de sosiego ante la deshumanización social de la que eran víctimas. La fama de la que alguna vez gozaron se esfumó tras el retorno a la democracia.

Fueron al Jaque Mate, bebieron vino blanco y luego regresaron al parque. El trayecto lo hicieron tomados de la mano.

Una ambulancia corta el paso del Mercedes relampagueando en la

⁶⁴ Sueño Mojado, banda de rock funky integrada por Camilo Zorrilla (congas), Jano Gata (batería), Camilo Urquiza (bajo) y Yura Labarca (voz y guitarra).

⁶⁵ *Sodoma mía*, editorial Cuarto Propio, 1991.

oscuridad de la autopista. La sirena, que por un momento invade el interior del vehículo, se malgasta en el asfalto, porque ningún vehículo ha vuelto a pasar después del segundo sismo. Yura prende la radio para ver si logra sintonizar las noticias. Solo conecta un chirrido desagradable y efímero. Sin soltar el manubrio, saca de la guantera un disco de Charly García. La lluvia se hace más intensa.

Pasó casi un año antes de que tuvieran sexo. Fue una madrugada, mientras caminaban por el parque. Divisaron una araucaria frondosa y a los pies de su humedad milenaria se desnudaron de la cintura hacia abajo. Dolores se asió al grueso tronco, abrazándolo, pegando sus labios a la corteza áspera, y así, de pie, se dejó invadir.

Se transformaron en exhibicionistas. Emplazados en algún recodo de las veredas del parque solían esperar que pasaran transeúntes, usualmente parejas que como ellos buscaban escondrijos en la floresta nocturna. Cuando estaban seguros de ser percibidos en forma nítida, Dolores le practicaba una felación. La fama de ellos pronto se extendió en toda el área verde, por lo que ampliaron el campo de batalla a las callejuelas cercanas, cuidando siempre de que éstas fueran lo más sombrías posibles.

Así, pegados, los sorprendió María. La tumefacta había escuchado en el Jaque Mate los rumores de una singular pareja de depravados que merodeaban al amanecer por el Forestal. Decidido, fue a cerciorarse con sus propios ojos. Menudo espanto se llevó cuando sobre la luneta de las complicidades lo vio a él ensartando a Dolores. Jamás se los perdonó. Cuentan que la Doña, en secreto, y en complicidad con Emperatriz Berenguer, decidió vengarse, denunciándola por el robo del cuadro⁶⁶.

⁶⁶ Dolores, al ser inculpada, abandonó la ribera y se trasladó a una casa victoriana cerca de la calle Pedro de Valdivia, en la comuna de Providencia. En ese lugar la escondió Lotty. Según una versión entregada por Mirna y publicada en la revista *Matadero*, dirigida por Sergio Parra, la pintura apareció bajo la cama de Emperatriz, quien fingiendo inocencia —y en abierta complicidad con la Doña— la regresó a su dueña, culpando del robo a Dolores.

A la altura de Leyda aparece el primer control. Dos oficiales de Carabineros, protegidos de la lluvia por capas plásticas, se acercan a la ventanilla. Le piden su documentación. Yura explica angustiado que lleva medicinas a una pariente en grave riesgo. Luego de que inspeccionen el vehículo y tras una breve disputa, logra convencerlos de que lo dejen pasar.

—¡El camino a Cartagena está cerrado! —porfía el oficial— La gente fue evacuada en su totalidad a la Municipalidad de El Tabo. ¡Hasta ahora no tenemos informes de víctimas graves!

Antes de dejarlo ir, le aconsejan seguir la ruta del antiguo camino a Melipilla hasta la Municipalidad de El Tabo.

A unos kilómetros del control, Yura encuentra la señalización, maniobra hacia su derecha y se introduce a lo largo de una alameda cuyos estilizados álamos resisten de pie la tormenta. A través de la cortina de agua que cae sobre el parabrisas, puede advertir las casas derruidas. Piensa en Dolores y la imagina asustada. Se consuela pensando en que la casa de Las Cruces es de buena madera, con cimientos de piedra. La construcción resistirá, con su pequeña Dolores dentro. Ya no falta mucho. Calcula una hora, quizá menos. Pronto llegará con la dosis necesaria, ambos se inyectarán y continuarán conversando de plantas y hierbas medicinales. Tal vez Dolores querrá que le lea en voz alta⁶⁷.

Otra de las versiones la entregó Josefa Ruiz: un pintor le contó que Lotty, la noche de la fiesta, y debido a un trauma de adolescencia, decidió acabar con el baile sacando los tapones de la luz. Durante el corte introdujo la pintura bajo la cola del vestido renacentista de Dolores.

⁶⁷ «Vivo sin vivir en mí [...] después que muero de amor [...] cuando el corazón le di, / puse en él este letrero: / que muero porque no muero. // Esta divina prisión / del amor con que yo vivo / ha hecho a Dios mi cautivo, / y libre mi corazón; / y causa en mí tal pasión / ver a Dios mi prisionero, / que muero porque no muero. // ¡Ay, qué larga es esta vida! / ¡Qué duros estos destierros, / esta cárcel, estos hierros / en que el alma está metida! / Sólo esperar la salida / me causa un dolor tan fiero, / que muero porque no muero [...] Porque si es dulce el amor, / no lo es la esperanza larga [...] Sólo con la confianza / vivo de que he de morir, / porque muriendo, el vivir / me asegura mi esperanza. / Muerte do el vivir se alcanza, / no te tardes, que te espero, / que muero porque no muero [...] vida, no me seas molesta; / mira que sólo te resta, / para ganarte, perderte. / Venga ya la dulce muerte, / el morir venga ligero / que muero porque no muero.» Sor Juana Inés de la Cruz.

Desde el principio de la enfermedad, y a sabiendas de que estaba desahuciada, Dolores se negó a ser orientada por la tanatóloga; en cambio, insistió en permanecer en esa casa de los años cuarenta hasta el final. La última semana se obsesionó con hacer un testamento en el que entregaba la casa y las propiedades (que no tenía) a una fundación benefactora que llevaría su nombre: Dolores del Río. El dinero y las joyas (inexistentes) se los dejaba a Yura. Un amigo de ambos, Marcos Llerena, fue quien contrató al actor para que fingiera ser el abogado frente al cual la diva firmó el testamento.

Semanas después del robo del cuadro, Dolores se refugió en la casa de Gloria del Real⁶⁸, y luego Yura se la llevó consigo. Él vendió una franquicia aduanera que el gobierno había dispuesto para ayudar a los retornados al país. Sin remordimientos, se la ofertó a un gángster fascista con suficiente dinero como para rentar un departamento en

⁶⁸ Gloria se dedicaba a la realización de videoarte. Era una mujer desgastada por una soledad inconmensurable, vivía rodeada de una corte mecenada por ella, y constituida por excéntricos personajes relacionados con el movimiento decadentista que empezaba a ponerse de última moda en el país. Alcohólica, maniaco-depresiva, Gloria, antes de caer en sus largos períodos perturbados, solía organizar en su mansión grandes fiestas, burlando todos los aparatos de vigilancia. El capitán nunca se atrevió a tocarla. No pudo con su alcurnia, menos con su cuantiosa fortuna. El día en que, desde los ventanales de su alcoba, Gloria del Real vio a Dolores flotar por entre las magnolias, sonrió con malignidad.

La diva venía cubierta hasta los talones por un chador, tomada del brazo de Lotty Rosenfeld, visiblemente cansada. Unos pasos atrás, aparentando preocupación, venía María: gafas oscuras, pañoleta en la cabeza, ajustados pantalones de piel de tigre. Antes de que entraran, Gloria ordenó a una de las mucamas enfriar varias botellas de ginebra. Acomodó la caída de su estola y como un oso polar se tendió a esperar en la comodidad del *chaise longue* de terciopelo, dispuesto junto a la ventana.

Hacía meses que Gloria no salía de su alcoba, estaba por cumplir los cincuenta años y vivía al resguardo de sus recuerdos, en medio de una decoración fastuosa, recargada de objetos inútiles traídos de sus múltiples viajes alrededor del mundo. Bajo su cama, dentro de un cofre, guardaba la colección de joyas. Por las noches, antes de que le hicieran efecto los barbitúricos, las revisaba una y otra vez con una lupa. Ese ritual lo empleaba para dormirse en medio de una costra diamantina, refulgente de oro. El día en que aparecieron las yeguas, la malévola —en plena curadera— les regaló joyas falsas, después llamó a la policía y acusó a las yeguas de hurto; en prenda se quedó con Dolores, quien le sirvió de dama de compañía por algún tiempo.

Santiago. A partir de entonces, Dolores lo fue todo en su vida; a la fecha llevaban diez años viviendo juntos, sin separarse jamás.

A medida que se acerca a la costa, aparecen por el camino familias completas huyendo despavoridas, acarreando enseres y animales domésticos. Las mujeres de rostros aterrorizados cargan a sus hijos más pequeños en los brazos, semejando una estampida humana. Yura tiene que disminuir la velocidad para no atropellar a nadie. Sin detenerse baja la ventanilla del auto, y le pregunta a un hombre que porta un aparato de televisión qué está sucediendo, de qué escapan. Una mujer grita:

—¡Regrese, por amor a Dios, que viene un maremoto!

Frente a Dolores se conforma lentamente un paisaje extraterrestre. Las rocas donde día a día golpeaba el mar se han desnudado. Entre las piedras y la arena, Dolores ve las algas más delicadas y anémonas marinas, remos partidos y ropa de extranjeros muertos⁶⁹. En medio de los fósiles de una goleta del siglo doce, siente agonizar un cardumen de sierras; otros peces más pequeños, tal vez reinetas, coletean y boquean desesperados, asfixiándose en la arena. Pronto son devorados por cientos de gaviotas y pelícanos que parecen emerger desde el abismo oceánico bajo la tormenta. Los graznidos y el ruido de alas batiéndose estremecen la casa, como si el mar hubiera soltado en el viento todos sus espectros, desde el fondo mismo de las grietas, para llevarla a ella hacia el fondo, convertida en sal.

Cuando el mar se repliega unos cuatro kilómetros, Dolores distingue más claramente los restos de los desaparecidos.

Desde lo alto de la colina, Yura divisa la gigantesca ola que devasta el balneario costero. Luego todo es silencio.

Las Cruces, octubre de 2003.

⁶⁹ T. S. Eliot, *The Dry Salvages*.